A J

RAVEN



TRES REINAS

TRES REINAS

Tres Reinas
©AJ Raven.
Diseño de portada: Imagine Desings
Corrección: María Martha Arce

A.J Raven | Facebook
A.J Raven (@AJRaven2) / Twitter
Visita mi web:
AJRaven

©Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por

cualquier medio sea electrónico; mecánico, fotocopia, grabación ni otros medios sin el consentimiento previo y escritor del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art 270 y siguientes del código penal)

El cielo, el infierno y el mundo entero, está en nosotros.

André Malraux

ÍNDICE

El cielo, el infierno y el mundo entero, está en nosotros.

Capítulo1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo final

CAPÍTULO1

Sábado 7 de febrero de 2015

Los carnavales habían comenzado. Eran las siete y media de la mañana y la ciudad comenzaba a despertarse. El amanecer aguardaba con paciencia para salir e insuflar vida a unos ciudadanos que, o caminaban hacia sus puestos de trabajo a comenzar su jornada laboral, o regresaban a sus casas tras unas horas de libertad entre alcohol, drogas y música electrónica. A las ocho en punto, una llamada entró a la sala 091. Un vigilante que hacía la ronda por la Casa de Campo, encontró el cuerpo de una mujer rubia de no más de veinte años. Se hallaba colgada de una viga y con las manos cruzadas en el pecho como si fuera la bella durmiente. Sin embargo, aquella «bella», se encontraba en ropa interior, con la boca cerrada al igual que los ojos pero con un pequeño matiz; los párpados se hallaban cosidos a la parte superior del ojo por un de color hilo negro. El caso fue para Virginia Otero, inspectora jefe del grupo V de homicidios de la jefatura superior. Llevaba desde los veintitrés años en el cuerpo. Su primer destino oficial fue en la comisaría de Gigantes y Cabezudos, en pleno corazón de Villaverde, a lo último de los años ochenta. En aquella comisaría, una de las más «calientes» al sur de Madrid, conoció a su primer compañero y mentor, un hombre llamado Andrés Hurtado, ex inspector jefe y antiguo miembro de los GAL, un tipo al que la misma muerte se inclinaba y quitaba el sombrero ante él. Una persona que si le pegabas un puñetazo, él regresaba con un palo, si le sacabas una navaja, él sacaba la pistola, y si le sacabas la pistola, ya podías matarlo.

Pero de eso hace ya mucho tiempo.

Virginia tenía cuarenta y cinco años, algunos más aunque ella siempre se quitaba un par de ellos. A pesar de que las cremas que se daba por la noche no habían podido frenar el paso del tiempo, todavía conservaba unas preciosas cartucheras por cintura, una pelo corto negro hasta el cuello, una nariz aguileña, y unas gafas que en ocasiones se ponía y que la daban esa pinta de intelectual que hizo que Andrés Hurtado, ardiera en deseos cuando la conoció por primera vez en el umbral de su puerta. Infundía respeto tanto dentro como fuera de la jefatura y era considerada una de las mejores policías del país, algo normal debido a que poseía lo que la mayoría de los compañeros carecían; unos «huevos de oro», y calle, mucha calle. ¿Cómo no se iba alguien a formar teniendo a su lado a un antiguo miembro de los GAL? Y sobre todo, haberse pateado juntos todas las calles, garitos y todas las chabolas de venta de droga. Según dijo de ella una vez su excompañero, Virginia era un amor si caía en buenas manos, y si caía en las malas… Era pura dinamita con una mecha corta. Bastante corta. No era una policía de despacho.

Hurtado la enseñó muy bien. La enseñó a enfrentarse a navajeros, toxicómanos, violadores y asesinos, pero lo más importante que la enseñó fue a enfrentarse a sí misma, a mantenerse fría, hacerse respetar y a dejar los sentimientos en el cajón de las braguitas. Otra lección que la ensenó fue que si tomaba malas decisiones, estas fueran con hielo. La habían condecorado multitud de veces. De todas ellas, la que más recordaba cuando se miraba ante el espejo, sucedió en el verano de 1992. Lo que parecía ser una noche tranquila de patrulla por las malogradas calles de Villaverde Bajo, se truncó cuando tuvieron que intervenir entre un

navajero, y una chica. La segunda regresaba de fiesta a su casa y el primero, se quería montar la fiesta con ella en cualquier oscuro callejón. Lograron reducir al navajero sin embargo, en un descuido de Andrés, Virginia salió mal parada puesto que el navajero, insertó la hoja en su hombro derecho. La policía reconoció su heroicidad aún así, no lograron dar con el delincuente. En vuelto en su culpa por aquel descuido, Hurtado puso todas sus armas a funcionar. Gracias a una de las «ratas» de la calle que él llamaba «compañeros» (confidentes, talegueros, delincuentes de medio pelo…) dieron con el autor en un bar llamado La Taberna del Tío, situado en el pozo del Tío Raimundo, en el distrito de Puente de Vallecas.

Con tan solo dos patrullas dado que no le hacía falta más, se presentaron e hicieron una redada. Al margen de un pequeño alijo incautado el cual se lo entregó bajo cuerda a su confidente por el chivatazo, a los presentes los mandó a su casa menos al atacante de Virginia. Para el navajero, Hurtado guardaba algo espacial.

Aquella misma noche, sin perder ni un segundo, Andrés y dos compañero más, apodados el «Cara Niño» y el «Cura», conocido de esa manera por repartir hostias cuando era un gris, lo introdujeron en el maletero del coche y lo trasladaron a la sierra de Guadarrama. Con los ojos vendados, le hicieron andar entre la frondosa arboleda hasta parar en un punto donde solo se encontraban ellos y se escuchaba el suave sonido del cauce del río. Hurtado le quitó la venda, le hizo desnudarse y le soltó una sola frase:

«La naturaleza se encargará de ti.»

Y lo tiró al río como quien tira unos zapatos viejos a la basura.

Nunca más se supo de aquellos zapatos viejos.

No obstante, aquellos otros tiempos donde no se abrían expedientes, se concedían medallas.

En el terreno personal, Virginia estaba divorciada y con una hija de diez años llamada Valentina. Había heredado los rasgos de su madre, unos ojos marrones, y el pelo negro como el azabache. Era su ojito derecho, la razón por la cual se levantaba cada mañana, tragaba mierda en el trabajo, y contaba las horas para volver a su lado. Su piso se ubicaba en Embajadores, en la calle de las Peñuelas, la paralela a la vivienda de Andrés. Se trasladó después de su divorcio para estar más cerca de él. Al ser sábado, Virginia tenía el día libre. Lo pensaba pasar con su pequeña, llevarla a un taller de marionetas, al parque de bolas, y después ir a comer su hamburguesa favorita. Un sábado perfecto si no fuera porque sus planes se vieron truncados al recibir una llamada a su teléfono oficial. Detrás de la línea, se hallaba el jefe superior, Luis Miguel Soto.

—Siento joderte tu día libre, pero tenemos trabajo.

—No se preocupe, ¿qué tenemos?

—Han encontrado a una chica maniatada en el pabellón Hexagonal.

—¿Dónde queda eso? —cuestionó con total desconocimiento de aquel lugar.

—En la Casa de Campo. ¿Avisas a tu compañera?

—Sí, la diré que me venga a buscar.

—Nos vemos allí.

Colgaron.

Antes de salir, hizo dos llamadas. La primera a su compañera Miriam Cruz para que la fuese a buscar. Miriam era más pequeña que Virginia. De treinta años, poseía el rango de inspectora. Pelirroja, un metro sesenta y cinco, sesenta kilos y un rostro cubierto de pecas. Procedía de una tradición de policías. Su abuelo fue un gris en la época del caudillo, su padre un miembro de la unidad de intervención policial después de la transición, y ella gracias a sus estudios universitarios, aprobó la oposición para el rango de inspectora. Llevaban tan solo seis

meses de compañeras, y este era su segundo caso juntas. El primer día que Virginia la conoció en el despacho de jefatura, le recordó a sí misma la primera vez que se encontró con Andrés, tímida, modosa y con un rostro angelical de no haber roto un plato en su vida, al contrario que Virginia que con el tiempo, había destrozado vajillas enteras. La segunda llamada que realizó fue a una de las personas a las que confiaría su vida y la de su hija sin dudarlo.

—¿Estás durmiendo?

—No, estoy sacando al perro.

—¿Puedes venir a quedarte con la niña?

—Claro, en diez minutos estoy.

Entretanto llegaba la visita, preparó a la pequeña. Estaba en su habitación dormida. La levantó, la metió en la ducha y a continuación, la llevó al salón. Tal y como dijo, la visita llegó, a los diez minutos. Llamó a la puerta y Virginia abrió.

—Gracias por venir.

—No tienes que darlas, bombón —contestó Andrés Hurtado—. ¿No tenías el día libre?

—Trabajo, ya lo sabes.

—La muerte nunca descansa, y menos los asesinos.

Andrés entró y caminó junto a Virginia hacia el salón. La pequeña veía los dibujos, embobada y con la cuchara en la mano. Al ver a Andrés, dejó la cuchara y fue corriendo para abalanzarse hacia este.

—¡Tito Andrés! —exclamó Valentina lanzándose a sus brazos.

Andrés la cogió.

—¡Mi princesa! ¡Cada día estas más mayor!

Seguido de achucharla, la dejó en el suelo. Valentina fue abrazar al perro, un buldog francés de nombre Conan. Le dio muchos besitos y abrazos, y comenzó a jugar con sus orejas.

—Valentina, deja de tirar de las orejas al perro. —pronunció Virginia.

—Déjalos que jueguen.

—¿Vamos a jugar a atrapar malos? —le preguntó a Andrés—. Yo seré como mamá.

—Primero desayuna, y después jugamos a lo que quieras.

—Ya has oído a Andrés, a desayunar.

Virginia y Andrés caminaron hasta la salida, momento en el que el teléfono de Virginia, volvió a sonar.

—¿Estás abajo? Sube un momento, me quedan cinco minutos.

Colgó, y en su defecto, sonó el telefonillo. Virginia abrió.

—Es Miri.

—¿Tu novata?

—Sí.

—¿Qué tal es?

—Todavía está verde, pero lo hace muy bien. Todos hemos sido novatos, ¿no? O ya no te acuerdas de nuestro primer caso.

—Aquella chica en Usera, me acuerdo. También estabas verde.

—Pero lo hice bien, ¿no?

—A medias…

Virginia sonrió.

—Voy a darme una ducha rápida. No la asustes.

—Descuida

Unos golpes con los nudillos se escucharon en la puerta de entrada. Hurtado abrió.

—Buenos días —expresó Miri.

Andrés la miró de arriba abajo. La había visto tres o cuatro veces, pero nunca la tuvo tan cerca como hasta ese momento.

—Buenos días.

—¿Está lista la inspectora?

—Se está dando una ducha, ¿quieres pasar?

—No gracias, la espero aquí.

—Que educada. Tengo café por si quieres.

—No, de verdad, estoy bien. Gracias.

—Bueno, así que tú eres la compañera de Virginia. ¿Qué edad tienes?

—Treinta.

—Buena edad, Virginia era más joven cuando cayó en mis brazos —Miri se ruborizó—. A todo esto, no nos han presentado. Soy Andrés Hurtado.

—Sé quién eres, la inspectora me ha hablado mucho de usted.

—Puedes tutearme, no soy tan viejo. ¿Y qué te ha contado el bombón de Virginia? Seguro que nada bueno.

—Dice que eras el mejor policía de tu generación.

—Sí, eso es verdad, era el mejor, no lo voy a negar. También hay una parte oscura, supongo que te la habrá contado.

—No, eso no.

—Mejor, quedémonos con lo bueno.

Virginia regresó con ellos.

—Ya estoy. Qué, ¿ya os habéis conocido?

—Estábamos en ello.

—¿No la habrás asustado?

—No, todo bien, inspectora —añadió Miri.

—Pues vayámonos. ¡Valentina! Dale un beso a mami antes de irse.

Virginia se la comió a besos.

—Te iré llamando —mencionó a Andrés—. Portaos bien ¡Ah! Y no le cuentes tus viejas historias a la niña.

—¿Y para mí no hay un besito?

Virginia se dio la vuelta y lo miró. Esa mirada que siempre hizo que Hurtado cayera rendido a sus pies.

—Llevamos prisa.

CAPÍTULO 2

Salieron del portal a las nueve y veinte de un solitario y nublado día de invierno. Virginia se abotonó el abrigo y montó en el coche de Miri, un Seat Ibiza, para dirigirse a la casa de Campo, el pulmón de la capital. Si bien el cielo parecía que iba a descargar litros de agua, de momento estaba en una pausa. Quien no estaba en una pausa era el viento dado que dirigía la ciudad con su batuta al ritmo de fuertes e intermite rachas de aire frío. Estacionaron el coche en la calle de los Hexágonos, una calle de un solo carril que al ocultarse el sol, las pocas mujeres que quedaban haciendo la calle, encendían la pasión que brotaba desde las caderas de sus cuerpos. Escondido entre los densos árboles y rodeado por lo que quedaba de una verja, se encontraba el pabellón. Un tesoro arquitectónico que antaño, acogió exposiciones y ferias. En la actualidad lo único que acogía eran toxicómanos, vagabundos y gatos, decenas de gatos. El exterior del edificio, se encontraba en una profunda decadencia.

Se colgaron la placa al cuello y accedieron por el cordón policial. De camino al pabellón, hablaron.

—Recuerda, si tienes algo que decir lo dices, cualquier cosa, no te cortes para nada.

—Sí, jefa.

—Y no me llames jefa, llámame Virginia. Eres mi compañera, no mi empleada.

Accedieron al interior y anduvieron entre hierros oxidados, fluidos de los vagabundos que habían dejado tras una noche entre cartones de vino, y condones usados de parejas que frecuentaban el lugar para dar rienda suelta al ardor que guardaban en sus pantalones, o de clientes que buscaron la pasión que guardaban las mujeres que hacían la calle debajo de sus faldas. En la escena, esperaba el jefe superior.

—Buenos días, jefe —expresaron Virginia y Miriam.

—Buenos días.

—¿Qué tenemos? —inquirió Virginia.

—Mujer de veinte a veinticinco años, caucásica, de un metro sesenta y alrededor de sesenta kilos.

—¿Alguna documentación?

—Nada, no hemos encontrado ni la cartera, ni el bolso. No sabemos quién es. Los compañeros están examinando los alrededores por si dan con algo.

—¿Quién encontró el cuerpo? —cuestionó Miriam.

—Carlos, el vigilante de seguridad que hacia la ronda por si algún vagabundo hubiera pasado la noche. Aviso de lo que vais a ver, es brutal. Poneros el equipo y entremos.

Se pusieron el mono blanco, guantes y un casco debido al posible derrumbamiento que podía darse en cualquier instante a causa del estado en el que se hallaba el techo. En una esquina, junto a lo que quedaba de una ventanal, colgada de una viga por cinco hilos de pescar unido a cinco ganchos oxidados anclados en zonas de su cuerpo, se encontraba la víctima, una chica rubia que a cada segundo que reposa en aquel lugar, su piel blanquecina se entornaba a un color negro. Los garfios que sujetaban su inerte cuerpo, se anclaban en sus pechos, muslos y espalda. Saludaron a Francisco Zahorí, el técnico forense.

—Buenos días Fran, por decir algo —expresó Virginia.

—Buenos días, inspectoras.

Virginia observó el cuerpo.

—Madre mía… ¿Quién ha podido hacer algo así?

—Algún jodido loco.

—¿Qué te parece? —inquirió Virginia a su compañera.

—La verdad, impresiona.

Sí la impresionó verla colgada como un pescado que va a ser subastado en la lonja. Su primer caso juntas fue un juego de niños en comparación con lo que vendría más adelante. Para poder hacer frete a toda la mierda que iba a ver en el grupo de homicidios, Virginia le dijo las mismas palabras que una vez Hurtado le dijo a ella:

«Si no quieres que te afecte, los sentimientos al cajón de las braguitas, y serás mejor policía que yo.»

Un consejo que Virginia llevó grabado a fuego a lo largos de los años haciéndose respetar en las calles de los bajos fondos Madrid. Por ese motivo, sus compañeros y los delincuentes la apodaron la «Dama de Hierro.»

—¿Hora y causa de la muerte? —continuó la inspectora jefe.

—Basándome en el estado de su cuerpo, diría que entre las diez y las once de la noche. La causa, hasta que no se le haga la autopsia, no se puede determinar con exactitud, sin embargo, tiene una incisión en la yugular de dieciséis centímetros. Es lineal, de izquierda a derecha, y con cola de ratón. La incisión es limpia, lo más seguro que realizada con un bisturí, o con un cuchillo bien afilado. Lo más probable que fue lo que le causó la muerte.

Virginia observó debajo de la víctima.

—No hay sangre en el suelo, ni por ninguna cuadrícula. No es la escena del crimen. Si lo fuera, aquí habría un inmenso charco de sangre. La verja está reventada, entre eso y la maleza, colgarla aquí le fue bastante fácil.

—Exacto —continuó el técnico—. Tiene laceraciones por todo el cuerpo. Fijaos —La inspectora, su compañera y el jefe superior, acercaron su vista al cuerpo—. Los cortes son limpios, realizados con el mismo bisturí con el cual la degolló. Continuo, no hay heridas en las manos, ni en las muñecas, ni los brazos, no se defendió. Tampoco hay en las palmas, las heridas que suelen hacerse al poner las manos como instinto al ser golpeado. Los párpados los cosió una vez muerta.

—Lo más seguro, que la drogó —añadió Miri.

—Habrá que esperar a los informes toxicológicos.

—Lo de poner sus manos cruzadas en el pecho qué es, ¿alguna clase de juego de rol? —indagó el jefe superior.

—Ni idea. La ropa interior es de las caras, Calvin Klein, ¿le has pasado la luz? —consultó Virginia.

—Solo encontré orina de la chica, ningún resto de semen si es lo que quieres saber.

—¿Qué es eso que tiene? —Señaló a las mejillas—. Parece pintura.

—Eso no es pintura, es sangre.

—¿De ella? —preguntó Miri.

—Lo sabré cuando haga una comparación.

—Hablemos de huellas —siguió Virginia.

—Los sedales de pesca los llevaré al laboratorio. Pasé el polvo dactilar a los ganchos y nada, ninguna huella. Sí hemos encontrado esto. Leti, ven.

Llamó a una compañera de la científica. Fue hasta él.

—Dime.

—¿Tienes las bolsas?

—Sí, ten.

Le entregó tres bolsas de pruebas. Dos con un cabello moreno, y la otra con uno rubio.

—Hemos recogido estos cabellos, los analizaré. Ahora, seguidme —Lo acompañaron hasta otra cuadrícula—. Fijaos, hay huellas de unas botas del cuarenta y dos. Ambas suelas están desgastadas, en particular la del pie derecho, lo que me dice que es cojo, pero no lo suficiente como para ir en muletas. Las pisadas van desde la entrada, hasta a posición de la víctima y viceversa, salvo este grupo —Alumbró con la linterna— la posición del empeine está mirando hacia a la víctima.

—¿Adónde quieres ir a parar? —cuestionó el jefe superior.

—Pues que tuvo un motivo para quedarse mirándola.

—Inspectora jefe, ¿alguna idea?

—Es posible que se quedara admirando su obra, otro jodido sádico. ¿Qué es lo segundo que nos querías mostrar?

—Estos surcos de aquí —Anduvieron hasta ellos—. Estos son los surcos que hace una maleta con ruedas al ser arrastrada. Con eso confirmamos que no es la escena del crimen.

A su vez que hablaban, caminó hacia ellos una mujer alta, esbelta, vestida elegante con un traje de dos piezas de color marrón y cuya pinta se asemejaba a una aristócrata estirada. La acompañaba un hombre bajito con un maletín.

—Buenos días, soy la jueza María Ángeles Montilla —Se dirigió al jefe superior—. Usted y yo ya nos conocemos.

Se dieron la mano.

—Mucho gusto volver a verla —expresó el jefe superior—. Ella es la inspectora jefa…

—Otero —interrumpió la jueza—. He leído su expediente. Condecorada varias veces, aunque con unos procedimientos que a mi parecer, no son de mi agrado, pero habiendo sido compañera de un antiguo GAL, no me extraña nada. Si estoy bien informada, ya no está en activo.

—No, ahora se dedica a pasear al perro —contestó Virginia con sarna.

—Ella es su compañera, la inspectora Miriam Cruz —continuó el jefe superior.

—También leí su expediente. Espero que no se le pegue nada malo de su compañera.

—Si no hay nada más, nosotras vamos a hablar con el vigilante —alegó Virginia.

—Vayan, ya me pondrá al día el jefe superior —sentenció la jueza.

CAPÍTULO 3

Dejaron atrás el pabellón par ir a interrogar al vigilante. Este permanecía al lado de un coche patrulla. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de estatura media, pelo canoso y una barba de tres o cuatro días. Se notaba bastante afectado, algo lógico dado que no pensó que al terminar el turno e irse a casa con su mujer, se le quedaría grabado la imagen de una chica colgada y degollada.

—Buenos días, soy la inspectora jefe Virginia Otero, mi compañera, la inspectora Cruz. Eres Carlos, supongo.

—Así es.

—He de hacerte unas preguntas.

—Ya se le dije todo a sus compañeros.

—Y ahora nos lo tienes que contar a nosotras. No tardaremos mucho tiempo. Empecemos por el principio.

—Terminaba de hacer la ronda cuando la encontré. No les puedo decir nada más.

—¿Solo estás tú de vigilante? —preguntó Miri.

—No, y Miguel, pero él está en la garita. Cogí el coche para ir todos los edificios del parque, el pabellón es el último que hago.

—¿Son muchos los que tienes que visitar?

—Cuatro o cinco.

—¿Cada cuánto haces la ronda? —continuó Virginia.

—Solo la hago dos veces, al entrar al turno y al terminar. Solo en hacerla me lleva dos horas.

—¿Cuál es tu horario?

—De diez de la noche a siete de la mañana.

—Eso deja una franja considerable para dejar a la víctima.

—¿No viste nada raro? ¿A nadie que merodeada por los alrededores? —cuestionó Miri.

—Nada, aparte de que esta zona es de las peores que están iluminadas. Solo los vagabundos, pero a esos ya los conozco.

—¿Qué puedes decirnos de ellos?

—Son buena gente, a veces alguna pelea por el vino, pero no es habitual, solo quieren un lugar donde poder dormir sin que les apaleen, sobre todo en las noches de invierno.

—¿Duermen todos en la misma zona? En el lugar donde está la víctima.

—Se reparten, pero sí hay varios que duermen en esa zona.

—¿Estuvieron esta noche?

—Supongo.

—No hemos visto ninguna cámara de vigilancia.

—Las hubo, pero los chulos de las prostitutas las reventaban, supongo que no querían que se grabara a las chicas con los clientes. Por eso se dejaron de poner.

—¿Sabes dónde podemos encontrar a alguna de esas personas?

—No sabría decirle. Lo más seguro que estén rodando por la zona.

—Gracias.

El reloj marcaba las diez de una mañana en la que el cielo parecía estar abriendo aquellas nubes grises. Mientras la jueza procedía al levantamiento del cadáver para su traslado al anatómico forense, ellas se montaron en el coche para dirigirse en busca de aquellas personas sin hogar, por si alguno podía facilitar más información. Condujeron por las calles cercanas al pabellón. Fue Miri quien señaló, a escasos metros del pabellón, a un hombre de unos cincuenta años, con un gorro de lana y durmiendo metido dentro de un saco entre un árbol y lo que quedaba de lo que un día fue un pequeño puente por donde pasaba un río artificial.

—Mira, ese puede ser uno de ellos.

—Para el coche —sentenció Virginia.

Se bajaron y caminaron hasta donde pernoctaba.

—Perdona —alegó Virginia agachada y moviéndolo con la mano. Este ni se inmutó—. ¡Oye, despierta! —exclamó alzando un poco más la voz.

Se despertó con muy mala leche haciendo que ambas inspectoras dieran un impulso hacia atrás.

—¿Quiénes sois vosotras?

—Somos policías, queremos hablar contigo.

Mostró la placa.

—¿Traes vino?

—Son las diez y veinte de la mañana, un poco pronto para beber.

—No se es pronto, si no tienes nada que hacer.

—No, no traemos vino.

—Entonces, déjame en paz, no me interesa hablar contigo, quiero dormir.

Se dio la vuelta mirando al árbol, y volvió a cerrar los ojos.

—Hacemos una trato, tú me cuentas si sabes algo de esta noche, y yo te doy estos cinco euros —Metió la mano en el bolsillo y los sacó—. ¿Qué me dices?

Captó su atención. Se giró, la miró a los ojos y lanzó su brazo al billete como una cobra se lanza a por un ratón indefenso. Sin embargo, este ratón fue más rápido y se apartó de los colmillos.

—Antes, hablemos. Supongo que estás al tanto de lo ocurrido en el pabellón.

—¿Y quién no? Nos hemos ido en cuanto habéis llegado.

—Entonces, estabas durmiendo en el lugar.

—Llevo cinco años en la calle, y tres durmiendo en ese sitio.

—Digo esta noche.

—Pues estuve, como todas, solemos estar los mismos.

—¿Viste a alguien?

—Vi al que la colgó si es lo que preguntas.

—¿Cómo era?

—Ese lugar está oscuro, no le vi la cara. Tampoco quise acercarme. Me volví a dormir.

—¿No recuerdas si era alto, bajo, gordo…?

—Para mí era otro bulto más en la noche.

—¿Y no se te ocurrió pedir ayuda? —cuestionó Miri.

—Niña, tú no sabes cómo va esto. La última vez, le metieron fuego al Esteban, ¿y sabes el motivo?

—No.

—Por meterse en asuntos que no iban con él. No quiero correr esa misma suerte y morir

de esa manera, aunque como siga así, el frío es el que acabará conmigo. No puedo decirles más. ¿Me da el billete?

—Dinos a qué hora lo vistes —expresó Virginia.

—¿Tengo pinta llevar reloj? Y yo qué sé qué hora sería, las tres o las cuatro. ¿Ya me he ganado el billete? O vas a seguir haciendo preguntas.

—Toma, no te lo gastes en vino.

—Descuida, esto me da para una mariscara, no te jode la niña. Iros al carajo.

Volvió a girarse refunfuñando. Acabado, regresaron al coche.

—Un poco borde, ¿no crees? —inquirió Miri.

—La calle endurece a cualquiera y más si vives en ella. Tienen suerte de vivir un año más. A saber por lo que ha pasado ese hombre.

—¿Alcohol?

—Sí, todo ese resume a eso. Vayamos a jefatura.

A las once, se presentaron en jefatura para averiguar quién era la víctima. Al no tener documentación, se dirigieron a buscar en los archivos de desparecidos y en las denuncias. Pasado tres horas, a las dos de la tarde, llegó a jefatura una denuncia de la comisaría del distrito de Carabanchel. Tres chicas habían denunciado la desaparición de su amiga cuyas características concordaban con las de la víctima. Virginia se puso en contacto con ellas. Les pidió que trajeran una foto de ella para compararla, y un objeto para analizar el ADN. A las cuatro de una tarde que comenzaba a caer las primeras gotas de aquel cielo en pausa, se presentaron las tres en jefatura. Mercedes, Amanda y Adriana.

Mercedes era la pequeña. Era dueña de una apariencia de fragancia agitanada. Poseía una hermosa melena negra que la llegaba hasta la cintura. Su piel se revestía del color de la canela. Era delgada y vestía de chándal. De sus orejas colgaban unos pendientes de aro rizado en oro.

Amanda, tenía aspecto de chica de algún país del este. Rubia y de piel lechosa, pequitas en la cara y unos ojos azules que harían competencia a cualquier cielo despejado. Vestía unos vaqueros, botas y una camisa blanca.

Por último estaba Adriana, cuya imagen daba una pinta de macarra. Era morena, con el pelo de los laterales rapado y teñido de verde, en su nariz, portaba un aro que parecía el narigón que se inserta en la nariz de los toros o de las vacas para controlarlas. Vestía pantalones ajustados y cazadora de cuero. Ella era la líder de aquel grupo de féminas.

Amanda, le entregó la fotografía y una falda que le había dejado semana atrás. La fotografía era reciente, del último día que estuvieron las cuatro juntas de fiesta, el jueves; una noche antes del asesinato de su amiga. Se las veía juntas en la puerta del Matadero Madrid, en la zona del barrio de Legazpi. Al ser carnavales, iban disfrazadas de pirata sexy. La inspectora jefe abrió la carpeta del informe y comparó la fotografía de la víctima realizada por los técnicos en fotografía, por la entregada por Amanda. No hubo duda, se trataba de la misma persona. Sin embargo, quien lograría confirmarlo al cien por cien, sería la prueba del ADN.

Ya la habían puesto cara, ahora faltaba el nombre.

—Cristina Criado —mencionó la que tenía pinta de macarra.

Según la explicación que dio a Virginia, Cristina se encontraba sola en la capital. Sus padres vivían en Valencia y ella se trasladó a la ciudad para poder terminar la carrera y convertirse en lo que siempre quiso, veterinaria. Ayudada por sus padres que la mandaban dinero para los gastos a su vez que ella trabaja de reponedora en un supermercado. Le quedaban dos años para terminar y graduarse. El jueves, fueron las cuatro solas al matadero puesto que se celebraba el primer día de carnavales. Llegaron a la siete. Estuvieron tomando algo hasta las

ocho, momento en que la víctima se separó del grupo.

—Entonces, ¿No sabéis nada de ella desde el jueves por la noche?

—No

—¿A qué hora se marchó?—inquirió Virginia.

—Alrededor de las ocho.

—¿Cuál fue el motivo de que se fuera?

—Dijo —continúo Mercedes— que había conocido a un chico por Instagram.

—¿Vosotras visteis a ese chico? —cuestionó Miri.

—No, solo dijo que había quedado con él.

—¿No os enseñó una foto u os dio una descripción?

—No, solo dijo que estaba buenísimo —añadió Amanda.

—¿Ni el nombre?

—Tampoco.

—Nosotras —continuó Adriana— nos quedamos en la nave 16 y ella se fue. Mencionó que si la cosa no iba bien, nos avisaría. Al no hacerlo, pensamos que la cosa fue bien, ya me entiende.

—Entiendo, pero una cosa, ¿ninguna la hicisteis de escudera? —preguntó Virginia—. O con ella para, por lo menos conocer a ese chico. Yo si salgo con un chico que no conozco, mis amigas me mandan mensajes cada cierto tiempo para ver cómo estoy. ¿Ninguna hizo eso?

Quedaron calladas.

—¿Por qué no denunciasteis antes su desaparición? —indagó Miri.

—Nos levantamos con una resaca terrible, además que pensamos que todavía estaba con él, que pasarían juntos el viernes, no le dimos demasiada importancia. Hoy por la mañana, la estuvimos llamando al móvil y daba apagado. Fuimos a su casa y no estaba. Llamamos a sus padres y no contestaron. Nos asustamos, con todo esto de las violaciones, nos pensamos lo peor.

—Aparte de vosotras, ¿tenía más amigas?

—Conocidas, pero nosotras somos las íntimas.

—¿Y pareja? —prosiguió Virginia.

—Hace un mes que lo dejó con Jorge.

—¿Continuaba en contacto con él?

—No, —añadió Amanda—, y menos mal porque es un cerdo, mantenían una relación toxica.

—Qué pasa, que el novio pegaba a Cristina.

Las tres se miraron.

—Chicas, si pasó algo entre ellos, es mejor que lo digáis.

—Una tarde, habíamos quedado. Algo la ocurría. Se presentó callada y con la cabeza agachada. La preguntamos qué la pasaba, pero no decía palabra, tardamos diez minutos hasta que logramos que lo dijera. Se bajó el pantalón, y nos mostró los moratones que tenía por la pierna —mencionó Mercedes.

—Continua.

—Se lo había hecho ese cerdo manipulador a puñetazos, porque según él, miró a un chico.

—¿Solo por eso? —inquirió Miri.

—Sí —alegó Adriana— aunque no lo miró, son las paranoias del novio que es un puto borracho y un drogata. ¿Y si lo miró qué pasa? No es para llenarla la pierna de moratones. Puto cerdo.

—¿Se lo contó a alguien más? ¿A sus padres?

—No, tan solo a nosotras.

—¿Era la primera vez?

—Que nosotras sepamos, sí. El daño que le hacía era más psicológico que físico, el buscaba cualquier escusa, cualquier ocasión para humillarla, da igual dónde estuviera y con quien estuviera.

—Al principio suele ser psicológico, después pasan a las manos. ¿Por qué no lo dejó? —cuestionó Virginia.

—Lo intentó varias veces pero él siempre se salía con la suya. Jugaba a dar pena, la decía que ya no lo volvería hacer, que si le dejaba se moría, lo típico que hacen estos machistas psicópatas. Al final, nunca le dejaba.

—¿Lo padres conocen al exnovio?

—Sí.

—¿Ellos no dijeron nada?

—Y qué van a decir, si el cerdo es un manipulador, se ganó a los padres.

—¿Por qué lo dejaron?

—No aguantaba más, nosotras se lo decíamos. A lo último de la relación, Cristina siempre venía llorando, y cuando descubrió que le puso los cuernos, fue cuando lo mandó a la mierda, algo que debió de ocurrir hace tiempo.

—¿Cómo se conocieron?

—Son vecinos de la misma calle. Empezaron a tontear y al final acabaron siendo pareja.

—¿Con quién vivía Cristina?

—Sola. Antes vivía con su abuela, al morir esta, Cris se quedó con el piso.

—De acuerdo chicas, no os molestamos más. Necesitamos el número de teléfono de sus padres, la dirección de Cristina y la del exnovio.

—¿Tiene para apuntar?

Miri cogió una hoja en blanco de la mesa y se la entregó.

—Apunta.

Amanda lo apuntó.

—¿Hasta qué hora estuvisteis de fiesta? —inquirió Virginia.

—No muy tarde, hasta las dos. Luego nos fuimos a casa.

—Gracias por vuestra ayuda. Sentimos mucho lo de vuestra amiga.

—¿Atraparán a quien le hizo esto?

—Haremos todo lo que podemos.

Las chicas se marcharon, quedando a solas las dos.

—A Cristina la secuestran el jueves, ¿y la asesinan el viernes? —cuestionó Miri.

—Eso parece. Deberíamos ir a ver al novio.

—No creo que fuese él.

—Dime que piensa esa cabecita.

—Las amigas dijeron que ya no están juntos desde hace tiempo.

—Ya, y nosotras tenemos que creerlo, y también lo contrario. ¿Y si quedó con el exnovio? Muy raro que no le mostrara una foto a las amigas del chico con quien estuvo.

—Significa que, ¿quedaron juntos pero no se lo dijeron a nadie?

—Eso mismo es lo que pienso.

—¿Algún motivo?

—Tal vez por vergüenza, para que no se enterasen las amigas. Eso es lo que me ronda

por la cabeza. Llama a los padres y dales la noticia, yo voy a la maquina a coger algo de picar, ¿quieres un bocadillo?

—Sí, me muero de hambre.

Una vez que realizaron la fatídica llamada a los padres y que estos cogiesen el primer tren con destino a la capital, el siguiente paso fue ir a casa del exnovio. Más tarde de las seis, condujeron desde jefatura hasta la calle Castro de Oro, en el barrio de Opañel. Al lado de un bar latino llamado La Paceñita, se hallaba el portal. Llamaron al piso sin obtener contestación. Estuvieron aguardando un par de minutos hasta observaron caminar hacia el portal un chico de pelo rapado, espalda ancha y las piernas como una gallina. Portaba una bolsa de deporte sobre el hombro y para que no se congelara su cabeza, la cubría con una gorra.

—¿Eres Jorge? —cuestionó la inspectora.

—¿Y tú, quién coño eres?

—¿Cómo qué quién coño soy? ¿Besas a tu madre con esa boca? Soy la inspectora jefe Otero —Mostró la placa—. Mi compañera, la inspectora Cruz.

—¿Qué queréis? No tengo tiempo para vosotras —expresó en cierto tono de alteración mientras abría el portal.

—Primero relájate y habla con educación, que nosotras no somos tus colegas. Queremos hablar sobre tu exnovia Cristina.

—No tengo nada de qué hablar. Ahora, tengo que ir, he de darle de comer al perro.

Hizo ademán de irse.

—Me parece que no lo has entendido bien. Podemos hablar aquí, o en comisaría.

Se dio la vuelta, quedando cara a cara con Virginia.

—¿Piensas qué me voy a achantar de ti, morena? Me la suda lo que digas tú y tu compañera.

—Entonces, no lo has entendido. Contra la pared.

Le quitó la bolsa de deportes y se la entregó a Miri para seguido, ponerlo contra la pared. Se intentaba zafar pero cada vez que lo hacía, Virginia retorcía más el brazo derecho.

—¡Suélteme, esto es abuso!

Los gritos hicieron que los ojos de los viandantes se centraran en ellos. Varias personas del bar latino, con la copa en la mano, salieron al escuchar las voces.

—¡Ey! Mamita, suelta al chico.

Virginia mostró la placa.

—Vosotros volver a vuestras bebidas, aquí no se ha perdido nada. Si os quedáis, tendréis problemas, ¿queréis problemas?

—Ninguno.

—Pues adentro.

Sin decir nada más, retornaron al interior.

—¿Pido refuerzos? —preguntó Miri.

—No hace falta, este se va a estar quieto. Tendrás tu documentación.

Comenzó a cachearlo, empezando por los tobillos, siguiendo por la cadera, hasta termina en los brazos. Miri abrió la bolsa de deportes, el olor a hierba de los campos jamaicanos, la golpeó al momento.

—¡¡Dios!! —exclamó Miri dando un paso hacia atrás—. Como huele aquí…

—¿Qué llevas? —cuestionó Virginia.

—Nada, la ropa de deporte.

—Y una mierda, eso no huele a ropa sucia, dime qué llevas.

—Nada, solo un par de porros, lo juro.

—¿Seguro? Mira que te bajo los pantalones.

Retorció un poco más el brazo.

—¡¡¡Mi brazo¡¡¡¡¡Suéltamelo!!

—Cuando me contestes a unas preguntas.

—¡¡Pero qué quieres saber!!

—Sobre el asesinato de Cristina.

—¿Cómo qué la han asesinado? ¿Quién?

Dejó de retorcer el brazo, y le permitió incorporarse.

—No te hagas el tonto.

—Oiga, yo no he hecho nada.

—La morena no ha dicho que lo hicieras.

—Si es por lo de morena, lo siento. De verdad que tengo que dar de comer al perro, si quieren suban y hablamos más tranquilos.

—No hace falta, serán solo cinco minutos, no creo que al perro le pase nada por comer más tarde. ¿Verdad?

—Puede esperar.

—¿Dónde estabas el jueves de seis a doce de la noche? —indagó Miri.

—En casa, con un amigo y mi chica.

—¿No saliste de casa en ningún momento? ¿Ni para comprar o para lo que sea?

—No, toda la tarde en casa.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—Pues justo el vecino del tercero. Bajó a eso de las diez para quejarse de la música, tampoco estaba tan alta para quejarse.

—Esa queja me da igual. No han contado, que tienes la mano muy larga —expresó Virginia.

—Eso que significa.

—Que eres un hijo de puta que te gusta pegar a las mujeres. Eso es lo que significa.

—¡Eso es mentira! ¿Quién te ha dicho eso? Que me lo diga a la cara si tiene huevos.

Volvió a ponerse nervioso.

—Por segunda vez, voy a pedirte que te tranquilices. No habrá una tercera, la próxima no retorceré tu brazo. ¿Me vas a negar, que no marcaste a Cristina con moratones en las piernas?

—Fue solo una vez y me arrepentí mucho.

—Eso decís todos, y nunca es una vez. Y el viernes, ¿qué hiciste por la tarde?

—En casa, con los chavales jugando a la *play*.

—De momento, con esto tenemos suficiente, pero no te vayas muy lejos.

—Puedo preguntar cómo murió. Me gustaría saberlo.

—No, no puedes.

Sin embargo, lo acabaría sabiendo al igual que todo el país. Las noticias corrieron como la pólvora. No hubo un noticiario que no abriera con el asesinato de Cristina Criado.

—Dos cosas antes de irme —continuó Virginia—. La primera, trata a las personas con educación, y la segunda, si veo una denuncia porque has pegado a otra mujer, vendré sin placa y sin pistola y ni tu perro te podrá salvar. ¿Estamos?

—Estamos —mencionó en voz baja.

—No te oigo.

—Qué sí, que no habrá ninguna denuncia.

—Eso espero.

—Déjame tu documentación, voy a denunciarte por tendencia de cannabis —indicó Miri.

—No joda agente, les dije lo que sé.

—No soy agente, soy inspectora.

—No hace falta compañera. Saca los porros —indicó Virginia al exnovio.

Metió la mano en la bolsa de deportes y los sacó. Estaban ya liados, esperando a que una boca les diese fuego.

—Dámelos.

Se los dio.

—Como te has portado bien, no te vamos a multar, pero tampoco te los vas a fumar—Los desmenuzó y lo arrojó al suelo. Seguido, lo pisó—. Ahora, quítate de mi vista, ya puedes ir a dar de comer al perro.

Antes de continuar, fueron a ver al vecino. Este no lo tenía en demasiada estima. Según sus palabras, estaba hasta los huevos de él por las fiestas, la gente yendo y viniendo, y el olor a finas hierbas que envolvía el descansillo. Y sobretodo el perro, que no dejaba de ladrar. Aún con la poca estima que lo tenía, el venció fue sincero y confirmó su coartada.

De camino al coche, Miri la preguntó.

—¿Piensas qué tiene algo que ver?

—¿Quién, ese mindundi? Que va, ese no sabe ni lo que es un bisturí, y menos hacer las incisiones sin que se desangre. Ese solo es un porreta. Las incisiones, la manera de colocar el cuerpo, es parte de algo.

—¿Un ritual?

—No te diría que no. Llama a la juez, que te firme una orden para entrar en el domicilio de Cristina. Yo voy hacer una llamada.

Ambas sacaron sus teléfonos móviles. Miri llamó a la jueza para conseguir esa orden. Virginia hizo lo mismo, contactando con Hurtado.

—¿Qué pasa, bombón? —contestó Andrés.

—¿Cómo van mis dos personas favoritas?

—Bien, hemos venido hace un rato del parque, y de merendar, que a la niña se le antojó unas tortitas. Ahora estamos viendo dibujos.

—Te saca todo lo que quiere.

—Ya lo sabes, no lo puedo remediar. Hace conmigo lo que quiere. ¿Has comido?

—Un bocadillo de la máquina, eso me dejó con más hambre.

—El caso, ¿cómo va?

—De momento, normal. No sé a qué hora llegaré, ¿te quedas con la niña?

—Claro, sin problema.

—¿Qué peli estáis viendo?

—No sé, una de un muñeco de nieve que habla, canta y baila.

—¿Frozen?

—Esa.

—Dila que se ponga, que la quiero saludar.

—Espera —Le dio el teléfono a Valentina—. Toma, es mamá.

—¡¡Mami!! —exclamó Valentina con una sonrisa al escuchar la voz de su madre.

—Mi niña…

—¿Cuándo vienes?

—Pronto. ¿Qué tal con Andrés? Me ha dicho que habéis merendado tortitas. Luego cena

lo que te ponga ¡eh! No te vayas a la cama sin cenar, no sé a qué hora llegaré.

—Vale, mami. Te quiero.

—Y yo a ti. Un beso, mi vida.

Se despidió de ella y de Andrés. Seguido, se montaron en el coche. Miri arrancó y condujo hasta la calle Hornero, varias calles al norte de donde se encontraban.

—¿Tenemos la orden? —cuestionó Virginia a su compañera.

—Sí, la jueza viene con nosotros. No se fía de ti. ¿Tanta reputación tienes?

—Son muchos años en el cuerpo. La jueza sabe de leyes, no sabe como son las calles.

—A tu ex compañero no le conoce, ¿no?

—No, Andrés se marchó hace varios años, nunca le gustó tener que lidiar con jueces, sobre todo después de que uno le juzgara por ser un GAL. Siempre me dejaba a mí esa parte.

—Pero luego volvió.

—Sí, le pidieron ayuda para un caso y se quedó. Fue cuando le conocí.

—¿Cómo era como policía?

—El mejor, de él aprendí todo. Por eso te dije antes que muestres educación y respeto con quien te lo muestre a ti, eso, o serás carnaza para hienas hambrientas, ¿comprendes ahora?

Asintió.

—Esto es como la jungla, o comes, o te comen, y tú no debes dejarte comer.

—¿Por qué dejó la policía?

—Esa es una historia muy larga, cuando tengamos más tiempo, te la contaré.

Después de cinco minutos de conversación, llegaron al domicilio de Cristina. Antes de bajar, Miri recibió una llamada.

—Dígame, señoría.

—Inspectora, no sé cuanto tardaré, hay un atasco bastante considerable.

—Lo siento señoría, no lo escucho bien.

—Son las obras. Disculpe —Se dirigió al conductor—. Ponga la sirena o nos dan aquí las uvas.

—Ahora mismo, señoría.

—Inspectora, ¿me escucha ahora?

—Algo mejor.

—Espérenme en el portal.

—De acuerdo.

Descendieron de vehículo y estuvieron esperando casi veinte minutos a la jueza. Esta vino escoltado por una patrulla. Se bajó del coche y camino hacia las inspectoras acompañada por el secretario judicial.

—¿Todavía no ha llegado el cerrajero?

—No, aquí no ha venido nadie —contestó Virginia.

La jueza miró su reloj.

—¿Dónde estará este hombre? Mira qué le dije que fuese puntual —Miró en derredor— Mírale, ahí está.

Caminando en su dirección, se encontraba un hombre bajito, vestido con uniforme gris y con una caja de herramientas bajo el brazo.

—Siento el retraso —mencionó con un fuerte acento gallego.

—No importa, empecemos cuanto antes, luego tengo que volver al juzgado —sentenció la jueza.

CAPÍTULO 4

Una vecina les abrió el portal y subieron al piso. El cerrajero procedente de las Rias Baixas, se arrodilló para dejar el maletín, lo abrió y sacó las herramientas que harían falta para abrir la puerta. Dado su pericia y maña, solo le llevó un par de minutos.

—Ya pueden entrar, yo pongo una nueva y me marcho.

—De acuerdo —expresó la jueza.

Con aquel cerrajero poniendo una nueva cerradura, ambas inspectoras, la jueza y el secretario judicial, entraron. Dos agentes de uniforme quedaron custodiando la puerta de curiosos. Al ser una casa antigua y propiedad de una persona en el último capítulo de su vida, la decoración era como estar en un escenario de Cuéntame, con muebles antiguos de madera de roblo, hechos a mano por un carpintero cuyas manos se asemejaban a las de un escultor del renacimiento cortinas tejidas a mano, y un olor fuerte a naftalina.

—Dios, es como volver a casa de mi madre —espetó su señoría.

—También tengo esa sensación —sentenció Virginia.

Examinaron el salón, cuarto de baño… sin encontrar nada relevante para la investigación. Pasaron a la habitación de Cristina. Esta se encontraba decorada en un estilo más contemporáneo, con muebles comprados en el gigante sueco. Lo primero que hizo Virginia mientras Miri y la jueza registraban los cajones, fue hacer una panorámica en su cabeza de la habitación. Observó que la cama estaba hecha y la ropa recogida. Seguido, anduvo hasta el tocador, comprobando que encima de la mesa y sin recoger, se hallaba el maquillaje que utilizó para su disfraz de pirata la tarde de su desaparición. Centró su mirada en un paquete sin abrir de discos para desmaquillar, lo que la condujo a abrir la papelera de debajo del tocador, sin encontrar ningún paquete vacío, ni discos usados. Virginia dedujo que no pasó por casa con su acompañante. Para confirmarlo, abrió el armario en busca del disfraz, no lo encontró. Sin embargo, lo importante, lo que sería analizado hasta el más mínimo detalle, no se hallaba en un cajón, si no encima de un escritorio. El portátil de Cristina.

—Lo tenemos —mencionó Virginia cogiéndolo—. Aquí está «toda su vida.»

—Llevarlo a los chicos de informática —alegó la jueza.

—Señoría, nosotras íbamos al anatómico.

—Y yo digo que vayan a llevar el portátil. ¿Suele cuestionar las órdenes, inspectora?

—Inspectora jefe, y no, pero el forense ya tiene los resultados de la autopsia.

La jueza se quedó mirando a los ojos de Virginia con la misma frialdad que Virginia mira a los delincuentes.

—Vayan al anatómico, cuando terminen, se ponen con el ordenador.

—Lo que usted diga.

—Un apunte más, cualquier evidencia que encuentren, me darán cuentas a mí, y a nadie más. ¿Está claro?

—Como el agua.

Cerca de las ocho, se dirigieron al anatómico. Aguardando su llegada, se encontraba Marcial Álvarez, un viejo conocido de la inspectora jefe y de su antiguo compañero. Era

considerado unos de los mejores forenses de Europa y un gran estudioso de la medicina forense, escribiendo artículos en distintas revistas sobre los derechos humanos y agresiones sexuales en niños y adolescentes. También escribió varios artículos relacionados con la estimación forense de la edad basado en el estudio de la epífisis proximal de la clavícula. Toda una eminencia en su campo.

—Inspectora Otero, mucho gusto volver a verla.

—Marcial, no ha pasado tanto tiempo.

—Te veo muy bien.

—Muchas gracias.

—¿Y Andrés? ¿Cómo le va a ese viejo zorro?

—Dice que está genial, pero sé que echa de menos estar en el cuerpo. De aquí a nada, le veo dando de comer a los patos del Retiro.

—Dale recuerdos de mi parte.

—¿A ella la conoces? —preguntó en referencia a su compañera.

—No, no tengo el gusto.

—Inspectora Miriam Cruz —se presentó.

Se estrecharon la mano.

—Me tengo que poner al día. Estuve fuera dando clases en la universidad, volví hace seis meses. Tampoco soy de dar de comer a los patos, mi trabajo está en las cajoneras.

—Hablando de cajoneras, ¿qué tienes para nosotras? —cuestionó Virginia.

El forense abrió la número seis, y mostró a Cristina Criado. Su pecho mostraba la clásica cicatriz en Y.

—Murió entre las diez y las once. Se debió a causa del degollamiento. Presenta una incisión en la región cervical de dieciséis centímetros que secciona el cuello. Es una herida lineal, el instrumento penetra de forma perpendicular a la piel, produciéndose una solución de continuidad que se abre en ojal. En la zona de entrada no hay marcas de tanteo, el asesino lo introdujo sabiendo donde lo hacía. Tiene seccionado el músculo esternocleidomastoideo derecho, sección de la arteria carótida primitiva derecha a unos dos centímetros de su bifurcación, sección de vena yugular derecha y sección completa de laringe a nivel de membrana cricotiroidea, con apertura de vestíbulo laríngeo, quedando el asta inferior derecha de la tiroides seccionada.

—¿Los cortes del el cuerpo?

—Son un total de diez incisiones entre uno y tres centímetros. Los músculos están desgarrados, y manifiesta varios huesos rotos. Si me preguntas si hubo agresión sexual, la respuesta es no. No hay piel debajo de las uñas, y no peleó con su agresor. De ser así, habría heridas palmares en alguna de las manos o quizás en ambas, en los dedos a la altura de la falange. Sí hallé debajo de las uñas tierra y gravilla. Las cutículas de la mano derecha están algo corroídas debido a que arañó una superficie dura dejando restos. Los analicé con el microscopio encontrando restos de cemento y escayola. El pelo, aparte de sucio, presenta ácaros y encontré dos arañas muertas. En la zona superior e inferior del labio hallé restos de adhesivos y fibras, diría que utilizó cinta americana para taparla la boca. Encontré bastaste mucosidad en sus fosas nasales. Parte de esa mucosidad, estaba recubierta por una sustancia blanquecía. Recogí unas muestras y las analicé, dando positivo en cocaína. Para averiguar si tomó más drogas, analicé tejido del hígado en busca de alcaloides, encontrando escopolamina, ya sabéis el motivo de su uso, someter a la víctima en contra de su voluntad. Los órganos vitales están intactos. Los pulmones me dijeron que no es fumadora. Después me centré en el estómago, llevaría unas veinticuatro horas puede que más, sin comer sólido, pero sí ingirió diversos artrópodos. Donde

estuviera, se alimentó a base de insectos. Hay algo que me llama la atención.

—Cuéntanos —expresó Virginia.

—Hay zonas de la epidermis que han sido limpiadas con agua y jabón. Lo hizo de una manera superficial puesto que todavía queda parte de esa suciedad.

—¿De qué suciedad estamos hablando?

—En su mayoría, tierra.

—Eso es porque la arrastró en el lugar donde encontramos el cuerpo.

—No, eso lo hizo antes de asesinarla. Te voy a enseñar dos muestras que he recogido. Las tengo en el microscopio, mirar —Virginia observó primero— lo que estás viendo, es el tejido que fue limpiado, ¿qué ves?

—Parte de esa suciedad está difuminada.

Después de que Miri observase el tejido, el forense continuó con el segundo.

—Ahora la suicidad dejada por arrastrar.

—Se ve que es distinta —añadió Virginia.

—No es solo eso, se puede distinguir un tono verdoso, debido al contacto de diversas plantas con la piel.

—Sabemos que estuvo en dos sitios, en uno la retuvo ya asesinó, y un segundo lugar donde dejó el cuerpo. El porqué la limpio, ni idea,

—La preparó —espetó Miri.

Ambos la miraron.

—Explica —mencionó Virginia.

—Alguien la quería ver limpia antes de asesinarla. Tal vez el asesino, u otra persona.

—Es una posibilidad. ¿Qué sabemos del arma homicida?

—Un bisturí.

—Si encuentra algo más, nos avisa.

—Lo haré.

CAPÍTULO 5

Se dirigieron a la comisaría general de policía científica. Antes de ponerse con el ordenador de la víctima, hablaron con el responsable a cargo de la brigada central de investigación científica y técnica. Este le contó el examen que hicieron más en profundidad. El sedal de pesca, poseía un grosor de cero con ochenta milímetros de espesor, con una resistencia que abarcaría entre quince o veinte kilos. No encontraron ninguna huella. Los ganchos, eran de los que podías comprar en cualquier ferretería del barrio. Al igual que en el sedal, no obtuvieron ninguna huella sin embargo, sí encontraron restos de fibras de cuero de lo que podría ser un guante. Los cabellos hallados en la escena del crimen, eran de procedencia humana. El rubio pertenecía a Cristina, los cabellos morenos todavía se hallaban en desconocimiento dado que necesitaban a una persona para su comparación. Terminado de que el compañero le expusiera el informe, pasaron a la unidad central de criminalística, a la sección de informática e ingeniería forense, cuyo responsable, se encontraba el inspector Domingo Marín.

—¿No está la jueza por aquí? —cuestionó Virginia.

—No, aquí no ha venido nadie.

—¿Qué has encontrado?

—El ordenador está limpio. No hay rastros de archivos ocultos, es el simple ordenador de una cría de veinte años. Archivos de música, fotos, documentos de sus estudios…

—Es evidente, ¿qué podría ocultar la víctima? Vamos con las redes sociales.

—No fue difícil entrar. Al ser un ordenador como yo digo, casero, las cuentas están activadas y no ha pedido contraseña. Las únicas redes que tiene son Facebook e Instagram. ¿Por cuál quieres empezar?

—Facebook.

—He revisado sus mensajes. Unos son de sus familiares, en su mayoría de sus padres preguntando qué tal los estudios y la vida en Madrid. Otros mensajes son de sus amigas mandándose videos de perritos, videos graciosos… Y las fotos, tenemos con su familia, de viaje con las amigas, en su faceta de estudiante.

—Vamos a su Instagram, ahí es donde está la marcha.

Abrió la página de aquella red social. Salían fotos de ella en lencería frente al espejo, en biquini en una piscina cualquiera un día cualquiera, y videos suyos bailando como una hembra baila en su ritual de apareamiento en busca de un macho alfa que la insemine. Fueron a la bandeja de entrada, esta se encontraba a rebosar de decenas de mensajes de chicos que la habían escrito en busca de aquel ritual de apareamiento. A todos los dejó en visto menos a uno. Se hacía llamar *Romanfit*. Con una edad de treinta años, en su perfil, dejando aparte las frases para motivar, se describía como entrenador personal, fotógrafo y amante de los animales. Albergaba cientos de videos y fotos. Sobre todo haciendo rutinas en el gimnasio. Se centraron en los mensajes entre ellos.

Los mensajes se iniciaron una semana atrás. En ellos se contaban un poco de su vida, sin embargo, los mensajes iban encaminados para saber de ella, preguntando si tenía novio, con quién vivía, a qué se dedicaba… Cualquier pregunta que diera al hombre información sobre ella.

Entre mensajes, se intercambiaron alguna foto como su madre los trajo al mundo. Después de visualizar aquellas imágenes, la inspectora se centró la conversación del día de autos, el jueves. Estos se escribieron a las tres de la tarde.

—Hola mi niña —saludó el chico insertando un emoticono de un corazón.

—Hola guapo, ¿cómo estás? —contestó Cristina también insertando un emoticono de corazón unido a una carita sonriente.

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo está lo más bonito del mundo?

—Cansada, pero con ganas de que llegue esta tarde —puso otra cara que salían corazones.

—Ya queda poco para vernos, princesa.

—Ya tengo mi disfraz de pirata y un regalito que compré especial para ti, espero que te guste —insertó otro emoticono donde salía un mono tapándose los ojos.

—Mmmm, ¿qué podrá ser?

—Solo te digo que lo tendrás que quitar con la boca…

—Mi niña…

—Entonces, ¿quedamos a las ocho?

—Sí, yo iré con una máscara de la película V de Vendetta, ya sabes que no soy mucho de disfraces.

—Ainss, lo malo que no viene el perrito.

—Luego si quieres, le ves. A él le encantará verte.

—¡Qué lindo! Si, luego lo veré. Te dejo amor, luego nos vemos, tengo que seguir haciendo cosas. Un besito.

—Otro.

Cerró las conversaciones.

—Ya no hay mensajes entre ellos —informó el técnico.

—Sigue buscando cualquier cosa —añadió Virginia.

—¿Necesitas algo más?

—Sí, la geolocalización de este número móvil. —Le dio el de Cristina—. Me gustaría saber dónde estuvo por última vez.

—Sin problema, es pan comido. Eso sí, tardaré un rato.

—Avísame cuando lo tengas.

Una vez acabado con los mensajes y el portátil, el siguiente paso fue dirigirse al Matadero en busca de cualquier testigo que aportara información. Consiguieron un listado de las personas que trabajaron el jueves. Todos cuantos hablaron, no facilitaron nada de información, ningún mísero detalle por insignificante que fuera, algo lógico dado que con tanto bullicio de gente por una fiesta de tan envergadura, ninguno se puso a mirar qué hacía cada uno. Sin embargo, sí encontraron a un trabajador de un puesto de comida rápida, quien facilitó un par de datos. Este reconoció a Cristina debido a que le pidió una cerveza, bebida que no le sirvió puesto que el hombre solo servía comida y bebida sin alcohol. El segundo dato que aportó fue que se encontraban en actitud cariñosa. Describió al chico. Era más alto que Cristina. Cubría su cuerpo con unos vaqueros ajustados, un abrigo largo, un gorro de lana y aquella máscara del protagonista de cómics de la que no se desprendió en ningún momento. Su última pregunta fue si cojeaba, contestando que no, o por lo menos el tendero del puesto no se percató. Concluido de hablar con él, preguntaron en los bares adyacentes por si hubiesen entrado. Lo mismo que los trabajadores del matadero, los camareros no aportaron nada de información debido a la concentración de gente. Entraron en el bar La Lastra y conversaron con los camareros.

—Puff, aquella noche estábamos hasta arriba, ¿cómo me voy acordar? No dábamos abasto —explicó uno de ellos.

—¿No se fijo en ella? —indagó Virginia.

—No es que no me fijara, es que no recuerdo si la vi.

Antes de pasar a investigar las cámaras adyacentes, preguntaron en dos sitios más. Primero en el hotel Legazpi, por si quizás hubieran subido a echar uno rapidito. Se situaba en el Paseo de la Chopera, justo enfrente de la puerta principal del Matadero. Mostraron la foto a la recepcionista. Se quedó un par de segundos observándola para a continuación, negar con la cabeza.

—No lo reconozco, lo siento.

La inspectora le facilitó el nombre de la víctima para comparar con el registro.

—Tampoco, no hay nadie con ese nombre. Siento no poder ayudarles.

—Le suena haber visto a un chico con una máscara de la película V de Vendetta?

—No sé a cuál se refiere.

—Dame un segundo.

Virginia sacó el móvil, buscó la imagen en internet, y se la mostró.

—No, lo siento, no he visto a nadie con esa máscara pedir una habitación.

—Gracias por su tiempo.

El siguiente paso les condujo a la gasolinera, a escasos quinientos metros de ellos, ubicado en el mismo Paseo de la Chopera, esquina plaza de Legazpi. Tampoco los reconoció. Las cámaras se encontraban enfocadas en los surtidores, solo había una grabando la entrada a la gasolinera.

Con una vaga descripción del hombre misterioso, antes de las diez de la noche, se dirigieron a las calles adyacentes en busca de cámaras de vigilancia. Hubo tres que podían facilitarles los datos que faltaban; la de la gasolinera, la grabación del exterior del hotel, y la grabación del exterior de un restaurante de comida turca en la esquina del Paseo de la Chopera con la calle Enrique Trompeta. Le habían atracado tantas veces al pobre turco, que había puesto cámaras en cada rincón. Hablaron con los establecimientos para qué les proporcionasen las grabaciones. Ninguno tuvo inconveniente en proporcionar las imágenes. Virginia les dio la dirección de correo de la brigada de informática para que las mandasen. Entretanto, una llamada sonó al teléfono oficial de Virginia. Descolgó.

—¿Quién es?... Ah, eres tú, vamos enseguida—Colgó—. Era el técnico, ya tiene la última ubicación del teléfono de Cristina. En marcha.

Si bien ya era tarde, Virginia no podría conciliar el sueño si no conocía la ubicación del teléfono. Antes de marcharse a casa, fueron a ver al técnico.

—¿Lo tienes?

—Sí.

Se lo mostró sin embargo, ni a Virginia, ni a su compañera, les cuadró aquella última ubicación.

—¿Valladolid? —cuestionó Virginia frunciendo el ceño—. No puede ser.

—Eso no falla, inspectora. Para ser exacto, la geolocalización marca el Parque del Campo Grande.

—No tiene ningún sentido —pronunció a su compañera—. La secuestra en Madrid, la asesina en Valladolid, ¿y la trae de vuelta? No tiene ningún sentido. ¿Puedes volver a realizarlo? —preguntó al técnico.

—Sí, pero el resultado será el mismo.

—Tú hazlo —Seguido, se dirigió a su compañera—. Ponte en contacto con Valladolid, que examinen el lugar, a ver si encuentran el teléfono de Cristina, algo que no creo. Manda una foto de ella, y que pregunten si alguien la reconoce.

—Enseguida.

—Inspectora —interrumpió el técnico—. Le han llegado varios emails. Son grabaciones de seguridad.

—Ponlas.

Comenzó a visualizar las imágenes. La primera fue la del exterior de la gasolinera. La cámara enfocaba al Paseo de la Chopera, captando multitud de gente yendo y viniendo, menos a Cristina Criado y al enmascarado de su secuestrador. La del hotel, no aportó nada. De las dos cámaras que vigilaban el hotel, situadas en la entrada del parquin y en la puerta de acceso, el ángulo de la cámara solo abarcaba la entrada. Fue la cámara del restaurante turco la encargada de mostrarles al secuestrador y a la víctima. Se les observaba a los dos subidos en una moto Honda de gran cilindrada y parados en el semáforo. Ambos llevaban puesto el casco, pero eso no dificultó el reconocimiento puesto que a Cristina se la distinguía los pantalones del disfraz de pirata.

—Amplía la matrícula, y averigua a nombre de quién esta esa moto Honda.

Miri retornó tras haber hablado con Valladolid.

—¿Qué han dicho? —continuó Virginia.

—Se pondrán en contacto con nosotros cuando sepan algo.

—Bien. Acabamos de ver las imágenes de seguridad, las han mandado hará diez minutos. Los tenemos a los dos en una moto.

—Ya tengo a nombre de quien está. Tiene una alerta por denuncia de robo. Pertenece a Raúl Vega Gil, este denunció el robo hace dos semanas.

Por otro lado, a la inspectora le llegó un wasap a su teléfono personal. Se trataba de María, una de sus amigas.

—Nena, ¿has visto esto?

Su amiga lo envió a las once de la noche. Aquel mensaje, iba acompañado de un enlace. Si María se lo envió, se trataba de algo urgente que Virginia debía de ver puesto que no era la típica amiga que mandaba moñadas, ¿Qué contenía aquel enlace? ¿Quizás otra víctima?

Para averiguarlo, accedió. No se trataba de una noticia, sino el enlace a un perfil de la red social Twitter. Comenzó a ojear el perfil hasta que se encontró con un video.

Con el fin de que su compañera viera lo que ella estaba viendo, pidió al técnico que dejase la búsqueda de la moto para escribir el enlace en el buscador. En menos de un segundo, el ordenador le mostró un perfil cuyo nombre se hacía llamar el «quinto ejecutor.» Su foto constaba de un esqueleto sonriente montando en una barca navegando en un río de sangre. No mostraba seguidores, ni seguía a nadie, Tampoco fotos. Solo ese video que hizo saltar todas las alarmas de la inspectora jefe.

Lo reprodujeron.

Subido a las ocho de la tarde, se observaba una habitación que, a primera vista, era espeluznante. La poca luz que emitía la bombilla que colgaba de un cable en el techo, dejaba ver unas paredes de cemento, donde albergaban salpicaduras de sangre tapando cada rincón, sin embargo, aquello no era lo peor, lo que en verdad aterraba de esa habitación, era las decenas de marcas de las palmas ensangrentadas que recorrían desde la entrada hasta perderse en el centro de la pared, ¿cuántos llantos y gritos callan esas paredes? ¿Cuántas víctimas habrán suplicado por una vida cuyo final estaba escrito de una manera tan macabra? Si las paredes pudieran

hablar, guardarían silencio.

En el centro, donde se perdían las manos, una silla aguardaba con paciencia que alguien se sentara en ella y confesara sus pecados. ¿Qué pecados podía tener una cría de veinte años? A su lado, se encontraba una mesa rodante de hierro de dos pisos cuya balda superior, se hallaban toda clase de artilugios para salvar vidas, pero también para quitarlas; un par de sierras, *fórceps*, escarpelos, agujas, una sierra circular eléctrica...

En la silla, atada por una cuerda, confesando sus pecados, se encontraba Cristina. La expresión que portaba en su delicada cara no era de miedo, era de auténtico terror, un terror que la mantenía paralizada, con los ojos abiertos, sin pestañear, sin mover un solo músculo de un cuerpo en el que un sudor frío que emanaba causado por el terror, se mezclaba con la sangre debido a las incisiones hechas por el bisturí. Aquella mezcla se deslizaba por su blanca piel hasta crear un charco en el suelo.

A los cinco segundos de grabación, la persona que se hacía llamar «el quinto ejecutor», entró por la puerta. Aquel tipo sí cojeaba. Vestía una bata blanca y ocultaba su rostro de psicópata con un pasamontañas. Fue la única vez que se vio a los músculos de Cristina reaccionar arqueando sus cejas. El ejecutor se acercó a ella. La observó de arriba abajo, y agarró un mechón de su pelo para a continuación, olerlo. Tras saborear el aroma, la peinó con las manos y la dio un beso en la mejilla.

Cristina no pudo hacer nada, solo dejarse llevar y esperar a un final que llegaría en pocos minutos. Quería que todo terminase rápido, si la quería matar que lo hiciera lo antes posible. No quería sufrir. No quería una agonía lenta. Pensó en sus padres, en la última vez que los abrazó. No se preguntaba el porqué de que ella estuviese sentada en la silla. Ni pensaba en la vida que le hubiera gustado vivir, sus pensamientos los destinaba a su madre, a la mujer que a dio la vida pero que no podía evitar que se la quitasen. Le vino a la mente la imagen de ellas dos en el andén de la estación de Valencia, donde su madre la besó y se despidió de ella deseándola una feliz nueva vida en la capital.

El ejecutor dejó de mirar a Cristina y centró aquella mirada en una pequeña abertura en la pared, donde la oscuridad acechaba envuelta en una fuerte tormenta. Tan solo se escuchaba el silbar del viento agitando las ramas de los árboles, el goteo del agua cayendo desde las grietas hasta un charco, plic, plic..., a las ratas royendo un trozo de hierro, hiiic...

Y Tan solo se veía a Cristina siendo degollada.

Una vez que cortó su débil cuello, el ejecutor miró a la cámara, saludó y la apagó.

En cinco minutos desde que el video estaba colgado en la red, se contaban más de mil visualizaciones, cintos de «Me Gusta» y comentarios. Solo en cinco minutos. En el momento en que lo vio Virginia, llevaba diez mil visualizaciones, y seguía subiendo como la espuma de una cerveza mal tirada. Lo primero que Virginia pensó, fue lo mismo que mencionó el jefe superior, que estaban ante algún juego de rol creado por niñatos a los que sus padres no le dieron una hostia a tiempo. Hacía algo menos de una año, que hubo un caso parecido de chavales que para satisfacer sus ansias de psicópatas, habían creado un juego similar. Miri se fijó en que había una descripción dejado por el autor.

«Si quieres más diversión, aquí tienes más: Contrackiller.onion.»

Antes de continuar, leyeron los comentarios por si el autor, hubiese dejado uno dando más información. Al no hallar ninguno, pasaron a leer lo de los usuarios. Entre los comentarios,

se podían leer:

—¿Será verdad? ¡Qué horror! —escribió una usuaria llamada Betsy.

—Bah, todo mentira, lo que hace la gente por fama y dinero.

—Yo hago mejores efectos desde el sofá de mi casa.

—Vaya mierda, intentó acceder a la página web, y me dice que no existe.

Virginia lo intentó. Pidió al técnico que escribiera la dirección en el navegador. Le ocurrió lo mismo que a los usuarios, la página de búsqueda no existía. Continuó leyendo los comentarios para intentar dar con alguno que le diera utilidad.

Y lo encontró.

—Ni lo intentéis, es una página de la deep web —sentenció otro usuario.

Los comentarios dejaron de escribirse a raíz de ese último.

—¿Qué es eso de la deep web? —cuestionó Virginia.

—Es la llamada «internet oscura», la parte de internet en la cual, no se puede acceder sin programas especiales —afirmó el inspector Marín.

—Miri, llama a la jueza y cuéntala los avances, no queremos que se altere.

—¿No es un poco tarde? Son las once y pico…

—¿No quería que la informásemos? Pues se le informa.

Miri hizo esa llamada. Estuvo esperando cinco o seis tonos esperando a que la jueza descolgase. No sucedió. Después de los tonos, se cortó.

—No lo coge, estará dormida. La he dejado un mensaje.

Virginia miró su reloj. Eran las once y media de una noche que las tenía a las dos cansadas, intentando que sus párpados no se cerrasen. Ni las tres tazas de café que habían tomado cada una a lo largo del día, lograron que sus cuerpos aguantasen, a raíz de eso, decidieron irse a casa y verlo todo al día siguiente todo con más claridad. Miri se fue a casa. Insistió en llevar a Virginia, sin embargo, al vivir Miri en Leganés, tenía que dar un largo rodeo. Declinó la oferte y prefirió que una patrulla la llevase a casa. Eran las doce cuando su agotado cuerpo entró por la puerta, no quería nada más que tirarse en la cama. Lo hizo sin hacer ningún ruido para no despertar a la pequeña. A esas horas, debería de estar ya dormida en profundidad. También fue un día «duro» para Valentina, pero no como el de su madre. Encontró a Andrés en el salón, con los ojos cerrados, tapado con una manta hasta el cuello, y de fondo una película, cuyo sonido era casi inexistente. Virginia lo despertó moviéndolo con suavidad.

Andrés abrió los ojos.

—¿Ya estás aquí? No te oí entrar.

Virginia se quitó el abrigo, lo dejó en el sofá y se sentó en este.

—Por fin casita, ¿y la niña?

—Dormida, a las nueve la metí en la cama.

—¿Le has contado alguna de tus batallas?

—No, la leí un cuento y en cinco minutos, cayó rendida.

—¿Habéis cenado?

—Nada más llegar. Hice unas tortillas francesas, como no sabía a la hora que vendrías, te dejé una hecha. ¿Has cenado?

—No, aunque no tengo mucha hambre.

—Pero tienes que cenar, date una ducha y te caliento la tortilla. ¿Quieres un vinito?

—Sí, por favor, lo necesito. Por cierto, no sé cuánto tiempo estaré con el caso, lo digo por si puedes quedarte con Valentina, o pago una canguro. No quiero que dejes tus planes por

nosotras, y por supuesto no quiero llamar a su padre.

—A esa mierda ni lo nombres. Yo me quedo con ella, sin vosotras no soy nada. Aparte de que prefiero cuidarla, a estar en el bar.

—Tendrás que llevarla al cole, ir a buscarla, hacerle la comida…

—Que no te preocupes, me encargaré de todo. Voy a recalentar la cena.

—Y yo a la ducha.

CAPÍTULO 6

En otra parte de la ciudad, de madrugada, en la cual las nubes grises continuaban encima de los habitantes, arrojando litros de agua e iluminando el cielo con estruendosos relámpagos a su vez que estos dormían en un placentero sueño, el ejecutor caminaba arrastrando una maleta por un pasillo. Se detuvo y entró a una sala amplia, donde el eco se perdía entre las paredes, y donde reposaban velas que el fuego consumió hasta el final. Tumbó la maleta en el suelo, deslizó con suavidad la cremallera y la abrió. La luz de un relámpago entró por una cristalera, iluminando el interior de la maleta. Aquel relámpago mostró a otra «bella durmiente.»

CAPÍTULO 7

Antes del primer café de la mañana del domingo dieciséis de febrero, Virginia recibió una llamada al móvil. La guardia civil dio el aviso; una pareja que se dedicaba a investigar lugares con tintes de misterio, encontró en el sanatorio de la Marina, a una segunda víctima. A las ocho y media, se dirigieron a la sierra de Guadarrama, la ubicación dónde se hallaba aquel sanatorio que años atrás, fue una «prisión» para enfermos mentales.

En la entrada, un agente les acompañó al interior. Los condujo por un pasillo de escombros que cayeron de un techo desquebrajado. Las paredes pintadas con grafitis tapaban cada milímetro, sin dejar ver lo que un día estuvo pintado de blanco. Entretanto caminaban, Virginia ladeó la cabeza a la derecha, y le llamó la atención la palabra: «Infierno», y una flecha que marcaba la dirección a unas escaleras que conducían al piso superior. No fue la palabra en sí lo que llamó su atención, ni la flecha, para ella, había algo distinto a las demás. Parecía estar recién pintada.

El agente se detuvo en las escaleras y mencionó que subieran. En el piso superior, caminaron por el mismo pasillo que el ejecutor lo hizo arrastrando la maleta, para entrar a la sala, el lugar reservado para la capilla del sanatorio. Enfrente de ellas, en el lugar donde debía de reposar una cruz, se encontraba una chica medio desnuda, y colgada de una viga por una soga alrededor de su cuello. Su cuerpo mostraba signos de congelación. Anduvieron hasta el técnico forense.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Virginia.

—Por el tatuaje de su antebrazo, puede que se llame Noelia.

—O el nombre de su pareja, de su hija, sobrina… a saber. ¿Sabemos de qué murió? Aunque salta a la vista…

—No, no fue por ahorcamiento, puede parecer, pero no es. Descolgadla pero con mucho cuidado —Dos compañeros de científica la tumbaron en el suelo—. Fijaos en el nudo, se encuentra en la parte posterior central del cuello, cuando debería de estar en la nuca. No hay ningún tipo de anoxia, ni lesión medular. En el surco dejado por el lazo, no se detecta ninguna cresta hemorrágica, ni vesículas de contenido seroso o serosanguinoliento. No hay proyección de lengua, ni hemorragias palpebrales y conjuntivales. Tampoco presenta alrededor livideces de ningún tipo. Tiene quemaduras de cigarrillos por el torso y las piernas. No tiene signos de defenderse —Abrió la boca— El incisivo lateral superior derecho, el central superior derecho y el izquierdo, fueron arrancados de cuajo, quien lo hizo, lo arrancó de un tirón, dejando la raíz.

—Pero quiero saber, de qué murió.

—Sofocación por bolsa de plástico.

—¿La asfixiaron? —cuestionó Miri.

—Así es. Fijaos en su cara. Se aprecia una ligera protrusión lingual, intensa coloración azulada de los labios y los lechos, y restos de hongo de espuma. Dentro de su boca he hallado restos de fibras de plástico.

—También tiene los ojos cosidos.

—Mismo asesino —añadió Virginia.

—Sí, es el mismo —espetó el técnico—. Las huellas plantares coinciden con las encontradas en la escena de la primera víctima.

—¿Hora de la muerte?

—Eso es más difícil de saber dado que tiene síntomas de congelación. Pero por fase cadavérica, rigor mortis… Podría ser entre las diez y las once.

—Esa es la hora de la anterior víctima —alegó Miri.

—¿Los arañazos? —cuestionó Virginia.

—Los estaba examinando cuando llegasteis. Observando las laceraciones y la forma del óvalo, no lo hizo un hombre. Las comparé con sus uñas, y estos arañazos se los hizo ella. El motivo lo desconozco.

—Desesperación, locura… Los motivos pueden ser infinitos. A saber qué se le pasó por la cabeza. Sabemos que antes las secuestra y las retiene antes de ser asesinadas —Virginia observó su mano derecha—. Joder…, le han cortado dos dedos de la mano.

—El indicie y el anular. Examinando la forma, lo hizo con unas tenazas. Fijaos, tiene gangrena, y está bastante infectada. La temperatura a creado una capa de hielo a su alrededor.

—La manera de actuar ha cambiado —continuó Virginia—. A Cristina, quitando las incisiones, la degolló, y a esta chica… el cabrón se ensañó con ella. Ambas víctimas están en la escena secundaria, según lo que vimos en el video de Twitter, las asesina en otro lugar, ahora bien, ¿por qué ambas muertes son distintas? Me refiero a por qué a Cristina solo la degüella, y a esta la arranca los dientes, y le corta dos dedos de la mano. Lo que si coincide son las víctimas, chicas de veinte a veinticinco años, rubias, y de piel blanca.

—¿Qué evidencias tenemos? —inquirió Miri.

—Para empezar, tenemos la cuerda, es una simple cuerda de alpinismo. Al estar la zona embarrada, fue fácil hallar las mismas botas del cuarenta y dos, y el rastro dejado al arrastrar la maleta. Hay un grupo de huellas plantares mirando hacia la víctima, al igual que en la escena de la primera víctima. En el exterior, hallamos decenas de marcas de neumáticos, hemos recogido todas. También, hemos encontrado eso —Le mostró en una superficie de arena de escombro del suelo, tres agujeros pequeños en forma de triángulo—. ¿Tienes idea de lo qué es?

—Parece los agujeros que hace el trípode de una cámara de fotos afirmó Virginia—. Eso es porque el asesino debe fotografiarlas una vez que las deja en la escena. Sin embargo, en esta ocasión, lo ha fotografiado con un trípode. Tal vez se sacó una foto con ella el muy sádico.

—A Cristina la contactó a través de Instagram estudiando su perfil, supongo que con esta chica habrá hecho lo mismo —expresó Miri.

—Cotejaremos sus huellas por si esta fichada —mencionó Virginia

—¿Y si no está?

—Que hagan un retrato de ella y que lo suban a la plataforma de desaparecidos, y que lo mueva por las redes sociales a ver si estas juegan a nuestro favor, y alguien la reconoce. Una cosa más. , puede que no tenga nada que ver, pero por si acaso. Abajo hay una pintada en la pared con la palabra «Infierno» escrito y una flecha, parecía reciente. Examínalo.

—Lo haré —sentenció el técnico.

Virginia sintió un escalofrió. Ladeó la cabeza hacia la entrada, observando a la jueza caminar hacia ella.

—Buenos días —saludó la jueza.

—Buenos días —expresaron los presentes.

—Tengo un mensaje de audio informándome sobre un video, ¿pueden explicármelo? —inquirió la juez frunciendo el ceño—. Espero que no me estén ocultando información.

—Para nada —alegó Virginia—. El video del asesinato de Cristina Criado. Ayer la estuvimos llamando.

—Ya estaba acostada. Luego hablamos acerca del video. ¿Quién es la víctima?

—No lo sabemos —continuó Miri—. No tiene documentación, solo un tatuaje en el antebrazo que pone Noelia. Puede ser de de ella, el nombre de su hermana…

—Empezar con mujeres desaparecidas con ese nombre.

—He pedido que se realice un retrato para subirlo a las plataformas de desaparecidos —añadió Virginia.

—¿Causa de la muerte?

—La asfixiaron con una bolsa de plástico.

—Qué pena, con toda la vida por delante. ¿Quién la encontró?

—Una pareja que explora sitios misteriosos —alegó Miri.

—¿Habéis hablado con ellos?

—No.

—Cuéntame lo del video.

—Lo colgó el asesino junto a un enlace a una página en la Deep Web. Los compañeros están trabajando en ello.

—Hablar con los testigos y después, hasta que sepamos quién es la víctima y dónde estuvo, poneros con eso de la deep web, quizás encontréis más información, incluso a su próxima víctima, si es que la hay. Otra asunto, he de estar unos días fuera por unas gestiones que requieren toda mi atención, pero cualquier cosa que necesitéis, me llamáis al móvil.

—Entendido.

—Voy hacer el acta para el levantamiento.

A las diez de la mañana, salieron al exterior con la poca claridad debido a la neblina que se había levantado. Sentados en unos escalones, tapados con una manta sobre sus hombros, se encontraba aquella pareja, los cuales, no tendrían más de treinta años. El chico, intentaba tranquilizar a su novia, rodeando sus brazos por su cuello, y diciendo cualquier palabra con la que pudiera calmarla. Al igual que le ocurrió al vigilante cuando halló a Cristina, la novia se encontraba conmocionada al contemplar las atrocidades que puede llegar hacer el ser humano. Virginia y su compañera, anduvieron hasta la pareja. Les dieron los buenos días aunque no era el momento para decirlo.

—¿Podemos irnos ya? —inquirió el chico.

—No tan rápido —expresó Virginia.

—A mi novia aún le tiemblan las piernas.

Esta comenzó a llorar y abrazó a su novio.

—¡Mire cómo esta! Por favor, estamos cansados, solo queremos volver al hotel.

—No tardaremos mucho. Serán unos minutos.

—¿De dónde venís? —cuestionó Miri.

—Bilbao. Llegamos ayer a las seis de la tarde

—¿Cómo se llama tu novia? —preguntó Virginia

—Ainara.

—Miri, llévate a Ainara a que beba agua, y dais un paseo para que se tranquilice.

—Ven conmigo —expresó levantándola de los brazos. Seguido, caminaron hasta una de las ambulancias.

—¿A qué hora llegasteis al sanatorio?

—Sobre las tres de la mañana.

—Un poco tarde para recorrer este lugar.

—Nosotros también no dedicamos a lo paranormal, no solo es misterio. Es la mejor hora para investigar.

—¿Os dedicáis a ello por completo?

—Sí, tenemos un canal de YouTube con más de medio millón de seguidores.

—¿Ese es vuestro coche, no? —señaló a un BMW.

—Sí.

—¿Visteis algún coche más?

—Cuando llegamos, no había nadie. ¿Le importa si fumo? Yo también estoy nervioso.

—Adelante, fuma lo que quieras.

Sacó el tabaco, agarró uno y lo encendió. Dio una calada.

—¿Mejor?

—La verdad que sí. Joder… Todavía no me saco esa imagen de la cabeza…

—Ya lo harás. Sigamos. ¿Entrasteis por este acceso?

—Sí. Hicimos fotografías, videos y grabamos audios por el tema de las psicofonías. Después subimos por las escaleras.

—¿Entrasteis a la zona de la capilla?

—Lo primero que hicimos.

—¿La chica estaba colgada?

—Eso es lo peor, que no estaba. Ese *sasitume* la colgó estando nosotros dentro.

—¿No visteis a nadie?

—No, se lo juro. Al regresar al coche para irnos, fue cuando la vimos.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis dentro?

—Hasta las seis, siempre salimos a esa hora.

—¿No escuchasteis nada? El ruido del motor de un coche, en este tétrico lugar, cualquier sonido se percibe.

—Eso sí escuchamos, pero no le dimos importancia. Estas carreteras llevan a fincas privadas.

—Algo es algo. ¿A qué hora fue?

—Serían las tres y media. Al poquito de llegar nosotros.

—¿Has venido más veces?

—Con este es la segunda. La primera vez, investigamos la cara Este, ahora estábamos con la Oeste.

—Y en la que estamos es…

—La Este. Pero creo que después de esto, no vamos a venir más.

—Bueno, esto es buen márquetin para vuestro canal de YouTube.

Quedó callado

—Esto es más que suficiente. Ves con tu chica, iros al hotel a descansar. Un agente te cogeré los datos.

—Ya lo hicieron.

—Antes de irte, contéstame a esta pregunta, ¿te suena haber visto en la pared la palabra Infierno escrita, y una flecha indicando las escaleras?

—No lo recuerdo, pero le puedo mostrar la grabación del pasillo, lo garbamos al entrar.

—Si no te importa, sería de gran ayuda.

Abrió la mochila donde llevaba el material, y sacó una cámara de video. Busco el archivo y lo reprodujo.

—Aquí lo tiene.

Virginia lo visualizó. En el pasillo no se leía la palabra, ni se veía la flecha indicando las escaleras.

—¿Quién mas puede conocer este lugar?

—Todos los que nos dedicamos a esto, y cualquiera lo puede buscar en internet.

—Puedes irte.

Al mismo tiempo que se marchaba a ver a su novia, Miri regresó con Virginia.

—¿Cómo está la chica? —cuestionó la inspectora jefe.

—Intenté tranquilizarla, pero no se le va la imagen de la cabeza. Nos hemos quedado en silencio, la pobre no podía articular palabra, no es plato de buen gusto encontrarte en una situación tan delicada.

—Lo sé. Pobrecillos, ellos investigando para su canal de YouTube, sin saber que un asesino estaba colgando a una chica en una viga. Menos mal que no se vieron, si no, a saber qué hubiese ocurrido.

—Y el novio, ¿qué te ha contado?

—Vinieron a las tres. Escucharon el motor de un coche a las tres y media. Según él, no le dieron importancia porque hay varias fincas privadas, y hay circulación de vehículos. Sabemos que vino a las tres y media a colocar el cuerpo. Hay que comparar las marcas de neumáticos encontradas por los técnicos, con lo vehículos de las fincas privadas.

—Nos llevará un tiempo, los técnicos tienes que clasificarlas…

—Le pregunté por la pintada. Cuando ellos entraron, no estaba en la pared, lo acabo de ver en una grabación que me ha mostrado.

—¿La pintó el asesino?

—Estoy segura, es más, si lo pintó él, lo más seguro que es que lo hizo con la sangre de la víctima, al igual que a Cristina le pintó las mejillas.

—Eso significa, que nos ha indicado donde encontrarla.

—No a nosotros. El asesino sabía que este lugar esta frecuentado por buscadores del misterio, y que ellos se encargarían de encontrarla y avisarnos. La pintada sí iba para nosotros, para que fuéramos al infierno y viéramos a la víctima.

—Por tanto el asesino, conoce este lugar.

—No tiene el porqué, pudo buscarlo en internet. Hablando de eso, vamos a ver cómo va el compañero con la deep web.

CAPÍTULO 8

A mediodía, recibieron noticias de lo compañeros de Valladolid. Estuvieron peinando el parque un día entero, cada centímetro de tierra y árboles, sin hallar el teléfono móvil de Cristina. Preguntaron al guardia que custodiaba aquel maravilloso parque. El hombre no recordaba haber visto ninguna mujer como la de la foto. Se dirigieron a la brigada tecnológica. Virginia habló con el inspector Manuel Guerra, un analista especializado en temas de ciberseguridad.

—¿Y el inspector Marín?

—Ahora me encargo yo. Soy el inspector Manuel Guerra, experto en ciberseguridad. El inspector Marín me explicó lo sucedido, esto sobrepasa sus conocimientos, por eso me ha llamado. ¿Le importa qué las ayude?

—Por mí no lo hay, cuanto más ayuda, mejor. Soy la inspectora jefe Virginia Otero. Mi compañera, la inspectora Miriam Cruz.

Se estrecharon la mano.

—¿Han podido acceder? —cuestionó Virginia.

—Sí, sin embargo, no logramos dar con la dirección web.

—¿Entonces? La dirección es falsa, ¿y el asesino nos ha tomado el pelo?

—No, no lo creo. El problema es que estas páginas, se encuentran con un encriptado muy elevado, y nuestros conocimientos son limitados.

—¿Cuál es el motivo?

—No hay dinero para formación.

—Qué nos va a contar, nosotros nos tenemos que comprar nuestros propios chalecos antibalas. Con eso te digo todo.

—Habrá que ponerse en contacto con el CNI, que nos manden a un experto —alegó Miri.

—Y lo hice, ¿sabes lo que me contestaron? Que están bastante ocupados con el terrorismo y temas de seguridad nacional, para perder el tiempo con juegos de internet.

—¿Y qué hacemos?

—Seguir intentado acceder —continuó Virginia.

—No va a hacer falta, conozco al indicado, es capaz de introducirse. —afirmó el inspector Guerra.

—¿Es compañero?

—No, pero es muy bueno.

—No tenemos otra opción, si el CNI no quiere ayudarnos, tendremos que buscarnos las castañas. Que venga.

Se presentó en la brigada un chico de veinticinco años, un metro setenta y con apariencia de Hípster, con unos vaqueros pitillo, una camisa de cuadros roja y negra metido por dentro del pantalón, unas gafas de pasta, una barba poblada en donde podían anidar una familia de pájaros, y en su muñeca izquierda un reloj Casio de los años noventa. Más que un Hípster, parecía un leñador de Alaska. Su nombre de guerra en las profundidades del mar de la inconsciencia, era el Rey Blanco. Aquel lampiño, era un antiguo «sombrero negro» (ciberdelincuentes que descifran sistemas con intención de atacarlos) ahora convertido en jefe de ciberseguridad de

Delletecnologies.

Con síndrome de Hasper, a los veinte años se introdujo en la sede de dos partidos políticos, y navegó por las aguas de los ordenadores del CNI, como un marinero navega en el mediterráneo una tarde de verano. Su ego le hizo caer y fue detectado por incumplir las dos primeras reglas básica del hacker: No hagas ninguna incursión desde tu casa, y hazlo siempre a partir de la medianoche.

Dos reglas básicas y sencillas que el Rey Blanco se pasó por el arco del triunfo. A la hora de estar navegando, fue detectado y en menos de media, agentes del CNI estaban tirando su puerta abajo, pillando al Rey con un bocadillo en la mano, y el ratón del ordenador en la otra. No pasó ni un día entero en el calabozo. La fianza millonaria que le impuso el juez, fue pagada por un representante de la empresa tecnológica. Nada más abandonar el juzgado, en la misma Plaza de Castilla, aquel representante con pinta de inspector de hacienda, lo esperaba apoyado en una barandilla, con un bolígrafo en la mano y un contrato de cuatro cifras debajo del brazo. Un contrato que el Rey Blanco, firmó allí mismo sin pensarlo dos veces.

Dejando al margen el trabajo, en su tiempo libre daba charlas, talleres y cursos tanto de índole privado como a las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado, a pequeña escala y pagado por los mismos funcionarios dado que el gobierno, no soltaba ni un euro en su formación. En uno de aquellos cursos, conoció al inspector Manuel Guerra.

Hecha las presentaciones y seguido de contarle la situación, el Rey Blanco sacó su portátil.

—¿Cómo es qué no has podido entrar, Manuel? —preguntó al inspector.

—Hice todos los pasos, entré con el navegador I2P, oculté la VPN, pero no doy con la jodida página.

—Eso es porque has estado buscando en la Deep Web cuando lo que estáis buscando está en la dark web.

—Perdonar, ¿podéis explicar para mi compañera, y para mí, qué coño es eso de la deep web y dark web? —cuestionó Virginia.

—Es muy sencillo, lo explicaré con el método del iceberg, supongo que estáis al tanto de ese símil.

—Es la primera vez que lo escucho —afirmó Virginia—. ¿Tú lo conocías, Miri?

—Tampoco.

—Lo explicaré. Imagina un iceberg en medio del mar. El hielo que ves en la superficie, es lo que se llama Clearnet, el internet tal y como lo conoces, y en el que acedes a través de los navegadores convencionales. Páginas como Facebook, YouTube, incluso la página web de la policía. Ahora, debajo de esa masa de agua, está el noventa por ciento de internet, llamada la Deep Web, páginas que no puedes entrar sin un navegador especial, hasta aquí bien, ¿no? Pues digamos que la base del iceberg, donde no llega la luz del sol, es la Dark web, el cero coma uno por ciento de internet. Si la Deep Web fuera una ciudad, la Dark web serían los barrios. ¿Lo entendéis?

—Me suena a *chino*, pero creo que sí lo entiendo —mencionó Virginia.

—¿Y qué encontramos en cada uno? —cuestionó Miri.

—En la deep web encontrarás venta de dinero falso, venta de droga, móviles, armas y también aunque parezca mentira, hay libros. En su mayoría son en inglés y de propaganda fascista, teorías de la conspiración, archivos secretos… Pero lo que buscamos está en los barrios.

—¿Qué vamos a encontrar ahí? —preguntó la inspectora jefe.

El Rey Blanco la miró a los ojos.

—¿De verdad quieres saberlo? O mejor dicho, ¿estás dispuesta a verlo?

—Chaval, me formé en las calles, he visto de todo. Ya no hay nada que me pueda impresionar.

—No, para lo que vas a ver, no hay formación que valga, ya te lo digo yo, puedes encontrar sicarios, pedofilia y asesinatos en línea.

La inspectora quedó callada.

—Siempre he pensado que todo eso eran leyendas urbanas —mencionó el inspector Guerra.

—Son tan real como que tú y yo estamos hablando ahora mismo. A ver, la mayoría son estafas para quedarte con tu dinero o para hacerte *phising*, pero sí hay asesinatos en línea. Solo hay que saber buscarlos, y tener la dirección de la página.

—Estamos perdiendo el tiempo. Haz lo que tengas que hacer.

Virginia le hizo un hueco en la mesa, y el Rey colocó su portátil. Seguido, lo encendió.

—Este portátil es el que utilizo para estos casos, es bastante antiguo pero nos sobra para lo que necesitamos.

La inspectora le ofreció un cable para internet.

—Toma —indicó Miri.

—¡No! Nunca con una conexión local, cualquier fallo, y te infectaría todos los ordenadores. Lo peor de todo, el robo de datos o también llamado *phising*.

Sacó un módem de conexión a internet y lo enchufó a la ranura del USB. Seguido, ocultó su VPN para protegerse de una forma anónima.

—Empecemos.

Hizo clic en el icono del navegador Tor. Era un navegador cuya imagen se componía de una cebolla; mitad blanca y mitad morada.

—¿Por qué tarda tanto en cargar? —inquirió la inspectora jefe—. Los he visto más deprisa.

—Paciencia, se debe a que tiene los protocolos HTML antiguos, por eso le cuesta. Ahora verás que las páginas parecen antiguas, de dieciséis *bits*, las primeras que salieron. Ya Hemos entrado, ya estamos en la Deep Web.

Una vez que cargó la página, le salió un buscador llamado Duckduckgo, cuyo símbolo se asemejaba al pato que sale en las pastillas que pones en el interior del inodoro.

—Dame la dirección—expresó el Rey Blanco.

Virginia le entregó el papel donde lo tenía apuntado. Lo introdujo en el buscador y le dio al *enter*. Se abrió una ventana donde le dijo que la página no existía.

—¿Cómo qué no existe? Tiene que existir por narices —añadió la inspectora.

—Tranquila, no hay que alterarse. Que diga que no exista, no significa nada, lo que pasa es que está oculta, y ese navegador no lo encuentra. Para eso vamos a utilizar Onion.Link, un buscador especifico de enlaces ocultos.

Volvió a escribir la dirección, y le dio al enter. En menos de un minuto, cargó la página.

—Ya la tenemos

CAPÍTULO 9

Se trataba de una pantalla en negro con la imagen de la cara de una mujer cuyos ojos se encontraban cosidos con hilo negro. Al lado, acompañado de un enlace, estas palabras: No entres si no estás seguro de entrar.

—¿Entramos? —cuestionó el Rey.

—Miri, mira, los ojos cosidos con hilo, como las víctimas.

—¿Inspectora? ¿Entramos o no?

—Dale, para eso estamos —sentenció Virginia.

Clicó en el enlace. Le abrió una segunda ventana. Era igual que la misma página de inicio no obstante, esta tenía tres opciones en la parte superior: Miembros, chicas y añadir dinero. Abajo, en la esquina izquierda, un recuadro con el número de miembros en activo. Estos no dejaban de aumentar cada segundo, llegando a los diez mil miembros.

—Tú dirás —expresó el Rey Blanco.

—Pulsa en chicas —espetó Virginia.

El Rey Blanco así hizo, revelando otra página donde solo mostraba dos fotos; la de Cristina Criado, y la segunda víctima llamada Noelia Martín. Ambas fotos tenía colgado el cartel de vendida.

—La foto de Cristina es la que tiene en su perfil de Instagram. Ya sabemos cómo se llama la segunda víctima. Miri, averigua lo que puedas sobre Noelia Martin.

—Ahora mismo.

—Mira a ver si puedes interactuar en la foto de Cristina —continuó Virginia.

Se desplegó la misma biografía que tenía puesta en sus redes sociales, una foto de ella sin vida en el lugar donde dejó su cuerpo, y el video de su muerte. Lo mismo sucedía con la foto de Noelia.

—¿Accedo al video?

—No preguntes tanto y hazlo.

No se lo dejó ver. Para poder visualizarlo, debían ser miembros en activo e ingresar dinero.

Accedieron a la parte de miembros, cargando una página con fondo negro y con las letras de las tarifas y distintos grados en rojo emulando la sangre.

Comandante
Tú decides ver lo que se hace a la víctima
Precio: 10 Bitcoin. Disponible para un miembro.
Comprar

Maestro
Tú decides como asesinar a la víctima
Precio: 20 Bitcoin. Disponible para un miembro.

Reservado
Bájate el video del evento anterior.

—¿Qué es eso de Bitcoin? —cuestionó Virginia.

—Es una moneda digital sin intermediarios. En este lugar se paga con esa moneda —contestó el Rey Blanco

—Veamos qué pasa si le das a comprar.

—¡Espera! —exclamó el inspector Guerra—. ¿Crees qué puede ser algo de *phising*, una estafa para quedarte con el dinero? —le preguntó al Rey.

—Mi ordenador es fantasma. De aquí no va a sacar nada, pero para estar seguros, abriré el programa Avira, un programa para detectar robos. Ahora veamos si estos cabrones nos quieren robar.

—No lo creo —interrumpió Virginia—. Las víctimas son reales, eso quiere decir que esto es real.

—Sé que hay páginas que sí son estafas —siguió el Rey Blanco.

—La nuestra no.

Hizo clic en comprar y se cargó una ventana en la cual, se debía de transferir Bitcoin para abrir una cuenta.

—De momento, el programa no detecta nada.

—¿Podemos descargarnos el video del evento anterior?

—Ahora lo veremos.

No era un archivo que ocupase una alta capacidad, aun con eso, la velocidad de descarga fue lenta, tardando varios minutos en proceder a su descarga. En la angustiosa e impaciente espera, Virginia pensó en cómo era posible que hubiese un video del evento anterior cuando la primera víctima de su juego enfermizo, fue Cristina Criado. Descargado, lo abrieron. Tal y cómo pensó la inspectora, no hubo ninguna víctima, se trataba del pequeño extracto que subió a Twitter sobre Cristina.

—No es el video completo —indicó el Rey.

—Lógico, el video completo lo ve quien paga —alegó Virginia

—¿Y si cerramos la página? Muerto el perro, se acabó la rabia —añadió el inspector Guerra.

—Eso solo se puede hacer con una página de internet normal, puesto que en un momento se rastrea la IP, para cerrar esta, tendríamos que conseguir su IP.

—¿Y puedes hacerlo? ¿Puedes rastrear la página? —prosiguió Virginia.

—Lo puedo intentar, pero quien las hace, suelen ser putos genios. Me llevará un tiempo.

—Contéstame a esta pregunta antes de marcharnos. ¿Esta gente puede hacer que la geolocalización de un móvil aparezca en un lugar distinto al que realmente está?

—Por supuesto. Eso para ellos es pan comido.

—Gracias, es lo que quería saber.

CAPÍTULO 10

Miri averiguó la dirección de Noelia Martin, hija única, y otra víctima sin familiares cercanos dado que sus padres residían en Zamora. La vivienda de Noelia la cual, compartía piso con dos chicas más, Rocío Reyes, y Ana Fernández, se situaba en la calle Cristo de la Victoria, en el barrio de Usera, un barrio donde los hijos presumían de ganar más dinero haciendo bailes con el teléfono móvil, que sus padres levantándose a las cinco de la mañana. Un barrio en el que nacían hijos sin padres, y los coches se conducían sin papeles, un barrio cuyas familias de puerta para afuera mostraban su mejor sonrisa y de puertas hacia adentro… era un vertedero en llamas de las que nunca se apagan. La gran mayoría de las madres, vieron a sus hijos cómo la muerte por sobredosis de heroína, se los llevaba en la misma cama dónde le cambiaba los pañales, una cama que lo mismo otorgaba vida, que te la quitaba. Condujeron en dirección al sur de la capital. Para la inspectora Cruz, eran unas calles desconocidas, unas calle que el tiempo detenía, un tiempo que circulaba en dirección contraria para envolver a sus vecinos en una burbuja, aislándolos de todo lo que sucedía en el exterior. Se trataba de una forastera en tierras lejanas en las que caminaba junto a la Sheriff en lo que antaño, era considerado el salvaje oeste, sin embargo, no había duelos con pistolas al amanecer entre hombres para salvaguardar su honor, no, los duelos celebrados en aquel barrio eran entre traficantes, por la noche, en un parque y a navajazos. El que sobrevivía se quedaba con el control del parque, y quien controlaba el parque, controlaba la droga.

Y el que controlaba la droga, era el dueño del barrio.

A los ojos de Virginia, Usera había cambiado. Las calles que una vez pisó con Hurtado, ya no albergaban drogadictos, prostitutas y navajeros, ahora las calles eran propiedad exclusiva de los ciudadanos chinos, convirtiéndose con el paso de los años en el barrio chino por excelencia de la capital. Lo mismo pasaba con las personas procedentes de Latinoamérica, ahora ellos dominaban los parques y las plazas con sus bailes regionales. En cambio, la calle Cristo de la Victoria, una calle que conocía muy bien Virginia, no tuvo un cambio significativo. Los gitanos y los payos continuaban dominando esa calle larga y ancha en las que en las noches de verano, se escuchaba el cante y el rasgueo de la guitarra española a golpe de bulerías, donde los hijos de las diferentes etnias convivían jugando juntos a la pelota. Un barrio que aun habiendo nubes grises, siempre salía el sol. El famoso bar La Blanca Paloma, continuaba sirviendo desayunos y comidas.

El piso de Noelia, se encontraba en uno de los patios interiores. Aparcaron el coche, se bajaron y entraron al patio. Antes de llegar al portal de Noelia, una voz se escuchó detrás de Virginia y su compañera.

—Vosotras dos, dadme todo lo que llevéis ahora mismo *u* os rajo.

Miri quedó paralizada. Su corazón comenzó a bombear más sangre. No esperaba que, a plena luz del día y con las personas transitando, las intentaran atracar. De reojo, miró a Virginia, al corazón de esta no estaba afectado, bombeando sangre con normalidad, mostrándose impasible ante aquella voz ronca que intentaba que las quería rajar si no le daban el dinero.

—Somos policías —añadió Miri.

Hizo ademán de girarse, sin embargo, aquella voz se lo impidió.

—No te gires que te rajo, me la suda que seáis maderas, os habéis metido en la boca del lobo.

Virginia sonrió.

—Ya sabes que si hay lobos, yo soy quién los lidera —continuó—. ¿Verdad, Tuerto?

Virginia se dio la vuelta.

—¡¡Virginia!! —exclamó el Tuerto con una sonrisa.

Aquel a quien llamaban el Tuerto, era un gitano gran amigo de Hurtado. Virginia lo conoció en su primer caso junto a Andrés.

Se dieron un abrazo.

—Te he visto y digo, no puede ser que sea ella, cuánto tiempo. ¿Cómo estás, bonita?

—Bien, todo bien, ¿tú qué tal?

—Ya sabes, sobreviviendo, sigues siendo la paya más guapa que he visto.

—¡Anda! no digas tonterías, tú que me ves con buenos ojos. Tú también te conservas bien.

—¡Qué va! Cada día estoy más viejo. La muerte se ha olvidado de mí, y mira que la estoy esperando y nada. No viene la puñetera. Yo solo quiero reunirme con mi Carmen. Por lo que veo, sigues siendo madera.

—Ahí sigo, repartido cera. ¿Tú sigues con tus *cosas*?

—No queda otro remedio. Y esta paya guapa, ¿quién es?

—Mi compañera.

—Soy la inspectora Cruz.

Se estrecharon la mano.

—Siento si te he asustado.

—No me lo esperaba.

—En este barrio, puedes esperarte cualquier cosa, ¿verdad, Tuerto?

—Y tan verdad. Dime, ¿qué tal te trata la vida? ¿Cómo está Andresito?

—Cómo tú, más viejo.

—No creo, el cabronazo siempre se ha conservado muy bien. ¿También sigue repartiendo cera?

—No, él ya no. Está en segunda actividad. Ahora se dedica a cuidar de mi hija.

—¡Anda! ¿Tenéis juntos una pequeña?

—No, solo mía.

—¿Cómo se llama?

—Valentina. Diez añitos.

—Otra futura madera —Ambos rieron—.Voy al bar de la Mari, ¿Queréis tomar algo, un café?

—En otra ocasión Tuerto, tenemos trabajo que hacer, pero gracias por la oferta, de verdad.

—No te robo más tiempo. Dile Andresito que se deje caer por el barrio.

—Se lo diré, me alegro de verte Tuerto.

—Aquí estamos *pá* lo que quieras.

Se despidieron con otro abrazo. El Tuerto salió del barrio y encaminó a La Blanca Paloma.

—¡Joder! —exclamó Miri, tienes unos amigos muy peculiares, ¿de qué lo conoces?

—Me lo presentó Andrés en nuestro primer caso. Es un buen hombre.

—¿A qué se dedica?

—No lo quieras saber. ¿Cuál es el piso?

—El tercero derecha.

—Llama.

Subieron por aquellos escalones y paredes de color blanco. Virginia sintió un escalofrió al recordar la primera vez que subió al piso de Valeria Robles. Habían quedado para hablar con Rocío dado que la otra compañera, se encontraba fuera por asuntos familiares. Esta les contó que Noelia llevaba una semana sin aparecer casa.

—¿No te pareció extraño no haberla visto durante una semana? —inquirió Virginia.

—No, cada una tenemos trabajos diferentes con horarios diferentes, a veces podemos tirarnos días sin coincidir.

—¿A qué se dedicaba Noelia, tenía trabajo?

—Por la mañana estudiaba para ser educador social y por la tarde, era voluntaria en la asociación.

—¿Qué clase de asociación? —indagó Miri.

—Ayudan a las personas en riesgo de exclusión, drogadictos, sin techo, gente con problemas de juego…

—¿Sabes dónde queda?

—Sí, está en el barrio, en la calle Hermenegildo Bielsa, en Moscardó. Abre de seis a diez de la noche

—Cuéntanos acerca de ella —siguió Virginia.

—¿Qué quiere saber?

—Como la definirías.

—Reservada, tímida, no era muy habladora, pero era una buena chica. Ya le dije que estudiaba para ser asistente social. Le gustaba ayudar a las personas.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Un año.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Miri.

—El piso es de mi familia. Puse un anuncio y se presentó.

—¿Tenía pareja? —continuó Virginia.

—Que nosotras sepamos, no. Noelia era muy reservada para esos temas. Tampoco la hemos visto con ningún chico.

—¿Cuándo fue la última vez que la vistes?

—El martes pasado, creo. No me haga mucho caso.

—¿Podemos ver su habitación?

—Por mí no hay problema, pero creo que está cerrada con llave.

—Si no te importa, queremos comprobarlo.

—Por aquí.

Les condujo por un pasillo ancho hasta la última habitación.

—Esta es.

Virginia giró el pomo.

—Cerrada.

—Llamaré a la jueza —continuó Miri.

La inspectora sacó su teléfono y la llamó. Un par de tonos y se escuchó la voz de sus señoría.

—Inspectora Cruz, cuénteme.

—Señoría, estamos en el domicilio de Noelia Martin. Necesitaríamos una orden para entrar en su habitación, comparte piso con dos chicas.

—Te mando al secretario.

—De acuerdo señoría, le llamaré con cualquier cosa.

Miri colgó.

—Voy a llamar al cerrajero. El secretario está en camino con la orden.

Virginia pensó en reventar la puerta de una patada. Era antigua, de contrachapado la cual, se abriera con un fuerte golpe al bombín. Sin embargo, su pensamiento se desvaneció al recordar que no estaba en los noventa y que había un procedimiento que debía de seguir si no quería tener problemas con la jueza. Cinco minutos tardó en llegar el cerrajero de urgencia. Sin la orden, el cerrajero no pudo comenzar a trabajar. Transcurridos quince minutos de espera y con el secretario judicial recién llegado, el cerrajero abrió la puerta y accedieron a la habitación. Revolvieron los cajones. Encima de su escritorio, libros de la universidad, y el ordenador de trabajo.

—Nos lo llevábamos —mencionó Miri al secretario.

Alrededor de las cuatro de la tarde, abandonaron el domicilio de Noelia. Todavía quedaban un par de horas para que abriera la asociación. En vez de esperar, y ya que lo tenían enfrente y no habían probado bocado en horas, encaminaron al bar la Blanca Paloma. El bar no había cambiado. Conservaba la misma barra, los mismos azulejos decorados como si estuvieses en un patio andaluz, y la misma mesa donde una noche Virginia encañonó a un tipo que quiso propasarse con una chica.

Virginia se acercó a la barra.

—Cuánto tiempo, Juan.

Juan era el dueño. Era un hombre tanto ancho de espalda como de barriga. Vestía integró de negro y con una camiseta corta que siempre llevaba puesta, daba igual si hiciera frío o calor.

—¿Nos conocemos?

—¿Ya no te acuerdas de mí?

—El caso es que tu cara, me es familiar.

—Virginia Otero.

—¡¡Coño!! La Otero. Por eso me sonaba tu cara. ¿Qué tal estas?

—Todo bien, y ¿vosotros?

—Currando como cabrones.

—¿Y la Mari?

—Haciendo la casa. ¿Qué te pongo?

—Nena —le dijo a Miri—. ¿Bacón queso?

—Sí.

—Dos bacón queso, y dos refrescos de cola.

—Ahora mismo, reina.

Se sentaron en la mesa y lo comieron con tranquilidad, sin prisa.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Miri.

—Un par de veces. Continua estando igual ha como lo recordaba. Por cierto, ¿qué tal con tu chico? ¿Ya estáis mejor?

—Bueno, a ratos.

—¿Y eso?

—Le propuse vivir conmigo, pero se lo está pensando mucho.

—Dale tiempo, verás como en nada, lo tienes en casa.

—¿Y lo tuyo con Andrés? Si puedo preguntar.

—La verdad, no sé que somos. A veces amigos, otras parecemos pareja… Una relación rara.

—Se ve que os queréis mucho.

—Eso sí, lo quiero con locura.

Juan salió de la barra y anduvo hacia la mesa con un café en cada mano.

—Chicas, invita la casa.

—Gracias, Juan —indicó Virginia.

—Gracias —expresó Miri.

Acabado, Virginia caminó a la barra.

—¿Dime qué te debo?

—Son catorce euritos.

Virginia pagó.

—Ya nos veremos, Juan.

—Aquí estamos.

—Dale recuerdos a la Mari.

—De tu parte.

Antes de ir a la asociación, decidieron llevar el ordenador a la brigada tecnológica. Le dio el portátil al responsable, y se fue hablar con el Rey Blanco, quien llevaba trabajando a destajo. Lo único que comió para alimentarse, fue un tentempié que le trajo de la máquina el inspector Guerra.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó la inspectora jefe.

—Lo llevo. Es más complicado de lo que pensaba. Estoy rastreando con un programa llamado OnionScan. Escanea servidores ocultos de Tor en busca de alguna vulnerabilidad, y si tiene, se dejará ver la IP. Es bastante difícil que estos servidores tengan algún fallo.

—Pero puede tenerlo.

—Por poder, claro que puede..

Virginia observó la pantalla, era un fondo negro y con conexiones de distintos colores, rojo, verde y azul. La imagen que la inspectora estaba viendo se asemejaba a un súper cerebro con sus conexiones neuronales, a un mapa de una gran urbe con sus calles y carreteras.

—¿La página sigue igual? —cuestionó Virginia.

—Sí, la revisé hace diez minutos.

—Veámoslo.

El Rey accedió a ella.

—Ve a las chicas.

Así hizo.

Continuaba igual, con Cristina y Noelia de víctimas, y con los suscriptores subiendo. La página ya contaba con cuarenta mil sádicos miembros.

—Cualquier cambio, no dudes en llamarme.

CAPÍTULO 11

Terminado, acudieron al local en la que era voluntaria Noelia Martin, llamada la asociación La Chimenea. La inspectora contempló la calle, una calle de doble sentido y una acera en el medio con zonas para que los coches pudieran estacionar. La asociación se encontraba dentro de unos soportales y enfrente de un pequeño parque, y del campo de fútbol de La Chimenea. Hablaron con un vecino que encontró Virginia justo cuando el hombre salía de su portal acompañado de su mujer. Tras mantener una conversación de unos minutos, este contó que, junto a otros vecinos de la misma calle, y las adyacentes, estaban hasta las narices de que cuando cierra, los latinoamericanos se pusieran al lado de la puerta a consumir cannabis, y a beber *litronas* de cerveza, o lo que más temían lo vecinos, que se pusieran a trapichear en el parque de enfrente. Por eso ningún vecino se atrevía a pasar más tarde de que el reloj diera las doce de la noche.

—A la Paquita la robó un dominicano a punta de pistola —expresó la mujer del vecino.

—Eso tendrán que ir a comisaría a denunciar —sentenció Virginia.

Hablaron con la encargada. La última vez que vio a Noelia fue el martes, al salir de la asociación.

—¿Tenía que haber vuelto otro día? —cuestionó Miri.

—Nuestros trabajadores son todos voluntarios.

—¿Puedes decirnos qué hizo al salir de la asociación?

—No hay mucho que contar. Al salir estuvimos hablando un minuto. La dije que si la llevaba a casa, contestó que no, estaba esperando a un amigo.

—¿Lo vio? —preguntó Virginia.

—No, me fui.

—Como encargada, conocerás tanto a voluntarios, como a las personas con las que trabajáis.

—No entiendo.

—Si viste a alguien que no conocieras.

—Esto es un asociación pequeña, aquí nos conocemos todos, es como un pueblo.

—Gracias por su ayuda.

Virginia preguntó la hora a su compañera. Eran las siete y media. Como habían terminado en la asociación, y el Rey Blanco no dio señales de alguna novedad en la web, antes de irse a casa, tomaron algo en el bar Humo, un antro al lado de la asociación. Entraron y el olor a fritanga que emanaba la grasienta parrilla, les golpeó. Virginia lo aguantó pero Miri… lo intentaba. Sin embargo, no lo consiguió, su estómago empezó are volverse, tuvo que taparse la boca con la mano para que la arcada, no se convirtiera en vómito.

—Tengo que salir a tomar el airé

—¿Te pido algo?

—Una coca-cola —expresó corriendo hacia la salida.

—¿Qué la pasa a tu amiga?—inquirió el camarero

—Ná, le habrá llamado el novio, vete a saber.

—¿Qué os pongo?

—Una coca-cola, y un botellín.

El camarero lo sirvió, Miri continuaba en la calle.

—¿Lo podemos tomar fuera?

—Sí aguantáis el frío…

—Somos chicas fuertes.

Agarró las bebidas y salió a la calle. Su compañera se encontraba apoyada en la pared

—¿Estás bien? —preguntó Virginia.

—Es el olor…

—Estómago sensible.

—Un poco.

—Toma —Le entregó la bebida—. Puedes tomarte una cerveza si quieres.

Virginia le dio un trago a la suya.

—No puedo, soy celiaca.

—¿Cómo ves la investigación? ¿Alguna idea?

—Visto lo visto, un jodido loco…

—¿Afectada?

—Impresionada, no sé quién puede hacer sosas así.

—Tú lo has dicho, un jodido loco, no dejes que te afecte.

—¿A ti no te afecta?

—Pues claro, y más tiendo una hija, si le pasara algo de eso, me volvería loca, pero si dejo que me afecte, no sería buena en el trabajo, y nadie los detendría. Volviendo a lo de antes, creo qué estamos ante una organización.

—¿Qué tipo de organización?

—De tráfico personas, pero donde hay una organización, siempre hay gente metida muy poderosa.

—¿Te refieres a políticos y esa clase de gente?

—Exacto, siempre están en el ajo, por eso muchos crímenes hacia adolescentes, en especial niñas, no se han resuelto. No es que no tengamos medios, es porque alguien nos para los pies.

—Hay algo que no entiendo, la encargada dijo que vio a Noelia por última vez el martes, eso concuerda con lo que nos dijo su compañera de piso, sin embargo, la primera víctima fue Cristina. ¿Por qué asesinar primero a Cristina?

—No sabría decirte.

—Significa que Noelia fue la primera en ser secuestrada.

—Así es. A Andrés, le hubiera gustado este caso.

—¿Qué hubiera hecho?

—Liarse a puñetazos con todos.

Ambas rieron.

—No, era un buen policía. Resolvimos muchos casos juntos. ¿Qué hora tenemos?

Miri miró el reloj de su teléfono móvil.

—Las ocho y cuarto.

—Voy a pagar.

—No espera, yo invito.

—¿Aguantarás el olor?

—Eso espero.

Miri entró. El camarero le pidió siete euros. Esta le dio un billete de diez. Entretanto

esperaba al cambio, a Virginia la llamaron a su teléfono oficial. Eran las ocho y media de una noche que no había terminado.

Acaba de empezar.

—¿Quién es?...

CAPÍTULO 12

…—Soy yo, el Rey Blanco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miri saliendo a la calle.

Virginia, con un gesto de la mano, la dijo que aguardase.

—Acaba de colgar otra foto —siguió el Rey.

—¿Quién es la víctima?

—Marta Cobo.

—Vamos enseguida.

Le contó a Miri acerca de la llamada. Se montaron en el coche, pusieron la sirena y de vuelta a la brigada. Eran las nueve en punto cuando entraron. No quedaba nadie salvo ellos tres, y los empleados de la limpieza.

—¿Y el inspector Guerra?

—Se fue hace un rato, si quieres lo aviso.

—No, no hasta que sepamos qué tenemos. Pon la página.

Abrió la pestaña. Observaron a Marta, otra mujer rubia, blanquita de piel y el pelo corto al estilo Cleopatra. Debajo de su foto, un enlace y un contador de una hora con una cuenta atrás.

—¿Qué pasará cuando llegue el contador a cero? —preguntó el rey Blanco.

—Su final —contestó Virginia.

—Mierda, ¿qué podemos hacer? —inquirió Miri.

—Pincha en el enlace.

Abrió otra pestaña en la que tenía escrito en letras grandes, que aún no se podía interactuar.

—¿Y no se puede hablar con él? —continuó la inspectora jefe.

—Para eso tendrás que ser miembro y añadir Bitcoin —siguió el Rey Blanco.

—¿Qué vas hacer, comprarla? —cuestionó Miri.

Virginia quedó pensando. En todo caso de que la pudiera comprar, algo bastante improbable, lo único que podía hacer era decir a su captor que la dejara en libertad. Sin embargo, eso no hubiera sido posible. Eso hubiera cantado al asesino, hubiese sido como darle la tarjeta de visita de la policía puesto que quien se mete en esa habitación, espera ver morir a la víctima, es más, ellos dicen cómo tiene que morir. Aparte de que si la dejara en libertad, a los diez minutos buscarían a otra, sino tenían ya a una en la recámara. Quien entra en esa habitación, no es para salir.

Se creó un silencio incomodo, ninguno de los presentes supo qué hacer. El rey Blanco seguía rastreando en busca de un fallo en el sistema. Virginia y Miri, con sus ojos clavados en la foto de Marta, pensaban en qué hacer para poder salvarla. Transcurrido media hora, a las nueve y media, la foto se quitó y en su defecto, colgaron un video.

—Inspectora, mire —expresó el rey Blanco.

Se la veía a marta semidesnuda, amordaza, con el pelo enredado y sucio al igual que todo su ser. Su cuerpo se hallaba sentado en la misma silla en la que retuvo a Cristina y a Noelia. El asesino se dejó ver con su bata blanca y pasamontañas. Comenzó a mostrar a la víctima a la

cámara. La enseñaba como una azafata enseña en televisión el escaparate con el premio gordo. Saltó una pequeña ventana en el ordenador para poder pujar. La puja empezó con cien Bitcoin. El asesino les dio solo cinco minutos para que los buitres que estaban a la espera, sus cerebros atrofiados y retorcidos comenzaran a ver quién se llevaba el premio del escaparate. Acabado esos cinco minutos, la puja se cerró en dos mil Bitcoin. En cuanto terminó, el video se fundió a negro y salió un cartel con la palabra vendida. Pasando a ser propiedad del ganador.

—No podemos hacer nada por ella, cierra la pestaña— mencionó Virginia cabizbaja. Vete a casa a descansar ple dijo al rey blanco.

—Prefiero quedarme si no te importa, esto es algo entre sus huevos y los míos, tengo que encontrar ese fallo. Si me da sueño, pego una cabezada.

—Nosotros nos vamos.

—Descansar.

CAPÍTULO13

En la mañana del lunes, con los primeros rayos de la mañana, unos senderistas que hacían una ruta por la cuenca alta del Manzanares, encontraron un cuerpo carbonizado y colgado por los pies en el puente del Batán. Condujeron por la carreta de Colmenar Viejo hasta desviarse por la salida treinta y nueve. Los primeros en llegar a la escena fueron los de científica, quienes ya estaban trabajando. El último en llegar fue el jefe superior. El técnico se dirigió a Virginia.

—No tiene documentación…

—No te esfuerces— interrumpió Virginia—. ¿Tiene los ojos cosidos?

—Así es.

—Se llama Marta Cobo.

Virginia la observó. De las chicas que sentaron en aquella silla para ser vendidas al mejor postor, Marta fue la que tuvo peor final. Donde antes hubo un cuerpo bonito, ahora no quedaba nada.

—¿Puedes decir si murió quemada?

—Primero he examinado el cuerpo por si hubiera agujeros de disparo o de algún arma punzante, no obstante, la carbonización dificulta esa búsqueda. Presenta reducción del volumen del cuerpo, debido a la rápida deshidratación. Tiene actitud de boxeador, que se debe a la rigidez de los músculos, predominando los músculos flexores sobre los extensores. Superficie externa del cuerpo de color negro y piel seca y soluciones de continuidad sobretodo en pliegues de flexión.

—¿Hora de la muerte? Creemos qué puede ser la misma que las anteriores —continuó Miri.

—Habrá que esperar a la autopsia.

—Entonces tampoco nos podrás decir si la quemó viva.

—No.

—Hizo lo mismo que con las otras dos, la introduce en la maleta y la trasporta hasta lugares alejados y poco comunicados —mencionó Virginia—. Los senderistas, qué dicen.

—A los veinte minutos de salir de ruta, la encontraron.

—He llamado a la jueza, todavía se va a ausentar unos días más. —dijo el jefe superior.

—Inspectora jefe —prosiguió el técnico—. Analice los residuos de la palabra «Infierno», la que me dijo.

—¿Pintura?

—No, sangre de Noelia.

—Lo suponía. Vamos averiguar acerca de Marta.

Marta Cobo, era otra chica que la soledad estaba arraiga en ella. Sin embargo, al observar su perfil de Instagram, supieron que era distinta, puesto que esta era una de las llamadas «influencer» con más de cuatro millones de seguidores. Su influencia, consistía en temas de belleza, en probar ropa de marca, maquillaje… Anunciaba a bombo y platillo, cualquier producto que engordase su cuenta corriente. Por otro lado, instigaba a sus seguidoras a ir guapa hasta si vas a por el pan. «La belleza os abrirán muchas puertas», rezaba la descripción de uno de sus

videos que acumulaba la escandalosa cifra de un millar de visualizaciones. El último que subió consistía en eso, influenciar a las más jóvenes a utilizar su cuerpo en vez del cerebro. Aquel video acumulaba más de un dos millones de visualizaciones. Averiguaron la dirección de Marta y pidieron una orden para registrar su vivienda. Las redes sociales tenían que pagarle mucho dinero puesto que a sus veintidós años, vivía sola en un chalé de la urbanización de Somosaguas Zona A. Luego de pedirle una orden a la jueza para registrar la vivienda de Marta, condujeron hasta el domicilio. Estando en el lugar, hablaron con el vigilante de la garita. Miri le mostró la orden, y este le entregó la llave del chalé de Marta.

—Si tenía qué ganar la chica… Nos equivocamos de trabajo Miri. En menudo chalé vivía.

—Ni que lo digas…

Y razón no le faltaban a la inspectora. Su diseño era vanguardista. Con una fachada en color roca volcánica. Entraron al interior, de paredes y suelo de mármol, una mesa en el centro del salón, y unos grandes ventanales cuyas persianas se activaban con la voz. Anduvieron hasta su habitación, la ultima puerta al final de un pasillo que era más grande que todo el piso de Virginia. Si en el pasillo era más grande que el piso de Virginia, la habitación en la que entraron era el doble. Poseía un toque minimalista, nada más que un vestidor el cual cubría toda la pared de la izquierda, una cama de matrimonio, una mesilla, y un espejo en el techo. Registraron el armario y la mesilla, nada fuera de lo común ni nada que les pudiera aportar ninguna pista. Accedieron a su estudio por la puerta de enfrente. Marta no tenía ordenador, dado que los videos lo hacía con el móvil puesto en un trípode con luz a su alrededor. En la pared de atrás, un armario grande donde guardaba todas las prendas que se probaba, una mesa larga con maquillaje y cajas, decenas de cajas; unas vacías y otras todavía sin quitar el precinto. Virginia examinó de donde procedían esas cajas. Todas las etiquetas venían de China. Terminado, pidieron las grabaciones de seguridad al vigilante.

Antes de visualizarlas, el médico forense llamó a Virginia, ya tenían la autopsia de Noelia Martín.

En el anatómico, el doctor le entregó el informe de Noelia a Virginia. A su vez que leía, el doctor se lo iba resumiendo.

—Su muerte se produjo por sofocación. Padece de síndrome general asfíctico inespecífico con hemorragias petequiales cerebrales y subepicárdicas, edema pulmonar y congestión visceral generalizada. Hallé hallazgos significativos en el estudio del cuello, del que destaca la presencia de mucosidad sanguinolenta en tráquea, mientras la asfixiaba con la bolsa, tiró hacia atrás con fuerza. Los pulmones presentan gran cantidad de fibras de plástica. Su estómago está vacío. Analicé el tejido adiposo revelando rastros de escopolamina. Hice lo mismo con su folículo piloso por si hubiese tomado drogas con anterioridad, resultado negativo. Pulmones limpios de tabaco, ni fumaba, ni bebía.

—¿Hiciste la de Marta Cobo?

—¿La chica carbonizada?

—La misma.

—Todavía no me he puesto. Llegó hace una hora.

—Nos vendría bien saber de ella…

—¿Y qué quieres, que me ponga ella? Antes he de rellenar los informes.

—Eso los rellenas tú en media hora.

—¿Tanta prisa tienes?

—Un poco.

—Seguidme

Lo acompañaron a la sala de autopsias. En la camilla se hallaba Marta Cobo, lo poco que quedaba de ella. El doctor se lavó las manos y se puso los guantes.

—A simple vista, tiene quemaduras de sexto grado. En ellas se produce una destrucción completa del tejido que puede afectar la dermis, y epidermis, tejido celular subcutáneo y los músculos. Apartaros, si no querías que os manchen los fluidos —expresó cogiendo la sierra circular para abrir a Marta.

Ambas dieron un paso hacia atrás.

—Veamos… —continuó el doctor—. Puff…, los órganos vitales están calcinados, incluso a llegado a tocar la caja torácica. Su cabeza revela estallido craneal… Veamos la sangre… Tiene color marrón, debido al cambio que se produce a una temperatura de sesenta y cinco grados y por una prolongada exposición del cuerpo a las llamas.

—¿Puede decirnos la quemó estando viva?

—Para determinarlo, abriré las vías aéreas superiores —Hizo una incisión en la faringe —. Aquí las tenemos…. Dado sus quemaduras y las partículas de combustión, sí, la quemó están con vida. Continuaré examinándola para poder confírmalo con seguridad.

—Gracias doctor, avísenos con la que sea.

A su vez que hablaban con el médico forense, el jefe superior revisó las grabaciones de la urbanización de Marta Cobo. El jefe las llamó puesto que encontró una grabación de Marta subiendo a la moto. El secuestrador tuvo un descuido, iba remangando haciendo visible una mancha negra en su brazo izquierdo. El jefe lo examinó en el microscopio, observando que debajo de la epidermis, se encontraba tinta de color negro. A pesar de que se veía un cuarto del tatuaje, hizo una ampliación para determinar el tipo de dibujo, revelando la cola de un dragón. Repartieron dibujos entre las patrullas para que se dirigieran a preguntar a las tiendas de Madrid. Era un trabajo de tiempo, pero era la única pista que podía llevar al secuestrador. Una de las patrullas, encontró una tienda en Plaza de España, cuya tatuadora, no reconoció el dibujo pero si el trazo y por ende, al tatuador. Para ellos, los trazos eran como las huellas dactilares.

Virginia habló con la chica, una tatuadora de nombre Gema, con el pelo teñido de rosa, un aro en la nariz y donde debía de estar su piel, se hallaban cientos de tatuajes. Le dijo que es un dibujo que el tatuador hace por encargo y que no tiene tienda física, para hacerlo suele ir a una tienda de la calle Montera.

—¿Estás segura de que puede ser suyo? —cuestionó Virginia.

—Cien por cien, no. Pero por el trazo, la forma del dibujo, y las sombras de tinta, es posible que sea de él. Para nosotros, la manera de saberlo es observando, al igual que vosotros las huellas. Nunca hay uno igual.

—¿Cómo se llama el tatuador?

—Emilio, pero lo llaman «Parren», creo que habéis tenido suerte, esta semana está en Madrid tatuando y dando varias *masterclass*.

Se dirigieron la calle Montera, una de las más céntricas de la capital, donde en teoría, debía de ser conocida por su riqueza histórica sin embargo, aquella calle estrecha y peatonal, era conocida por la diversa riqueza de culturas, la supervivencia y los asesinatos en los callejones en cuanto las campanas de la iglesia de Santa Cruz tocan la medianoche. Entraron la tienda y preguntaron al chico de recepción.

—Buscamos a Parren.

—¿Tienen cita?

—No —Virginia mostró la placa—. Necesitamos hablar con él.

—Un chico de los que están al fondo.

Uno de llevaba una gorra azul, y el otro resaltaba por tener un diente partido. Ambos estaban sentados en una sala diáfana, fumando un cigarro de hierba y haciendo bocetos sobre hojas de papel en blanco.

—A ver chavales, ¿quién de los dos es Parren?

Ninguno contestó. Se hallaban absortos dibujando y escuchando el reguetón que provenía de una torre de música. Virginia dio dos palmadas, a ver si así podía captar su atención.

—¡Eh fumetas!, os estoy hablando.

Tampoco contestaron a esa llamada. Virginia se acercó a la torre de música y la apagó, las miradas de ambos se levantaron para observarla. Ahora sí captó su atención.

—¿Qué haces? Vuelve a ponerlo, ¿por qué cojones lo quitas? —inquirió el de la gorra.

—Has tenido suerte de que no lo he estrellado contra el suelo. Queremos hablar con uno de vosotros.

—Y vosotras ¿quiénes sois? Aquí no se puede estar, es una zona privada —alegó el de los piños rotos bajando la mirada de vuelta a su boceto.

—Ten un poco de educación, y mirara a la gente a la cara cuando te habla.

El de los piños volvió a levantar la vista y con los ojos inyectados en marihuana, la miró.

—Mi pase VIP —continuó Virginia mostrando la placa—. Inspectora jefe Otero, ella es la inspectora Cruz —Dejaron de dibujar—. Ahora que nos hemos conocido, hablemos.

—¿Qué quieren? ¿Un tatuaje gratis?

—No, queremos información.

—¿De qué?

—¿Tú eres Parren?

—Sí, qué pasa.

—Enséñaselo.

Miri le mostró la fotografía del tatuaje. Este la observó con atención.

—¿Lo reconoces? —indagó Virginia.

—Quizás.

—Eso o me dice nada. Sí o no, no es muy difícil, parece la cola de un dragón, ¿has hecho muchos dragones últimamente?

—No.

—¿Entonces? ¿A qué esperas? No tengo tiempo para una conversación de *fumaos*.

—Sí, es mío

—Vamos avanzando. ¿Recuerdas a quién se lo hiciste?

—Un tipo alto, fuerte, de los que van mucho al gimnasio.

—¿De qué estuvisteis hablando? Te contaría sobre su vida, en qué trabaja, a quién se tira…

—No hablamos mucho, esto no es una frutería. Me dijo que vivía al sur de Madrid y que tenía una empresa de seguridad.

—¿Sabes su nombre?

—Creo que me dijo Alex.

—¿Su dirección?

—Ni puta idea.

—Tendrá una ficha o algo, ¿no pides ninguna clase de documento?

—Sí, una ficha para que rellenen los clientes.

Hubo un silencio.

—¿Se la traigo? —continuó Parren.

—Me gustaría irme de este sitio, con una dirección.

Se levantó y anduvo hasta recepción. Se quedaron a solas con el de la gorra. Sus ojos inyectados en sangre debido a los porros, contemplaban a la inspectora Cruz, como un niño contempla un caramelo, deseoso de llevárselo a la boca. Virginia se percató.

—¡Eh, tú! ¿Qué miras tanto? ¿Te gusta mi compañera o qué pasa?

Agachó la cabeza.

—Perdona.

—Estas perdonado, pero no seas un babas, que no es un trofeo, es la autoridad.

Parren regresó con la ficha. Virginia leyó la dirección, seguido, lo pasó a su compañera.

—Plaza del Carmen, lo tenemos —la mencionó.

Sin embargo, necesitaban saber cómo era el tatuado.

—¿Recuerdas cómo era?

—Podría hacer memoria.

—¿Puedes describírselo a un compañero?

—Me encantaría ayudarles, pero tengo mucho trabajo antes de coger el Ave mañana. Tengo dos clientes y una masterclass.

—Serán un par de horas como mucho —añadió Miri.

—De verdad, nada me gustaría más que ayudarles, pero tengo mucho lío.

—La tienda es de un conocido tuyo, ¿verdad?

—Es como un «hermano.»

—A sanidad le encantaría saber que en un espacio libre de humos, os estáis colocando bien de hierba. A quien no le gustaría que sanidad le cerrase el chiringuito, es a tu «hermano»

—¿Es una amenaza?

—Por supuesto, yo no hablo en vano.

—Si le parece, podemos hacer otra cosa, que vengan aquí, estaré encantado de hablar con ellos.

—Trato hecho.

Mandaron a un dibujante para que hiciera un retrato del sospechoso. Ellas volvieron a la brigada para saber si el Rey Blanco había encontrado el servidor. No conseguía dar con ello, por ese motivo, estaba a la espera de que un amigo suyo le mandara un programa llamado Shodan. Era una herramienta, la más novedosa del mercado, creada para buscar sistemas y servidores conectados a internet. En buenas manos era inofensiva sin embargo, en manos marcadas por el demonio, era capaz de localizar el ordenador de tu casa, la webcam o incluso la red de los semáforos de la ciudad.

CAPÍTULO 14

A última hora de la tarde, bajo la luz de una luna que comenzaba a menguar, Virginia y Miri acudieron al número veinte de la plaza del Carmen, en el barrio de la Fortuna. Llamaron tres veces al telefonillo sin que nadie lo descolgase. La plaza, al margen de los bloques de pisos, se encontraba cuatro bares separados entre ellos por quinientos o seiscientos metros. Preguntaron a los presentes, no mencionaron palabra, se hicieron los sordos mientras daban un trago a la cerveza, y miraban hacia otro lado. Cuando continuó insistiendo, unos alegaron no conocerlo, y otros no quisieron hablar. A punto de entrar al coche, uno de los que estaba en el bar tomando una cerveza y que no pronunció palabra, las silbó. Se giraron y lo vieron caminar con paso rápido hacia ellas.

—Preguntáis por el «Toro»

—¿Qué sabes de él? —cuestionó Virginia.

—Aquí todo dios lo conoce, pero ninguno te va decir nada.

—¿Y eso? —prosiguió Miri.

—Es conflictivo, varias veces han venido vuestros compañeros por las trifulcas que tiene. Aunque hace ya tiempo que lo veo más calmado.

—Cuéntenos de esas trifulcas —mencionó Virginia.

—La última, le pegaron entre tres en el portal, yo vivo enfrente del suyo, lo vi todo desde mi terraza.

—¿Sabe el motivo de que lo pegaran?

—No, solo llegó un coche, se bajaron, y sin mediar palabra, le dieron de hostias.

—¿Recuerdas sus cara?

—No, iban encapuchados.

—¿Alguna novia qué sepa?

—Sí lo he visto con chicas, pero no sé si tiene novia.

—Gracias por la información.

Mandaron un coche *K* para vigilar la plaza por si el tatuado regresaba. A las dos de la madrugada, otro coche de vigilancia que patrullaba por las calles adyacentes a la vivienda, dio caza al tatuado. Lo encontraron cerca de su domicilio, cuando salía de un pub llamado el Ancla. Se subió a un taxi que en es momento pasaba cerca del bar. En cuanto comenzó a circular, el coche *K* lo siguió desde la calle San Amadeo, hasta la plaza del Carmen. No le dieron el alto, se limitaron a vigilarlo toda la noche.

A las siete de la mañana del martes, la jueza firmó la orden de detención. Acompañado por varias patrullas, furgonetas de la UIP y el secretario judicial, Virginia y Miri regresaron al barrio de la Fortuna. Una furgoneta cortó la entrada y salida a la plaza, los distintos efectivos, empezaron a rodear el edificio. Subieron al piso y los compañeros de la UIP, a golpe de ariete, reventaron la puerta. Se adentraron a un salón que parecía una pocilga; vasos rotos por el suelo, sillas reventadas contra la pared, y un fuerte olor a ginebra que emanaba de la habitación principal. Entraron en esta, Virginia observó la habitación. La ropa cogía polvo en la silla de la esquina, las puertas del armario se encontraban abiertas, la mesita de noche mostraba tres rallas

de cocaína junto a un *tubo* hecho con un billete de cinco y una botella de agua. La cama se hallaba sin deshacer.

—Registrar las habitaciones, mirad si hay alguien más en la casa —expresó Virginia a la unidad de la UIP.

—Enseguida —pronunció el jefe de equipo.

—¿Dónde narices estará este *tío*?

—De aquí no ha salido —contestó Miri.

—La patrulla no lo ha visto salir, estamos en un tercero, no creo que se haya ido por la ventana.

—Inspectoras —mencionó el jefe de equipo —.Vengan.

Salieron de la habitación. El compañero le señaló el cuarto baño. Ambas entraron.

—Aquí lo tenéis.

Encontraron al tatuado durmiendo a pierna suelta dentro de la bañera, mientras sus manos abrazaban una botella de ginebra como si de un osito de peluche se tratase. No le hizo falta que le tomaran el pulso para saber si respiraba, los ronquidos contestaron por él.

Virginia desenfundó su arma. Miri hizo lo mismo.

—Campeón, despierta… —indicó Virginia.

Se escuchó un gruñido.

—Este no va a abrir los ojos, menuda fiesta se ha debido de pegar —continuó Miri.

—Lo haremos a la vieja usanza.

—¿Cómo?

—Ahora lo verás, tú cúbreme. A ver cómo reacciona.

Agarró la alcachofa de la ducha, apuntó sobre el cuerpo ebrio del tatuado, y abrió el grifo del agua fría. Este despertó sobresalto, sin saber dónde estaba y apestando alcohol.

—¿Qué cojones? ¡¡Está helada!! —exclamó a su vez que tiritaba.

—Mejor, así te espabilas —mencionó cerrando el grifo.

Con la cara empapada, el tatuado la miró.

—¿Tú quién eres?

—Quien soy, no es lo más importante, lo importante es que estás jodido.

Lo agarró del pie y lo tiró al suelo, seguido le puso la placa delante de los ojos.

—Policía, quedas detenido por el secuestro y asesinato de Cristina Criado, Noelia Martín, y Marta Cobo. Y si me tocas lo huevos, te comerás alguna muerte más.

Ni se inmutó, ni opuso resistencia, solo se limitó a decir que quería una toalla para secarse.

—Déjeme que me seque por lo menos.

—Por supuesto, faltaría más —expresó Virginia.

Cogió el rollo de papel higiénico, y empezó a cortarlo en cuadros. Un total de cinco le tiró a la cara para poder secarse.

—¿En serio? —cuestionó el tatuado.

—Es lo que hay, esto o nada.

Al mismo tiempo que el tatuado se secaba como podía, hicieron el registro del interior. Debido a que no poseía casi ningún mueble, no hubo mucho donde registrar. Era como si solo estuviera de paso. Debajo de su cama, encontraron su portátil, y entre el somier y el colchón de muelles, dos mil euros en billetes de veinte. Se lo llevaron.

A las tres de la tarde, una vez que se le pasó cogorza, lo subieron de los calabozos. Le tomaron las huellas y le hicieron las correspondientes fotos sin embargo, no hubiera hecho falta

hacerlo dado que el ordenador, tenía bastantes fotos suyas que no le favorecían. Su nombre completo era Alexandre Lazar Mocanu, nacido en Rumanía hace treinta y cinco años, fichado por alteración del orden público, y estafa a la hacienda pública. Antes de las cuatro, comenzó el interrogatorio. Virginia se sentó y dejó caer en la mesa la carpeta con los antecedentes del detenido.

—Alexandre Lazar, treinta y cinco años, detenido en varias ocasiones, una de ellas por estafa a la hacienda pública. Interesante.

—No voy a decir nada, hasta que venga un abogado.

—Mira, ¿quieres qué te diga que abogado vas a tener? Tengo tres chicas cuyos padres las están llorando en el anatómico forense. Empieza hablar o haré que chupes celda hasta que te mueras.

—No es la primera vez que escucho eso y luego no llego a cumplir ni cinco años, por eso me gusta este país. Aparte de que no tenéis pruebas de nada.

Miri le mostró la foto de él con la víctima subidos en la moto.

—Esta es tu moto, y este eres tú con una de las víctimas, Marta Cobo —continuó Miri.

—¿Y qué? Eso no prueba nada. Estuve con ella, me la follé y listo. La dejé y me fui.

—Qué extraño, el forense afirma que no tuvo relaciones —expresó Virginia tirándose un farol.

Quedó callado.

—¿Vas a decirnos de qué va esto? ¿O te lo vas a comer tu solo? Los compañeros están analizando tu ordenador. ¿Cuánto crees qué tardarán en dar con algo?

Continuó sin mencionar palabra, mirando en derredor, haciendo caso omiso a las preguntas de Virginia.

—Te propongo un intercambio. Tú me dices lo que sabes, y yo te doy agua. Supongo que tendrás la boca seca y estarás deshidratado. ¿Qué dices? ¿Quieres agua fresquita? Te vendrá muy bien.

Asintió.

—Oficial, traiga al detenido una botella de agua, y un vaso. Y no tarde.

Dos minutos tardó aquel oficial en traerlo. Se lo entregó a Virginia. Esta puso el vaso enfrente del detenido y vertió un cuarto de agua.

—Bebe.

Debido a los grilletes de sus muñecas, agarró el vaso con las dos manos y bebió.

—Quiero más.

—Cuando me des la información que quiero. A medida que vea que tu boca se seca, te echo más para hidratarte.

—Yo solo las secuestro.

—Bien, empezamos a entendernos.

Comenzó a contarlo. Contactaba a las chicas a través de Instagram. Las estudiaba hasta dar con el perfil adecuado; chicas rubias de veinte a veinticinco años y que vivieran solas en la capital. Según el perfil que tuviera la víctima, así se hacía uno para ganarse su confianza. En el momento en que se ganaba la confianza, quedaba con ellas y las llevaba a tomar algo. Una vez que metía la droga en su organismo, las conducía hasta una fábrica abandonada. Virginia vertió otro cuarto de agua.

—¿Qué ocurre en esa fábrica?

—Es el ejecutor quien se encarga de ellas.

Virginia se recostó en la silla.

—Háblanos de ese ejecutor —mencionó Miri.

—No sé nada de él, yo solo las secuestro, el se encarga de asesinarlas y grabarlo.

—¿Nunca os habéis visto las caras?

—No, está prohibido tener contacto entre nosotros. Cada uno hace su trabajo.

—¿Quién sube los videos a la Web? —cuestionó Virginia.

—Eso lo lleva la organización.

—¿Qué sabes de ellos.

—Lo justo. Tenemos una jerarquía. Estamos los soldados, somos los encargados de buscar a las chicas. Luego está el ejecutor, el que graba y las tortura. Por último está el cerebro, el que cuelga los videos y lleva toda la parte de informática.

—¿Cómo te pagan? En Bitcoin supongo —alegó Miri.

—Sí.

—A ver si lo tengo claro, tú las llevas a la fábrica, las dejas, ¿y te vas?

—Así trabajan ellos. Cada uno tiene su papel.

Virginia vertió un poco más de agua.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para ellos?

—Unos dos años.

—¿Cómo entraste? —inquirió Virginia.

—El año pasado, lo pasé muy mal, un año bastante malo, lo estaba pasando bastante mal, una época muy mala con la bebida, la droga, el juego…. Tuve la peor racha jugando al póquer y necesitaba dinero, mucho dinero. Debía un montón, y los tipos con los que juego a las cartas, no se andan con tonterías si no les da lo que les corresponde.

—¿Cuánto debías?

—Treinta mil.

—Eso es mucho dinero…

—Qué quiere que le diga, tuve una mala racha. El juego es así, ganas y pierdes.

—En tu caso, perdiste. Los tipos a los que debes el dinero, ¿son los que te dieron de hostias? Estuvimos hablando con tus vecinos, y no les caes muy bien. El del portal de enfrente nos contó lo de la paliza.

—Sí, fueron ellos. Es lo que pasa cuando no pagas las deudas. He de dar las gracias que solo me pegaron, y no me cortaron una mano o vete a saber qué me hubieran hecho.

—Sigue.

—Uno con los que juego al póquer, se enteró de la paliza y me citó en un bar. Nos pusimos a conversar, después de cuatro cervezas y varias copas, me dijo que si quería ganar dinero fácil y rápido, tenía un trabajo para mí. Le contesté que sí, que haría cualquier cosa. Me contó que en ese trabajo, solo tenía que llevar a una persona de un punto a otro, no necesitaba hacer nada más.

—¿El que te citó, es de la organización? ¿Puede qué fuera otro soldado? —indagó Miri.

—No se lo pregunté, el tampoco me dijo nada. Estábamos algo borrachos, no me comentó mucho.

—¿Cómo se llama? —preguntó Virginia.

—Le dicen el «Malas Pulgas.» Lo llaman así porque cuando pierde al póquer, la lía.

—Vaya nombrecito. Dame una descripción del «Malas Pulgas.»

—Alto, moreno…

—¿Y ya está? Vaya mierda de descripción. Tampoco sabrás dónde podemos localizarlo.

—Ni idea.

—¿A qué te dedicabas antes de eso?

—Los coches. Tenía un taller de coches de alta gama.

—Entonces te ofreció el trabajo, y qué pasó a continuación.

—Me pidió el teléfono y dijo que ya contactarían conmigo. Y que si no tenía un portátil, me hiciese con uno.

—Continúa —alegó Miri.

—Pasado varios meses, cuando pensaba que me había vacilado y que estaba todo perdido, recibí una llamada. Una voz distorsionada me dijo que encendiese el ordenador, buscase la carpeta negra y colgó. Hice lo que me dijo. Lo encendí y, en la pantalla principal, vi la carpeta negra. No era como las carpetas normales de color marrón. La abrí y ponía la descripción de la chica; morena, jovencita, buen cuerpo, y que viviera sola, y el pago que me haría por ella. Que viviese sola era algo importante.

—¿Fueron tus primeros trabajos?

—Así es. Comencé fuera de Madrid, en Valencia.

Virginia vertió otro cuarto de agua.

—¿Recuerdas el nombre de las chicas? —cuestionó Virginia.

—No, de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Has mantenido relaciones con alguna de las chicas? —preguntó Miri.

—No, nunca. La organización lo prohíbe, si se enteran, estás muerto. No quieren ningún tipo de sentimiento. Mi trabajo es secuestrar y llevarlas al punto indicado. Las chicas debían de llegar en perfecto estado.

—¿Cuánto dinero te pagan?

—Dos Bitcoin, unos mil euros.

—¿Siempre el mismo dinero?

—Depende de las chicas, esta última, con la que me vieron, al ser una «famosilla», me pagaron unos seis mil euros al cambio.

—Así se juega con el morbo.

—Eso es.

—¿Y cómo las trasladas? Porque no creo que sea en la moto —mencionó Virginia.

—Tengo una furgoneta vieja con la que hacía portes para ganarme algo de dinero.

—Hablando de dinero, ¿Cómo recibes el pago por las víctimas? —indagó Miri.

—Mediante un plataforma para Bitcoin llamada Kraken. Ellos se encargaron de hacer la cuenta, yo no tuve que hacer nada.

—¿Te transfieren los fondos antes o después de secuestrar a la víctima?

—Una mitad al momento, y la otra después de secuestrarla.

—Tengo curiosidad, ¿por qué con esas características? Rubias, blancas de piel…

—Son por las que más pagan, con aspecto nórdico.

—¿Crees qué la organización sabes que estás con nosotros? —preguntó Virginia.

—No sé decirles.

—Tú móvil está apagado, puede que te estén echando de menos.

—Esa gente no llama al móvil, lo hacen todo a través del ordenador. Solo me mandan un mensaje cuando han enviado la carpeta negra. No nos escribimos mensajitos de buenas noches.

Un técnico de la brigada tecnológica que examinaba el portátil del detenido, mientras indagaba en sus ficheros, se amedrentó al observar lo que saltó en la pantalla. Dejó de examinarlo para levantarse, agarró el portátil y salió al pasillo corriendo hacia la sala de interrogatorios. Golpeó la puerta con toques fuertes y seguidos. A continuación de la que la

inspectora lo invitase a pasar, este entró jadeante.

—Tranquilo, respira, que te va a dar algo, ¿Qué ocurre?

Llevaba el portátil en la mano, abierto para no perder ni un segundo y mostrar a la inspectora la que había llegado.

—Ha llegado esto.

—Una carpeta negra —expuso Virginia.

—No jodas —mencionó Miri.

—Ponlo en la mesa —Virginia le cedió su silla al técnico y este se sentó—. Acede a la carpeta.

Así hizo. Estaba la descripción de la chica, el precio que pagarían por ella, y la hora y el lugar donde debía llevarla. Aquella fábrica abandonada.

—Bien, no saben que estas aquí, tenemos ventaja —continuó Virginia.

—¿Qué tienes pensando? —cuestionó Miri.

—Poner una trampa, y cazar al ratón. ¿Hay qué contestar? —le preguntó al detenido.

—Tienes que escribir una clave.

—Introdúcela.

Ahora el que se recostó fue el detenido.

—¿Qué consigo con ayudarles? Porque no hay nada gratis. Ahora soy yo el que te ofrece agua a ti.

—¿Quieres negociar?

—Exacto.

—Esto no va a sí, aquí los tratos los hago yo.

—Entendido. Entonces, no lograrán dar con él. Si no me lo dan a mí, se lo darán a otro que la secuestrará y bueno… ya sabe como acaba esto. Soy su única baza para cogerlo. Tiene cinco minutos para decidirse, si no contesto, se lo darán a otra persona y adiós a su trampa de pillarlo.

—Supongo que si no contestas, se preguntaran dónde estás y te buscarán. Imagínate cuando se enteren que estuviste detenido y nos has contado todo sobre ellos.

—Error, eso no cuela conmigo, ellos saben que no voy a decir nada porque no sé nada. Ya le dije que ellos se encargan de que no conozcamos una mierda.

La jueza entró sin llamar, paralizando el interrogatorio. Mencionó a ambas inspectoras que saliesen al pasillo.

—Vigílalo —indicó Virginia al oficial.

Salieron al pasillo.

—Señoría, ya ha vuelto.

—Llegué esta mañana. El jefe superior me ha puesto al tanto. ¿Ese es el secuestrador?

—Sí.

—¿Y por qué no tiene abogado?

—Pensé que con un abogado, sería más difícil sonsacarla una confesión.

—¿Y cómo le iba a sacar esa información, a golpes?

—No señoría.

—¿Y lo ha conseguido?

—Más o menos. Le ha llegado otro encargo, secuestrar a otra chica. Le dije que lo aceptase. Pero quiere condiciones.

—¿Cuáles?

—Todavía no lo sabemos. Si lo aceptamos, podemos poner un cebo y atrapar al asesino.

Es la única manera de dar con él.

—Pero no con la organización.

—Para eso hay que esperar a que Rey Blanco encuentre el servidor. Si es que lo encuentra.

La jueza quedó pensativa.

—Señoría, no lo piense mucho, no hay tiempo. Si no acepta el encargo, se lo darán a otro y adiós a su captura.

—Haz lo que tengas que hacer. Si quiere firmar papeles, que lo haga. Luego ya veremos si se lo concedemos o no.

—Gracias señoría.

Volvieron a entrar.

—¿Cuánto nos queda de tiempo? —inquirió Virginia al de informática.

—Unos dos minutos….

—A ver, ¿qué condiciones? —preguntó al detenido.

—Libre de cargos.

—Mis cojones. Eso no se puede. Te ofrezco un trato de favor, diremos que has colaborado, la pena será inferior, te caerán de cinco a diez años.

—Eso no me vale.

—También te lo puedes comer solo, los secuestros y asesinatos de las tres víctimas, y si hay una cuarta, de ella también. No habría trato de favor, ni diremos que has colaborado, y por supuesto que no habrá reducción de condena. Te caerán muchos, muchos años, tantos que saldrás siendo un viejo. La única libertad que verías sería la de la gente pasear a través de los barrotes de la ventana de tu celda. Verás cómo cada día, tu piel se va marchitando. Un día te levantarás y verás un anciano frente al espejo Yo te doy la oportunidad de que eso no suceda. Tuya es la elección.

—Y parece que no tengo otra…

—No, no la tienes.

—Escriba, 407K7548DN.

—Ya está. ¿Y ahora qué?

—Hay que esperar a que contesten. No tardan mucho.

—¿De cuánto tiempo dispongo una vez aceptado el encargo? Hasta que le llevo a la chica.

—Te dirán una hora para entregar el paquete, pero depende de la pericia del soldado, cuanto antes la lleves, mejor para ellos. Por eso siempre suelo estar siempre en contacto con alguna chica, para entregarla lo más rápido posible, y yo llevarme le dinero, claro. Y lo más importante, que no se te olvide mandar una foto de la víctima para que la organización dé el visto bueno y empiecen a moverlo por internet.

—Ahora lo entiendo, por eso secuestraste primero a Noelia, mientras la vendían y asesinaban, tú te camelabas a las siguientes.

—Así es como trabajo.

—¿Dónde está esa fábrica?

—Cerca del hipódromo de la Zarzuela, en la A6. Desvíate por la salida del hipódromo, continúa recto tres kilómetros, coge la rotando por la tercera salida, y continúa otros cinco kilómetros más. A la derecha la verás. Entrar por la puerta de atrás, y déjala tumbada en la mitad.

—¿Hay cámaras de vigilancia?

—Solo una enfocando a la puerta trasera.

—Si hay cámara, te habrá visto el rostro.

—Siempre llevo pasamontañas, es otra regla.

—Para terminar, quiero que me digas dónde tienes la moto. Su dueño te «agradecerá» que se la devuelvas.

—En un garaje cerca de mi casa.

—Gracias por tu colaboración, te has ganado otra botella de agua.

—¿Me lo darán por escrito?

—¿El qué?

—El trato que hemos hecho.

—Para eso tienes que hablar con administración. Yo no llevo ese tema.

Se marcharon de la sala de interrogatorios.

A las seis, habiendo aceptado el encargo, y después de que aquella organización contentaste dando veinticuatro horas para conseguir a la víctima, y poniendo las nueve de la noche del día siguiente como hora límite, la jueza acompañó a ambas inspectoras a una sala contigua donde esperaba el jefe superior.

Ni la jueza, ni Miri, tenían la más mínima idea de lo que rondaría a su compañera por la cabeza. Y menos aún el jefe superior, quien por fin se había dignado a aparecer.

—¿Y qué plan tiene, inspectora Otero? Porque tendrás alguno, o eso espero —alegó su señoría.

—Sí, vamos a seleccionar a dos compañeros para que uno haga de anzuelo, en este caso de la víctima, y el otro hará de secuestrador. El detenido dijo que nunca se han visto las caras, eso nos otorga una fuerte ventaja. Haremos lo mismo que él hace.

—¿Y por qué no vamos y lo detenemos directamente? —cuestionó Miri.

—No sabemos si hay alguien más con él, si es ese lugar en el que graba los videos, y lo más importante, no sabemos si el que recoge a las víctimas en la fábrica, es el asesino, u otro machaca de la organización. Aparte de que hay que cogerlo cuando esté cometiendo el delito.

—¿Has pensado en algún candidato? —preguntó la jueza.

—No, no tengo a nadie en mente. Tenemos hasta mañana. Para el papel del secuestrador, podíamos pedir a un GEO, esos compañeros están perfectamente entrenados para cualquier situación.

—Me pondré en contacto con el jefe de lo GEOS, y le pediré al mejor que tengan —alegó el jefe superior.

—¿Y para el papel de víctima? —preguntó Miri

—Una compañera con esas características, por eso digo que el papel de secuestrador, con un GEO nos vendría de perlas, alguien que la proteja por si se tuercen las cosas. Le pondremos un micrófono y una cámara para seguir sus pasos. Nosotros estaremos en una furgoneta. Habrá que seleccionar a una compañera, no será tarea fácil.

—No hace falta, yo lo haré —añadió Miri.

Todos la miraron.

—¿Tú? —cuestionó Virginia.

—Puedo hacerlo.

—No, tú tienes que estar conmigo vigilando.

—Pues yo creo que la inspectora Cruz, es perfecta —dijo la jueza.

—Y yo —añadió el jefe superior.

—Todavía está verde.

—Antes de ser tu compañera, estuve en las calles.

—No me hagas reír, tú no sabes lo que son las calles. Aparte de que eres pelirroja.

—Inspectoras, por favor —interrumpió la jueza—. Yo estoy el mando, y será la inspectora Cruz quien se haga pasar por la víctima. ¿Estamos todos de acuerdo?

—Sí —contestaron Miri, y el jefe superior.

—Inspectora jefe, ¿estamos de acuerdo? —volvió a preguntar la jueza.

Virginia miró a su compañera. La inspectora jefe observó en ella la misma fragilidad que Hurtado vio en Virginia. Sin embargo, no quiso cometer algunos errores que Hurtado cometió, y accedió.

—Lo estoy.

—Firmaré a orden para llevarlo a cabo, lo llamaremos operación «Tres Reinas.» Todos a descansar, mañana será un día duro.

CAPÍTULO 15

En la tarde del día siguiente, comenzaron los preparativos para la operación Tres Reinas. Virginia no estaba por la labor de mandar a su compañera a la boca del lobo, y menos sin saber cómo se doma al lobo. No porque lo hiciera mal, el motivo era que no quería que la ocurriese nada. Era una operación peligrosa en la que cualquier fallo, y no saldría con vida. Aunque tuvo que dar su brazo a torcer y aceptar que su compañera, también era policía. Sentaron a Miri en la silla de la sala, y comenzaron a teñir su pelo de rubio. La hicieron una identidad falsa, Instagram falso, y unas fotos retocadas con programas de edición. Lo mandaron a la organización y estos dieron el visto bueno. Elegida la «supuesta» víctima, para el papel de secuestrador, seleccionaron al cabo de los GEO, Luis María Collar, de treinta años, complexión robusta y un fuerte amor por la patria y por el cuerpo nacional de policía. Le explicaron la operación y todo lo que conllevaría. No obstante, para él hubo un fuerte matiz que Virginia se encargó de explicarle a solas y en la habitación contigua.

—Espero que tengas en cuenta que toda la operación, recae sobre ti —indicó Virginia.

—No entiendo, inspectora.

—Te comento, vas a tener que cuidar a la inspectora Cruz, mi compañera. No sabemos lo que te vas a encontrar en esa fábrica, por eso quiero que la protejas en todo momento, si ocurriera algo, actúa sin pensar, no quiero que la reglamentaria este cogiendo polvo en tu pantalón, quiero que la inspectora salga de allí con vida. ¿Estás dispuesto a proteger a la compañera con tu vida?

El cabo se cuadró.

—Sí, inspectora.

—Recuerda, primero dispara, luego pregunta.

—A la orden, inspectora.

—Bien, pues que comience el *show*.

Antes de comenzar, Virginia quiso hablar con su compañera, darla el apoyo emocional que se merecía, pero no la encontró. La estuvo buscando por todos los rincones de la jefatura, preguntando a unos y a otros hasta que una agente, la mencionó haberla visto en los vestuarios. Virginia entró, encontrando a su compañera sentada en el banco, cabizbaja y temblando. Había hecho operativos, pero desde el otro lado de la barrera, en el lado en el que estaba Virginia, no siendo la protagonista. Esta era su primera vez. Por ese motivo, sus nerviosos afloraban y no podía evitar agitarse como un flan. Ninguna de las palabras de respaldo que le ofrecieron las compañeras que se cambiaban, hicieron efecto hasta que entró Virginia. Fue directa a ella.

—Vosotras —mencionó a las compañeras—. Fuera de aquí, quiero estar a solas con ella.

—¿Nos podemos terminar de cambiar?

—Tenéis treinta segundos.

—A la orden, inspectora.

Se cambiaron rápido ante las palabras subidas de tono de la inspectora jefe. Se sentó con Miri. Estuvieron en silencio hasta que Miri, lo rompió.

—No sé si puedo hacerlo… Quizás tenga razón, y aún estoy vede.

—No hagas caso a lo que te dije, si de verdad estuvieras verde, me hubiese puesto pesada en la reunión para que no lo hicieras. Si notas que no puedes lo cancelamos, si no lo cogemos hoy, lo haremos otro día.

—Ya, pero las víctimas…

—Mírame y escucha —Miri la miró—. Lo vas hacer muy bien, sé que puedes, yo estaré en la furgoneta vigilando, y tienes al cabo de los GEOS que cuidará de ti, ya me he ocupé de que así sea. Estaré en todo momento vigilando por la cámara. Ya sabes que si hay peligro, soy de las que disparan primero y pregunta después.

Miri esbozó una sonrisa.

—Venga, te espero fuera, tómate tu tiempo. Por cierto, te queda mucho mejor tu pelo natural.

Virginia se levantó y se fue. Miri quedó sola. Hizo lo mismo, se levantó y caminó al espejo. Se puso ante el espejo y se miró. Su reflejo le devolvió el rostro de una policía que un día llegará a ser.

Con Miri preparada tanto física como mental, hicieron lo mismo con el cabo. Le colocaron un micrófono con cámara en el botón de la camisa. A Miri, le pusieron un pinganillo oculto en su oído derecho. Para el traslado de la supuesta víctima, sacaron una furgoneta del depósito. El cabo se puso al volante, y Miri se montó en la parte de carga. Acompañada por el jefe superior, ahora al mando del operativo, este y Virginia se montaron en la furgoneta de camuflaje de color negro y sin ventanas en la parte trasera, cuyo interior se hallaba todo el instrumental necesario para seguir de cerca la operación. En el instante que el reloj dio las ocho en punto, se pusieron en camino a la fábrica. A cinco kilómetros antes de llegar al destino, y gracias a la penumbra que concedía la noche de invierno, la furgoneta de Virginia y los compañeros se quedaron rezagados, para ocultarse en la parte delantera de la fábrica. El secuestrador no mencionó nada de que hubiera cámaras en la parte delantera, sin embargo, era mejor no levantar la libre, y prevenir, que no tener que lamentar. El cabo aparcó en la puerta trasera, se enfundó el pasamontañas, se bajó y abrió los portones traseros para sacar a Miri. La cargó en brazos y caminó hasta la puerta. Estaban solos, toda la operación recaía en el GEO. Accedió por la puerta, anduvo hasta el centro y la tumbó con cuidado en el suelo.

El reloj marcaba las nueve menos cuarto.

—No te preocupes, estoy contigo, no te pasará nada —le susurró el cabo a su compañera.

—Miri, ¿me oyes? —preguntó Virginia desde la furgoneta.

—Sí.

—Respira hondo y estate tranquila.

A continuación, el cabo se fue alejando hasta encontrar un sitio en el cual y pudiese esconderse y tener tuviera visión. Se quedo detrás de unas cajas, y mantuvo en todo momento sus ojos sobre ella. Estuvieron esperando varios minutos hasta una sombra, dobló la esquina y se dejó ver. Este caminó cojeando hasta la compañera.

—Atento —expresó Virginia al GEO.

—Recibido.

El ejecutor tomó el pulso a Miri para comprar si estaba con vida. La agarró por los pies y la arrastró al interior de un pasillo.

—Síguela, no la pierdas.

Comenzó a seguirlos, agazapado entre las cajas, mesas y otros objetos que cogían polvo en aquella mundana fábrica. El ejecutor continuó caminado con una arrastrada Miri por el pasillo cuyo final, terminaba en una puerta.

—Miri, ¿me escuchas? Aguanta, vamos a sacarte de allí. Aguanta. Tengo que ir jefe —mencionó Virginia.

—Para eso está el GEO, él se encargará.

—Voy a ir.

—Tú no estás preparada para estas situaciones.

—Pero mi reglamentaria sí, si me quiere expedientar adelante, pero voy a ir. No la voy a dejar sola.

—Aunque te lo prohíba, vas a ir, así que ves, no pierdas tiempo.

Se bajó de la furgoneta y se adentró a la fabrica a encontrase con el compañero. Este había atravesado el pasillo y permanecía en la puerta a la espera de órdenes.

—¿Ha entrado? —expresó Virginia.

—Sí. ¿Qué hacemos?

—Entrar.

—No sabemos que hay al otro lado.

Al no tener constancia de lo que se hallaba detrás de esa puerta, Virginia rebuscó entre la suciedad, hallando el cristal de un espejo roto. Se tumbó y pasó el espejo por la ranura de la puerta, observado a través de esta, sin distinguir nada de lo que se ocultaba al otro lado.

—Está oscuro, no distingo nada. ¿Tienes linterna?

—Una pequeña.

—Yo tengo otra, sácala, y el arma. Allá vamos.

Desenfundaron la reglamentaria y Virginia arremetió contra la puerta de una patada la cual, la madera carcomida la abrió sin problemas. Alumbraron con sus linternas a la habitación, encontrando con una habitación vacía y unas escaleras en el medio que descendían hacia algún lugar oculto de la fábrica. Descendieron aquellas escaleras de metal, mostrando una galería subterránea, antigua, de la guerra civil. Anduvieron por el pasillo hasta que se percataron de que no una era una galería, eran mazmorras. Giraron a la derecha de una columna de piedra, y observaron cómo el ejecutor encerraba a la inspectora en una celda. Entretanto Virginia y el cabo, se escondieron detrás de la columna. Con Miri encerrada en la celda, el ejecutor comenzó a preparar la escena.

—Desnúdate.

—No voy a entrar en tus juegos perversos.

El ejecutor miró su reloj.

—Y yo no tengo tiempo para tus llantos, desnúdate.

—No lo voy hacer.

—Tú misma.

Abrió la celda, agarró un cuchillo de una mesa y se lo puso en el cuello.

—O te desnudas, o rajo ese cuello lindo que tienes. Tú verás lo que haces.

Miri comenzó a quitarse la ropa hasta quedarse solo con la interior. El ejecutor registró los bolsillos sin encontrar nada.

—Eres perfecta…, eres una jovencita muy guapa, aunque se te ve algo mayor, pero valdrás… Es una pena que tengas que morir, pero son negocios.

Acto seguido, comenzó a manosear el pecho izquierdo de Miri. Esta permanecía quieta, con sudores fríos que descendían desde la frente hasta el cuello. Por otra parte, sabía que el ejecutor no la haría nada, si ella no intentaba nada, puesto que la necesitaba viva. Miri optó por permanecer quieta por si acaso al ejecutor, le diese por clavar el cuchillo con cualquier movimiento, por minúsculo que fuera, que hiciera la inspectora.

—Te vas arrepentir, no soy ninguna víctima, soy inspectora de policía.

—Más dinero nos darán por ver como destruyo ese cuerpo —dijo sin creer una palabra de lo que decía Miri.

—No entiendes, estoy de operativo.

Quedó asombrado, aquel asombro le condujo a un arrebato de ira. Dejó de manosear el pecho, y la agarró del pelo.

—¡¡Mientes!!! Pedazo de puta… No te veo ningún micro, ¿qué lo tienes en el coño?

Metió la mano en la vagina.

—No encuentro nada —alegó sacando la mano.

—En la oreja, saben que estoy aquí, no tardaran en venir y encerrarte.

Examinó ambos oídos. No halló el pinganillo.

—Puta de mierda, —Le dio una bofetada—. ¿Mintiéndome para salvarte?

Miri se palpó el oído. El pinganillo se le cayó cuando la arrastró por el suelo.

—No te miento, sí soy policía.

—Pues si lo eres, estás sola.

CAPÍTULO 16

El ejecutor volvió a dejar el cuchillo en la mesa y en su lugar cogió una cámara de fotos y disparó un par de veces. Virginia no aguantaba más. Las ganas que tenia de reventar la cabeza al ejecutor, la corroían las entrañas, debido a eso, le susurró al cabo que era el momento de entrar. No lo hicieron puesto que frenaron sus pasos cuando el ejecutor sacó su teléfono móvil vía satélite e hizo una llamada.

—Podemos empezar la subasta cuando quiera.

—¿Está preparada? —cuestionó la voz de detrás del teléfono.

—En cinco minutos, lo estará.

—Bien…

El ejecutor miró a Miri.

—Dice que es policía…

—¿Lo has comprobado?

—No lleva micro ni nada. Me parece a mí, que es una mentirosa de mierda, esta no es nada.

—¿Y por qué te lo iba a decir si no lo es?

—Para salvarse. Estas zorritas harían cualquier cosa para salvarse.

—¿Lleva placa?

—Registré los bolsillos de su pantalón, no llevaba nada.

—Confiemos en que no lo sea.

—Sería interesante poner en la descripción que sí lo es. La puja aumentaría más que con la fulana esa influencer. Cualquiera pagaría por ver morir a una policía.

—¿Le hiciste las fotos?

—Sí, ahora te las mando.

—De acuerdo, ves preparando a nuestra chica. En cinco minutos, empezamos.

La voz colgó. El ejecutor intentó coger a Miri, pero no se dejó. Se zafaba con los brazos y piernas. Para que se estuviera quieta, la golpeó en la espalda.

—Da gracias que no pueda tocar tu cara, si no te la destrozaría ahora mismo. Aunque es una pena destrozar una cara tan bonita, pero ya te lo dije, son negocios.

La dejó un poco aturdida. La sentó en la silla en las que antes estuvieran las «Tres Reinas», y cogió una cuerda para atarla de pies y manos. Seguido, tapó su boca con cinta americana. Frente a ella, colocó un trípode y la cámara de video pero sin dar al botón de grabación. Encendió el ordenador y accedió a la página web.

—Ahora, hay que esperar a que te compren. No tardará mucho.

—No va a hacer falta —expresó Virginia apuntando con el arma—. Apártate de ella muy despacio, con las manos donde las vea. Un movimiento en falso y disparo.

—Te dije que no estaba sola, no te mentía —añadió Miri.

El ejecutor hizo ademán de apartarse, en cambio, su incredulidad ante la amenaza de Virginia, le condujo a coger el cuchillo de la mesa e intentar clavarlo en el corazón de una indefensa Miri. De la misma manera, el ejecutor ignoró la rapidez del dedo índice de Virginia en

el gatillo.

Un disparó se escuchó.

El ejecutor cayó al suelo.

CAPÍTULO 17

Virginia fue en ayuda de su compañera. El GEO, sin dejar de apuntar su arma, caminó hasta el ejecutor, quien se retorcía de dolor por el impacto de la bala en su rodilla.

—¡Hija de puta! ¡Te mataré! ¡Me has dado en la rodilla mala!

—Y eso que apunté a tu cabeza.

El GEO le puso boca abajo, le hizo un torniquete con un trapo que recogió del suelo, y lo engrilletó. Virginia desató a Miri.

—¿Por qué has tardado tanto? —la cuestionó para seguido, abrazarla.

—Tranquila, ya ha pasado.

A pesar de todo, para la inspectora Cruz, no terminó. Dejó de abrazar a su compañera y agarró el mismo cuchillo que ella misma sintió en su garganta. Se abalanzó a él, le dio media vuelta, se puso a horcajadas y colocó el cuchillo en el cuello del ejecutor.

—Hijo de puta… ¡¡Vuélveme a tocar y te mato!! ¡¡Me oyes!! ¡¡Te mato!! —Giró el cuchillo. La punta insertada en su cuello, le hizo sangrar—. Debería de matarte… Así no volverías a hacer daño a una mujer en tu vida… —alegó jugando con el cuchillo en la garganta del ejecutor.

—Hazlo… Te falta coño para matarme… solo eres una niñata.

—¿Quieres ver lo niñata que soy?

—Miri, no lo hagas, suelte el cuchillo por favor, no merece la pena.

Lo miró. Ahora era el ejecutor quien sintió miedo de Miri.

—Tienes razón, no merece la pena —expresó lanzando el cuchillo a una esquina.

Se levantó y empezó a patear su costado.

—¡Cabronazo! —exclamó dando una patada. Y otra, y otra…

—Vale, tranquila, déjalo ya —mencionó Virginia apartándola.

Volvió a intentar que se calmara, en cambio, el ejecutor continuaba echando leña al fuego.

—Ya sabía yo, que te faltaba coño.

—Hazle callar —indicó Virginia al compañero.

Agarró un palo del suelo, y lo insertó en el agujero de bala. Aquellos gritos de dolor, se perdían en la galería…

—Cállate si no quieres que te ocurra algo pero —continuó Virginia.

El silencio se hizo y el tiempo se detuvo. Virginia fue a informar al jefe superior para que entrase con la caballería. En el instante que iba a llamarlo, el teléfono del ejecutor sonó. Virginia lo cogió y observó la pantalla. No ponía ningún nombre, solo un número largo.

—¿Es el cerebro?

—Se estará preguntando el motivo de que no empiece la subasta. Yo descolgaría.

—¿Qué hacemos? —inquirió Miri.

—Tengo una idea. Incorpóralo —indicó al cabo.

Este le sentó con la espalda apoyada en la pared. Virginia se inclinó ante él.

—Quiero que le digas que la chica ha muerto, que se ha golpeado contra la pared y se ha

abierto la cabeza. Si aprecias tu vida, haz lo que te digo. Ya acabas de ver cómo las gasto. Asiente si estás de acuerdo.

Así hizo. Virginia descolgó y se lo puso en el oído.

—¿Qué pasa ejecutor? La subasta debió de empezar hace cinco minutos, la gente se está yendo.

El ejecutor miró a los ojos de Virginia. Si los de Miri le dieron miedo, los de Virginia le dieron terror. Aquellos ojos no mentían. Si le disparó una vez, podía hacerlo dos. La segunda no fallaría.

—Hubo un problema, la chica ha muerto, se golpeó la cabeza contra la pared. No pude hacer nada.

—No me gusta esto. Estás jodiendo los planes.

—Ya le digo que no pude hacer nada.

—Habrá que posponerlo hasta que consigamos una nueva. Hemos perdido mucho dinero, tus actos tendrán represalias.

Colgó.

—¿Crees qué se huele algo? —le inquirió Virginia.

—No sé, puede, esta gente no es gilipollas.

—¿Alguna vez ha ocurrido?

—No.

—Confiemos que se lo haya tragado —A continuación, se dirigió a su jefe—. ¿Me escucha?

—Alto y claro.

—Podéis entrar.

—¿Y el sospechoso?

—Detenido.

—Entramos.

En cinco minutos la caballería entró. Virginia ayudó a su compañera a salir. Se hallaba aún con el susto en el cuerpo pero más segura al estar con ella. En el exterior, en la oscuridad de la noche, un médico del Sammur se ocupó de Miri. La tumbó en la camilla y la metió en la ambulancia.

—Te llevan al hospital, te pondrás bien, mañana nos vemos. Has demostrado una entereza increíble. Estoy orgullosa.

—No empieces el interrogatorio sin mí.

—No lo haré.

La ambulancia se marchó. El jefe superior anduvo hasta Virginia.

—¿Puedes explicar lo sucedido adentro? ¿Y por qué el detenido tiene un disparo en la rodilla?

—No haga como que no lo ha visto por la cámara. Tuve que hacerlo, era él o Miri.

—Mejor no me expliques nada. Tenemos al asesino, su teléfono móvil y su ordenador. Los compañeros van a registrar cada palmo.

—Con su permiso, me quiero marchar a casa, necesito abrazar a mi hija.

—Vete, yo me ocupo de todo.

—Buenas noches.

Antes de irse, se despidió del compañero GEO.

—Vaya nochecita, ¡eh!

—Ni que lo diga, inspectora.

Ambos se estrecharon la mano.

—Llámame Virginia. Tengo que darte las gracias, lo has hecho muy bien, vete a casa a descansar —volvieron a darse la mano—. Te lo has ganado.

Virginia pidió a un coche Z que la llevase a casa. Estos accedieron y dejaron aquel lugar a las dos de la madrugada. Científica hizo una inspección ocular. Halló los teléfonos móviles y la ropa de las «Tres Reinas.» Unido a los dientes y los dedos de Noelia Martín.

CAPÍTULO 18

La jueza citó a Virginia en jefatura a las diez de la mañana. La inspectora entró en la sala donde iniciaron el operativo. En esta, junto a su señoría, se encontraba el jefe superior.

—Siéntese, inspectora jefe —alegó la jueza.

—Estoy bien así, gracias. ¿Ocurre algo?

—Quiero que vea un video.

El jefe superior puso la grabación del operativo. Justo el momento donde Virginia, disparó.

—¿Qué tiene que decir sobre esto? —siguió la jueza.

—Si ya ha visto la grabación, no hace falta que diga nada. Gracias a eso, mi compañera puede ver la luz del sol. ¿Me a abrir un expediente?

—No, lo voy a archivar, solo decirla, que la próxima vez, intente no disparar. No sé cuando traerán al detenido del hospital, cuando lo hagan, comience el interrogatorio.

Al día siguiente, a última de la tarde, la furgoneta de traslado de detenidos, llevó al ejecutor desde el hospital hasta la jefatura superior para comenzar el interrogatorio. Lo trajeron a la sala, en la que solo se encontraba Virginia. El jefe superior ordenó a Miri quedarse en casa, no es porque estuviera afectada físicamente, si no para no tener que recordarlo en su cabeza cada vez que lo mire a los ojos. Si bien Miri le pidió en estar, el jefe se mantuvo en sus trece y, por mucho que insistió, la dejó al margen. El ejecutor entró con muletas. Virginia lo observó. No le pareció raro verlo en muletas puesto que el disparo, acertó en la pierna. Por otro lado, observando con más determinación, vio que le faltaba la pierna. Los doctores no pudieron hacer nada para salvar su rodilla, la bala expulsada por la reglamentaria de la inspectora jefe, se la destrozó. En consecuencia, se la tuvieron que apuntar por encima de la rodilla, dejando un bonito recuerdo en el ejecutor que nunca olvidará. Ayudado por el agente que lo custodiaba, se sentó en la silla. Virginia abrió la carpeta con los datos de este, cuyo nombre real era Ramón Mendizábal Pérez, de cincuenta y cuatro años, y natural de Jaén. Estuvo varios meses en la prisión de Murcia por la violación y asesinato de una turista alemana de treinta años. Fue puesto en libertad por falta de pruebas.

—Lo veo bien —mencionó Virginia con ironía.

No contestó.

—¿No quieres hablar conmigo? Pensaba que con esto que habíamos pasado, éramos amigos.

—Que la jodan.

Virginia sonrió.

—Eres tú el que está jodido, no es a mí a quien le falta una pierna.

—Por su culpa.

—Te lo advertí. La culpa es tuya por no apartarte.

—¿Y tu compañera? ¿Qué tal está? Todavía siento su coñito húmedo entre mis yemas…

—No vayas por ahí, ni se te ocurra mencionarla.

—No pienso hablar, ni con abogado, y sin él. No te diré nada.

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa. Como comprenderás, a mi me da igual si hablas o no. Tenemos todo lo necesario para meterte en la cárcel. Que no quieres hablar, pues no hables, yo me voy a casa y tú al calabozo, de ahí al juzgado, y no saldrás. ¿Cuánto crees qué duraría un tullido como tú en la cárcel? Te ofrezco oportunidad de colaborar conmigo. La oferta tiene tiempo limitado.

—¿Y qué gano?

—Una pensión de minusválido para el resto de tus días, y una placa en el coche.

—Es mejor que nada.

—Ya lo creo.

—¿Qué quiere saber?

—Tienes derecho a un abogado, ¿lo quieres?

—No hace falta, esto será rápido.

—¿Qué sabes del cerebro?

—Nunca he visto su cara, está prohibido entre nosotros. Cuanto menos sepamos mejor. Mi trabajo es hacer los videos.

—¿Cómo es el proceso de los videos?

—Una vez que la chica está vendida, el cerebro me pone en contacto con el cliente mediante el ordenador. Él es quien dictamina cómo quiere que muera según los instrumentos de los que dispongo.

—¿Cuánto duran los videos?

—Una hora, ni más, ni menos.

—¿Alguna vez lo hizo en cliente en persona?

—No, ellos no quieren mancharse las manos, les gusta más verla morir, así no tienen esa sensación de que la han asesinado ellos mismos.

—Y a ti esa sensación te da igual.

—Yo duermo por las noches si es a lo que se refiere. Para mí son negocios.

—Contactan contigo a través de teléfono.

—Exacto.

—¿Quien elige el sitio donde hacer los videos?

—Ellos se encargan de todo.

—También se encargan de escoger el lugar donde soltar el cuerpo.

—No, eso es cosa mía, ellos solo piden que las abandones en un lugar oculto.

—Las abandonáis… como si fuera un perro en un área de descanso, malditos hijos de puta… ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para ellos?

—Cinco años.

—¿Cómo os conocisteis?

—A través de un foro en la deep web. Yo buscaba trabajo, y ellos me lo dieron.

—¿Cuánto te pagan?

—Bastante

—¿Cuánto es bastante?

—Más de su sueldo, eso seguro. Es todo lo que sé, inspectora.

—Y el cerebro, ¿sabe algo más?

—Supongo. Si quiere saberlo, encuéntralo.

—¿Tú sabes dónde está?

—No lo sabe nadie.

—Tengo curiosidad, ¿por qué coserlas los ojos?

—Fácil, si el cliente la ve en las noticias, así sabe que es su «premio.»

—Su premio… Hemos terminado.

—¿No me haces más preguntas?

—No, lo que te haría es partirte la cara.

Virginia se levantó y anduvo hasta la puerta. Hizo ademán de abrir, pero se detuvo al escuchar las últimas palabras del ejecutor.

—Dale recuerdos a tu compañera…

Cerró el puño derecho, su intención era la de meterle un puñetazo, tirarlo de la silla, y dejarlo sangrando en el suelo. Se miró el puño y lo abrió, en su lugar cerró los ojos y respiró hondo, ganas no la faltaban para partirle la boca. Se contuvo pensando en las palabras que ella pronunció a Miri: No vale la pena. Su compañera ya encontraba sana y salva, y con el ejecutor detenido, era mejor dejarlo estar. No obstante, una advertencia si le dio.

—Y tú ten cuidado, que no se te caiga el jabón en la ducha… Aunque creo que a la gente como tú, no le hace falta.

En ese tiempo de interrogatorio, el Rey Blanco logró dar con la ubicación del cerebro gracias al teléfono vía satélite del ejecutor. Rastreó la llamada que hizo el segundo, dando con su ubicación en una casa de campo a las afueras de Rozálen del Monte, Cuenca. Contactaron con la guardia civil de pueblo, los pocos efectivos que tenían. Mandaron el helicóptero de los GEOS desde su sede en Guadalajara al pueblo. A vista de pájaro, la casa estaba en medio de la nada, rodeado por arboles y maleza. Poseía la residencia, y un establo sin caballos. El equipo rodeó la vivienda. Con una orden del jefe de equipo, la asaltaron. Registraron las habitaciones. Los muebles se encontraban cubiertos con sabanas, el polvo embellecía el suelo dando un toque grisáceo, y en las esquinas de las paredes nacían telarañas que llegaban hasta el suelo, unido al fuerte olor ha cerrado, era una vivienda en la que nadie había residido en un tiempo. Cruzaron una puerta que llevaba al sótano. Descendieron cuatro escalones y anduvieron por un pasillo en cuyo final, lo hallaron de espaldas y sentado frente a varios ordenadores desde donde manejaba la organización. El grupo de asalto observó las pantallas, estaba trabajando en otra página web distinta, cuya temática les puso a los presentes los pelos de punta. El grupo de asalto lo detuvo. Su cuerpo de no más de setenta kilos, intentaba librarse, poniendo una resistencia que, sin embargo, era imposible que lo hiciera dado que se hallaba detenido por dos GEOS cuyos cuerpos robustos, eran como dos nécoras puestas de pie. Era las doce de la noche cuando se produjo la detención. Los agentes confiscaron ordenadores, teléfonos movibles, discos duros y libros de cuentas para seguido, trasladarlo junto con el detenido a las dependencias de la jefatura superior. Su interrogatorio comenzó a las siete de la mañana…

CAPÍTULO 19

Virginia se reunió con Miri antes de entrar. El jefe superior la dejó incorporarse. Se encontraba bastante mejor, dispuesta a meter a esa gentuza en la cárcel. Nada más verse, se fundieron en un abrazo que parecía más un abrazo madre e hija, que de compañeras. Sin embargo, Virginia notó algo distinto en los ojos de su compañera. Había algo extraño en su mirada. Se dio cuenta de que aquella mirada, no era la de una chica tímida e inocente que conoció, era la de una mujer que estuvo encerrada en una celda, y había salido con vida para contarlo. Estando en la sala, todos reunidos, comenzó el interrogatorio.

El cerebro sí pidió un abogado.

—Por fin nos vemos las caras. No eres como me imaginaba —espetó Virginia.

—¿Y cómo me imaginabas? ¿Un hombre gordo con gafas, migas en el cuello y jugando con el ordenador? Nosotros somos gente seria. No somos un club de caballeros.

—Háblame acerca de la organización. ¿Solo operáis en España?

—Y en más países, nuestra organización no tiene límites. Aunque me han detenido, hay otros cerebros que seguirán mis pasos. Todos recibimos órdenes de la «Sombra.» Por mucho que intentes, no podrás con ellos. Somos más listos que ustedes.

—Tan listos no seréis, te comiste doblada la muerte de la chica, por cierto, aquí está presente —Señaló a su compañera—. No te creas el más listo de la clase, y háblame de ese tal Sombra.

—No sé nada de él, nadie le ha visto la cara jamás, sé que fue él quien empezó todo esto.

—¿Cuánto lleva la organización?

—Mucho tiempo, y gracias a la tecnología vamos avanzando. Antes, se grababan los videos y se vendían en una subasta secreta. Hoy en día, lo podemos hacer en vivo y triplicando las ganancias. Un lujo.

—¿Lujo? Tengo a tres chicas cuyos padres las están llorando, y vienes tú, ¿a tocarme los cojones con que es un lujo?

—Inspectora Jefe Otero, tranquilícese —añadió el abogado.

—Usted cállese, no me diga que me tranquilice, su cliente es un puto enfermo, él y toda la organización.

—Piense lo que quiera —continuó el cerebro— pero le digo que quien compra, suelen ser personas de las altas esferas.

—Explícate.

—Es muy sencillo, quien las compra, suelen ser políticos, empresarios e incluso altos cargos policiales, gente de mucho poder, aquellos que ves en televisión haciendo donaciones al pueblo por la mañana, y por la noche, compran chicas para su diversión. Tenemos clientes de todas partes.

—No te creo.

—¿No? Le contaré una historia. Hace mucho tiempo, tres chicas de un pequeño pueblo de valencia, que se dirigían a una discoteca de una localidad vecina y nunca llegaron. Le suena, ¿verdad?

—Conozco el caso, y pillaron a los culpables.

—Cabezas de turco. Lo que no sabe es lo que ocurrió entre medias, y sobre todo, quien se lo hizo.

—¿Quién lo hizo?

—Gente a la que votas. No es la primera vez que se hace, ni será la última. La mayoría de las chicas que hay desaparecidas, es porque han acabado en manos de la organización.

—Me vas a decir cómo localizo a esa Sombra.

—Eso es imposible. Nunca darán con él.

—Tenemos tus ordenadores, discos duros y libros de cuentas. No tardará mucho tiempo en salir a la luz.

—Es posible, pero la organización tiene gente en todas partes. Ya se lo dije.

Y fue cierto. Con el cerebro en el calabozo a la espera de pasar a disposición judicial, a las dos de la madruga, la inspectora recibió un llamada al móvil. La alarma de incendios de la sala en la que se almacenaban las pruebas de la operación las «Tres Reinas», saltó. Las llamaradas que se produjeron en una esquina, comenzaron a calcinar los ordenadores, discos duros… todas las pruebas que incriminaban a la organización. Virginia se vistió y se dirigió a jefatura. Los bomberos consiguieron extinguir el fuego. En su primer examen ocular, el jefe de bomberos alegó que fue intencionado, alguien hizo un cortocircuito en los cables de la luz. Virginia habló con el responsable de custodiar la sala.

—¿Dónde coño estabas? ¿Qué hacías fuera de puesto? Dije que nadie se moviera de la jodida sala.

—Lo siento, tuve que ir al servicio.

—¿Te estás riendo de mí? Habértelo hecho encima. ¿Ahora qué hago contigo? ¿Te abro un expediente?

No contestó. Agachó la cabeza como un avestruz.

—Quítate de mi vista.

Virginia observó la sala. Todas las pruebas, el trabajo que hizo junto Miri y sobre todo, lo mal que lo pasó su compañera encencerrada en la celda, quedó reducido a cenizas. El jefe superior fue hasta ella.

—Quien lo ha podido hacer… —alegó la inspectora.

—Acabo de revisar las cámaras, fueron apagadas en el tramo que se produjo el incendio, al igual que las cámaras generales.

—Está claro que tuvo que ser un compañero. ¿Y ahora, ¿qué?

—¿Cómo se han enterado?

—El detenido hizo una llamada. Lo más seguro que a la organización. Abriremos una investigación interna.

—Y el cerebro, ¿qué va a pasar con él?

—De momento, no lo sé. Los de informática están tratando de recuperar algún resto. Habrá que esperar.

—Voy hablar con él.

—¿Para qué?

—Seguro que sabe más de lo que nos ha contado.

—No hace falta —interrumpió el Rey Blanco caminando hasta ellos—. Hice copias de seguridad nada más trajeron los ordenadores, y los discos duros. Es lo primero que se hace en estos casos, volcar todos los datos a tu ordenador.

—¿Has visto el contenido?

—Sí.

—¿Y qué hay?

—Todo, transacciones, nombres…

—¿Algo de la organización?

—No, eso no. Hay lo necesario para que hagáis detenciones.

—Yo me ocupo —espetó el jefe superior—. Inspectora, vaya a casa a descansar, y cógete el día libre.

—Lo necesito.

Su día libre lo pasó con Andrés y la pequeña Valentina. En la mañana estuvieron en el parque y luego comiendo en un bar de la Plaza Mayor. Sin embargo, en la tarde, hacia las seis, Virginia se tuvo que ir, según sus palabras, tenía que hacer un recado, y que regresaba en una hora.

Pero no regresó.

Fue a las nueve de la noche, después de tres horas, y con Andrés preocupado cuando Virginia llamó a la puerta de su casa. Andrés abrió.

—¿Dónde estabas? Te estuve llamando al móvil y no lo cogías, nos tenías preocupados a mí, y a la pequeña.

—Estuve en casa de este —dijo en referencia al padre de su hija.

Andrés observó que Virginia traía el labio partido.

—¿Qué te ha pasado en el labio?

—Nada.

—¿Cómo qué nada? No me vengas con esas, ¿te lo hizo él?

Quedó callada. No era capaz de mirar a Andrés.

—Virginia, mírame —Lo miró—. ¿Te lo hizo él sí o no?

—Sí…, fui a reclamar la pensión de la niña, y tuvimos una fuerte discusión. Por cierto, ¿está dormida?

—La acosté hace un rato, preguntaba que dónde estabas.

—¿Que la dijiste?

—Rellenando papeles en el trabajo.

—Mejor, no quiero que me vea así.

Se echó a llorar, y se lanzó a los brazos de Andrés.

—¿Qué ha dicho ese miserable?

—Qué pagará cuando pueda, que ahora no tiene dinero.

—¿Cuántos meses te debe?

—Siete.

—Y la manutención cuánto es, ¿ochocientos?

—Sí.

—Esto es lo que vamos hacer, quiero que te des una ducha en lo que yo tardo en volver.

—Andrés, ¿adónde vas?

—Hacer lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. Tú tranquila, no tardaré.

CAPÍTULO FINAL

HURTADO

Salí del portal, pegué un grito y debido a la rabia que comenzaba a corroer mis entrañas por ver lo que ese hijo de puta le había hecho a Virginia, le arreé una patada al cubo de basura que lo tiré calle abajo. Lo calé desde el primer instante que ella me lo presentó aquella vez en el bar. Era el típico abogado de familia rica que según él, se encargaban de los casos de mayor éxito en la capital, pero para mí se trataba del típico gilipollas engominado, chulo y prepotente, que compra todo a base de dinero. Sin embargo, lo que su sucio dinero no pudo comprar, fue que me presentase en su casa y hacerle recordar quién era Andrés Hurtado. Y recordármelo a mí mismo.
Se conocieron en el juzgado cuando Virginia tuvo que ir a declarar por un caso. Solo estuvieron dos años juntos. Al nacer Valentina, la dejó, alegando que tener familia interferiría en su trabajo. Ella se pudo tragar aquella mentira, pero yo no. En el tiempo que estuvo con ella, solo lo vi varias veces. Virginia no quiso que estuviera cerca suya porque habría enfrentamiento, aunque ese fulano no me hubiese durado ni dos chupadas a un cigarro. Ver a mi Virginia, a mi bombón, a la persona que más he querido en esta vida con el labio partido, fue lo que me toco los huevos y hacerme ir a «saludarle.» Miré al cielo y no pude evitar acordarme del padre Felipe y las aquellas palabras que me dijo una vez pintando la sacristía: ¿La quieres? «Moriría por ella, padre….» Aunque el hombre no era partidario de la violencia ni de la venganza dado que, para el padre Felipe, Virginia era la «hija» que nunca tuvo, y en cambio yo, era el «hijo» que nunca quiso tener, sin embargo, sé lo que me diría en este caso, que fuera a ver a ese canalla.

O tal vez me engañé a mí mismo pensando que eso es lo que me diría.

Los chavales que se hallaban en la esquina hablando de sus cosas, se me quedaron mirando. Les devolví la mirada. No pronuncié palabra, mi mirada y la expresión que portaba mi rostro, hablaron por mí. Cogí el tabaco, le di un par de golpes en la parte trasera y me llevé uno a la boca. Le di fuego y un par de chupadas para que me calmasen. Seguido, saqué el móvil.

—Andresito, ¿qué pasa canalla?

—Tío Manuel, ¿está el Pijote?

Tío Manuel, era un gitano y antiguo amigo al que conocía del barrio Villaverde en mis tiempos como inspector jefe. Vivía en las denominadas «casitas», unos edificios donde los hombres vendían droga, y las mujeres ejercían la prostitución. Empezó como mi confidente, yo le ayudaba en algunos asuntos y él me daba información. Lo llamaba «tío» porque era más mayor que yo y porque cuando coges confianza con ellos, a quien es más mayor y no es familia directa, lo llamas de esa manera. Pijote era su sobrino carnal.

—Aquí está —contestó.

—Pásamelo.

En la espera di otras caladas.

—¡¡Coño Andrés!! ¡¡Cuánto tiempo!! —exclamó el pijote—. Ya no llamas a los viejos amigos. El otro día me…

—Calla y escucha —interrumpí—. Necesito un favor.

—Por ti lo que sea.

—Reúnete conmigo en esta dirección —Se la di—. Y tráete al chino.

El Chino era otro gitano con en el que también tenía buena relación.

—En veinte minutos estamos.

Me dirigí a la calle, aparqué el coche y me fue otro cigarro. Nada más darle la última chupada, un coche giró la esquina. Unas luces me dieron las largas.

—Ahí vienen —mencioné en voz alta.

Dejé caer el cigarro y lo aplasté con el zapato. El coche se paró a mi lado y el conductor bajo la ventanilla.

—¡Qué pasa cabrón! —exclamó el Pijote.

—Pijo, ¿cómo vas? —Seguido, me dirigí al copiloto—. Qué pasa Chino, ¿cómo lo llevas?

—Tirando.

—¿Y la mujer?

—Otra vez preñada.

—No paras hijo puta, en vez del *Chino*, habría que llamarte el «Conejo.»

Nos echamos a reír los tres.

—Deja el coche ahí —Le señalé un hueco—. Os espero.

Estacionaron y se acercaron. Estando juntos, nos dimos unos abrazos.

—Tú dirás para qué nos has hecho venir —mencionó el Pijote.

—¿Recordáis a la inspectora Otero?

—La que fue tu compañera —alegó el Chino.

—La misma. Aquí vive su expareja. Hace una hora, llegó a casa con el labio partido, ese mal nacido la dio una bofetada cuando vino a reclamarle la pensión de la niña. Quiero recordarle quién soy, darle un sustillo, pero le prometí a Virginia que no le haría nada.

—Eso déjalo de nuestra parte.

—Pero suave.

—Como mandes —afirmó el Pijote.

—Pues al lío.

Llamé al telefonillo de un vecino, mencioné que era policía, y me abrió el portal. Subimos en el ascensor y en el descansillo, antes de llegar al octavo piso, les dije a ambos que aguardaran hasta que se lo dijera. Primero quería darle una oportunidad, no por mí, sino por Virginia.

Toqué el timbre.

—¿Quién es?

—Andrés Hurtado.

Abrió la puerta.

—¿Qué coño quieres? ¿Qué haces en mi casa?

—Ya sabes lo que quiero.

—Sé a lo que has venido, te manda ella, ¿verdad?

—A mi no me manda nadie, vengo porque quiero.

—No tengo tiempo para tus gilipolleces.

Quiso cerrar la puerta en mis narices, no se lo permití. La sujeté con mi mano.

—He venido de buenas, pero lo estamos poniendo muy difícil.

—Lárgate si no quieres llevarte un par de hostias, viejo.

No le contesté. Me quede mirando su estúpida cara y le mostré mi mejor sonrisa. A continuación, empujé la puerta, golpeando esta contra la frente de aquel abogaducho de tres al cuarto.

—¡¡Serás hijo de puta!! —exclamó lanzándose a por mí. Sin embargo, aunque ya no soy aquel madurito cuarentón que conoció Virginia, y las canas se manifestaban desde hace tiempo, todavía conservo unos reflejos de felino que me dejaron bloquear aquel derechazo. Le hice avanzar hacia el interior de la casa.

Pegué un silbido al pijo.

Nos metimos en su casa y a base de patadas en el culo, lo llevé hasta el salón. Menudo piso manejaba en el barrio de Salamanca, en el Paseo de la Castellana, a un kilómetro de la Plaza de Cuzco, con unos ventanales que se veía hasta la sierra. Y le dijo a Virginia que no tenía dinero para la manutención…. Le hice sentarse en el sofá. Al principio se mostró reacio, el cabrón no quería marchar la tapicería con su propia sangre.

He de decir, que el paso de los años me fue ablandando, aunque si digo la verdad, fue Valentina la que ablandó mi corazón hasta ganárselo. Por eso le di dos opciones; sentarse en el sofá y tener una conversación civilizada como caballeros, sin ninguna palabra más alta que otra, o tenerlo arrodillado y atado como a un perro. Si esto hubiera sucedido en mi época dorada, no estaría sentado o arrodillado, estaría colgado de su ventana, suplicando por su patética y penosa vida.

—Quiero presentarte a dos amigos. Este es el Pijote, sobrino del tío Manuel, su tío y yo somos grandes amigos, como hermanos. Este —Señalé al Chino— es compadre mío y viejo delincuente que ahora se dedica a preñar a su señora. ¿Cuántos van ya?

—Con este que viene, seis.

—¿Has traído a estos mierdas para que te hagan el trabajo sucio?

—¿Cómo qué mierdas? —cuestionó el pijote.

Se abalanzó a por él.

—Tranquilo, Pijo —mencioné parándolo—. Yo no faltaría el respeto a una persona que pude quitarte la vida, y fumarse un cigarro junto a tu cuerpo con la más tranquilidad del mundo.

Observé a mis lados, y me acerqué al mueble de debajo de aquel ventanal. Encima se encontraba todo lo que necesitaba mi cuerpo.

—¿Te importa si tomo un trago de tu brebaje de quinientos *pavos* la copa?

—Por favor, estás en tu casa.

Me vertí tres dedos y di un trago. Aunque no soy creyente, aquel néctar salido de barriles escoceses, fue como beber del cáliz de la última cena.

—Un coñac increíble.

—Puedo regalarte una botella.

—Sería un detalle por tu parte.

Escuchamos un ruido, como un bostezo.

—¿Hay alguien contigo?

No contestó.

—Chino, registra la casa.

Así hizo. Se fue a registrar las habitaciones.

—¿Hay alguien más contigo? —volví a preguntar.

No dijo nada. A los cinco minutos, el Chino regresó con una chica, treinta años, morena y cuerpo esbelto que tan solo lo vestía con una braguita y un sujetador. La traía del brazo, asustada.

—Andresito, mira lo que tenía escondido en su habitación.

—Por favor, no me hagáis nada —expresó con una voz la cual mostraba el miedo que estaba pasando.

—Vaya, ¿jugando a los médicos? —inquirí—. No, espera, tú eres el abogado y ella la secretaria calentorra. Tranquila, nadie te va hacer nada. ¿Cómo te llamas?

—Nadia.

—Un placer Nadia.

—¿Es un atraco?

—¿Esto? ¡Qué va! Es una reunión de amigos.

—¿Lo vais a matar?

—¡¡No jodas niña!! Aquí nadie va a matar a nadie. Ahora Nadia, quiero que te vistas y te vayas a casa. ¿De acuerdo?

—Tengo mi ropa en la habitación.

—Chino, acompáñala y deja tus manos quietas. Ni se te ocurra hacerla nada.

Recogió su ropa y regresó a la sala para vestirse.

—Ya puedes irte.

—¿Y mi dinero?

—¿Qué dinero? —pregunté frunciendo el ceño.

—Por el servicio.

—Te has traído una acompañante, que hijo de puta, no tienes dinero para la manutención, pero si para darte un capricho. ¿Dónde está tu billetera?

—En la cómoda de la habitación.

—Chino, ves por ella.

—Voy.

La trajo y me la dio. No hizo falta abrirla para saber que estaba a rebosar de billetes. Se asomaban de veinte, cincuenta, cien. No fue hasta que la abrí y vi uno que no había visto en mucho tiempo. El billete de quinientos.

—¿Cuánto es el lo tuyo?

—Trescientos.

Cogí el de quinientos e hice ademán de dárselo.

—Esto es para ti con una condición.

—¿Cuál? —cuestionó extrañada.

—No es lo que estas pensando. Tú no has estado aquí, y por eso, tú no nos has visto, ni nos conoces. ¿Estamos?

—Sí, estamos.

—Bien, ¿dónde has estado hoy?

—En casa de una amiga.

—¿Conoces a este hombre? —señalé al abogado.

—Nunca lo he visto.

—Buena chica —Le entregue el billete—. Puedes irte.

Abrió la puerta y como alma que lleva el demonio, se marchó.

—Vais a acabar entre rejas los tres, me ocuparé personalmente de que suceda, me vais a pedir clemencia de rodillas.

Me eché a reír.

—Mira lo que dice Pijote, que me va a meter entre rejas.

—Este no sabe lo que dice, Andresito.

—Mira, te cuento lo que pasaría. Tú nos denuncias, y en media hora tienes a unos amigos

nuestros saludándote.

—Esa mierda que significa. ¿Me vas a matar?

—No por Dios, te van a dejar en silla de ruedas, que seguro que para ti es peor que la muerte. Imagínate toda tu vida postrado en una silla de ruedas mientras tus amigos, tu familia, disfrutan de su vida. Al pijote le suda la polla ir a la cárcel, vive mejor dentro que fuera, tiene a toda su familia presa, ¿verdad, pijo?

—Así es.

—Y tú Chino, ¿qué dices?

—A mí me la pela todo.

—No te lo he dicho. ¿Sabes por qué le llaman el Pijote?

—No.

—¡¡Porque tengo el pijo como el de un caballo!! —exclamó agarrándose la entrepierna.

—Jajaja, calla descaraó —mencioné.

Los tres nos reímos.

—En serio—continué—. Te resumo, le cortó el pene a un chavalito que roneaba a su hija. Se lo cortó y lo echó a las gallinas.

—Qué es lo que quieres —mencionó el abogado.

—La pensión que le debes a Virginia por vuestra hija.

—Eso es lo que quieres, dinero.

—Lo que quiero es estamparte el vaso en la cabeza y con uno de los cristales, rajarte el cuello, pero ya no hago esas cosas. Solo quiero el dinero que la debes. Me dijo que son siete meses a ochocientos euros, eso son…

—Cinco mil setecientos *lereles* —alegó el Chino.

—Mírale que cabrón, no sabe ni leer ni escribir, pero no veas como calcula. Quiero ese dinero en mi mano.

—Yo no tengo tanto dinero en casa.

—Un cheque al nombre de Virginia.

—No te voy a entregar tanto dinero.

—Chino.

Hice un gesto con la cabeza. El chino lo entendió, entre nosotros no hizo falta ninguna palabra para decirle que el abogado necesitaba un incentivo. Se lo dio, le metió un puñetazo que le partió el labio. Escupió sangre al suelo.

—Cuidado con mancharme —expresé—. ¿Seguimos negociando? O Necesitas un poco más. Lo hacemos por las buenas y ya está. Nosotros nos queremos marchar a casa. No lo pongas difícil.

—Pago, tráeme la chequera, está en la cómoda de la habitación.

—Pijote, ves por ella.

La trajo junto a un bolígrafo. Fue a escribir la cantidad, pero lo paré.

—Cinco mil es muy poco, que sean diez miel.

—¿Qué? Tú te has vuelto loco.

—Loco se volverán estos dos si les dejo a solas contigo. Con esa cantidad tiene para seis o siete meses. Aparte de que las quiero llevar a las dos, al parque temático ese con las princesas Disney. El que está en Francia.

—Si te lo doy, ¿os vais?

—Ya te dije que solo quiero el dinero, nada más. Te doy mi palabra. Tú ya deberías de conocerme.

—Te conozco, por eso te voy a dar el dinero, porque sé de lo que eres capaz.

Escribió la cantidad y me entregó el cheque. Lo doblé y lo guardé en el bolsillo.

—Con esto, estamos en paz por ahora. Que le hayas partido el labio a Virginia, aunque me duela en el alma, y sé qué me arrepentiré, lo voy a dejar pasar por ella, y por la niña.

—No jodas Andrés —interrumpió el Pijote—. ¿Te vas a ir sin darle lo que se merece?

—Creo que ya lo ha entendido por la cuenta que le trae. ¿Verdad?

—Verdad.

—Otra cosa, de Virginia y Valentina, me ocupo yo, no te acerques a ellas, no quiero que las llames, desaparece de su vida. La pasas la pensión y punto.

—Valentina es mi hija, haré lo que quiera.

—Sigues sin entenderlo, de Valentina me ocupo yo. Soy quien la lleva al médico cuando está mala mientras tú, estas de diversión con fulanas. ¿Hace cuánto que no la ves?

—Siete meses.

—Los mismos que la debes. A esa niña no la va a faltar de nada. Tú continúa con tu vida de chicas y fiesta, de ellas me encargo yo. Olvídate de Virginia.

—Quieres a esa zorrita para ti solo, ¿eh? —alegó con una sonrisa.

Mis dos compadres me miraron. El abogado tocó la tecla que no debía. Sin mediar palabra, comencé a golpearlo en cara, estómago y cualquier parte donde mis puñetazos llegaran. En ese instante en que la llamó zorrita, los cables que mantienen mi cerebro en normalidad, se cruzaron. No pensé con la claridad con la que tuve que haberlo hecho. No quise hacerlo o tal vez sí, no sé, solo sé que el Pijote y el Chino, me separaron, de no haberlo hecho… A Virginia le hubiese tocado llevarme tabaco a la cárcel. Miré el reloj.

—Se está haciendo tarde. ¿Todo dicho?

—Por mí sí.

Cogí la billetera del suelo y la abrí. Saqué todo el dinero y lo conté.

—Aún quedan quinientos euros —Lo separé en la mitad—. Tomad, para vosotros. Comprarles algo a vuestras señoras.

A ambos se les iluminaron los ojos.

—No te basta con el cheque, que ahora me robas…

—Esto no es robar, es para ellos, par que no se fueran de vacío. El Chino tiene que alimentar a sus seis hijos, menudo semental está hecho. Y el Pijote, que se pegué una buena mariscada a tu salud. ¿En qué te vas a gastar la *guita*?

—Lo de la mariscada me ha gustado. Si sobra algo, apostaré en las carreras de galgos.

—Con esto, espero que hayas aprendido que con un antiguo GAL, no se juega. Cuando tú te cagabas encima, yo asaltaba pisos francos y secuestraba a etarras. Que tengas buena noche.

Estando en la calle, antes de marcharnos cada uno a seguir con nuestras vidas, nos fumamos un cigarro.

—Hacía mucho tiempo que no me divertía —mencionó el Pijote.

—Nos hacemos mayores, pijo —alegué dando una chupada al cigarro.

—¿No quieres una parte del dinero? —cuestionó el Chino.

—Eso es vuestro, por ayudarme. Solo quería la pensión de la niña.

—¡¡Chino, Andresito se nos ha ablandado!!

Nos reímos.

—Es esa cría, me tiene loco… Si la pasase algo… —Di la última calda y lo tiré—. Vosotros sois padres, seguro que lo entendéis. Me voy, a ver si le entrego el cheque a Virginia. Señores…

—No hace falta que digas más —interrumpió el Pijote.

—*Pá* lo que quieras, hermano —afirmó el Chino.

—Dale recuerdos al tío Manuel. A ver si me paso a verlo.

—Se alegrará de verte.

—Tener buena noche, y que tengáis buena salud.

Nos despedimos igual que nos saludamos, con unos abrazos. Cada uno siguió su destino. Llegué a donde Virginia. El reloj estaba a punto de dar la medianoche. La llamé al móvil y la dije que abriera. Una vez que me vio, se lanzó a mí, rodeando mi cuerpo con sus brazos. Todavía recuerdo la última vez que me abrazó de esa manera.

Y todavía recuerdo lo bien que me sentí.

—¿Qué pasa, bombón?

—Estaba preocupada.

—En peores plazas hemos toreado, tú deberías de saberlo mejor que nadie. ¿Y la niña?

—Durmiendo. Preguntó por ti, qué dónde estabas.

—¿Qué dijiste?

—Viendo a un amigo.

—Esto es tuyo.

Le entregué el cheque.

—Mejor no pregunto.

—Mejor.

—¿Quieres pasar?

—Pensé que no me lo pedirías, pero no, en otra ocasión. Ahora lo mejor es que descanséis. Hasta mañana.

Anduve hasta la escalera, su boca soltó una frase.

—¿Sigo siendo tu bombón?

No me di la vuelta, solo sonreí.

—Nunca has dejado de serlo.

Cerró la puerta y bajé a la calle. Eran las doce y media, puede que algo más tarde. Siempre que estoy con ella, se me va el santo al cielo. No hacia mala noche, refrescaba, pero se podía aguantar. No me apetecía volver a casa, el cuerpo me estaba pidiendo una copa, me lo había ganado.

¡Muchas gracias por leerme!, has llegado hasta el final y confío en que te hayas divertido/interesado/entusiasmado tanto como yo cuando escribí este libro.

Tu opinión es muy importante para mí, esto me dará feedback para mis próximos libros y hará que Amazon muestre esta historia a más lectores.

Me encantará leer tus comentarios.

Puedes hacer aquí:

Sígueme en redes sociales:
AJRaven (@ajraven_escritor)
A.J Raven | Facebook

A.J Raven (@AJRaven2) / Twitter

Visita mi web:

AJRaven

Sígueme en Amazon.
Amazon.es: A.J Raven: books, biography, latest update